MERCHE CARMÍN

Una vida de ENGAÑOS



Una vida de ENGAÑOS

MERCHE CARMÍN

Primera edición.
Una vida de engaños
©Merche Carmín
©junio, 2026
©Imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

Capítulo 1



Julia

Mi historia empieza cuando yo tenía doce años. Vivía en Italia junto a mis padres y mi hermano Leo, que tenía tres años más que yo. Digo tenía porque ya no está entre nosotros, ya que un día, jugando al fútbol, la llamada muerte súbita se lo llevó, dejándonos devastados. Bueno, eso es lo que me hicieron creer a mí ese día.

Mi madre, Anabel, por mucho que lo intentaba, no había vuelto a ser la misma desde aquel día. Sandro, mi padre, se volvió más cerrado y ya no interactuaba de la misma manera conmigo, como cuando Leo vivía.

Al año de la muerte de mi hermano, todo cambió. Mi padre fue a buscarme un día al colegio para sacarme de allí sin ningún tipo de explicación, pero claro, según él, no tenía por qué dárselas a una mocosa como yo.

Mi padre era un prestigioso empresario, siempre con mucho trabajo, asistiendo cada dos por tres a fiestas donde ni mi madre ni yo teníamos cabida. Aún recuerdo todas y cada una de las palabras que me dijo cuando salimos del colegio: «Debemos marcharnos del país inmediatamente».

No es fácil para una niña de doce años cambiar de país, como tampoco fue fácil vivir en un convento sin tus progenitores.

Nos vinimos a vivir al sur de España sin fecha de vuelta a nuestro querido Nápoles.

Jamás pensé que iba a verme en las circunstancias en las que me encontraba, ni siquiera en mi imaginación. Soy Julia, tengo veinticuatro años y, desde hace ocho, vivo en un convento, privada de libertad.

Al principio lo pasé muy mal. Tuve que volver a dejar amigos, colegio y una rutina que siempre era la misma, pero a mí me gustaba.

Al lado del convento había un orfanato que se comunicaba con él por un patio interior. Allí salían los niños más pequeños, con los que me impliqué mucho.

Estudió Auxiliar de Enfermería por internet con los más mayores y, cuando tenía que examinarme, venían al orfanato a hacerlo, ya que en el convento no entraban hombres, únicamente mi padre.

No voy a decir que estuviera mal ahí dentro porque mentiría. Es verdad que echaba de menos el mundo exterior: poder salir a pasear, ir al cine y todas esas cosas que se hacen a mi edad.

Mis amigas eran las novicias más jovencitas. Al menos tenía con quien reír, y vaya si reíamos. Y después estaban esos niños que, con solo mirarte, te quitaban las penas.

Hoy era el día en que mis padres venían a verme. Podían hacerlo cuando quisieran, ya que la madre superiora era prima de mi padre, pero eso no sucedía. Solo venían los sábados y cada quince días.

—Julia, tienes visita —me dijo Sara, una de las novicias—. Están con la madre superiora en su despacho.

—Gracias, guapa. Ahora mismo voy.

Cada vez me gustaban menos las visitas. Eran mis padres, sí, pero el cariño lo estaban perdiendo con su indiferencia.

Salí de mi celda, que era como se llamaba la pequeña habitación que tenía, donde solo había una cama, su mesita de noche, un armario y un mueble con una palangana para lavarse la cara. El baño estaba fuera.

Llegué a la puerta del despacho, cogí aire y llamé.

—¿Puedo pasar? —pregunté asomando la cabeza.

—Hola, hija, ¿cómo estás? —me preguntó mi madre abrazándome.

—Como siempre —le respondí encogiéndome de hombros.

—¿No piensas saludar a tu padre? —me preguntó mirándome fijamente.

—Claro que sí, papá —le contesté dándole dos besos.

—No podemos quedarnos mucho tiempo. Hoy tenemos que salir de viaje.

—¿Me vais a dejar aquí? ¿No puedo ir con vosotros?

—Sí a tu primera pregunta y no a la segunda. Nos vamos de crucero una semana para cerrar un trato.

—Papá… A veces pienso que no me queréis. Que hubierais preferido que me hubiera muerto yo en vez de mi hermano.

No vi venir la bofetada que me dio.

—No vuelvas a decir eso en tu vida.

—Y tú no vuelvas a ponerme la mano encima.

Fue a darme otra bofetada, pero mi madre se lo impidió.

—Sandro, no hagas nada de lo que después puedas arrepentirte —le dijo poniéndose en medio de los dos—. Y tú, Julia, no vuelvas a hablarle así a tu padre.

—¿Y cómo quieres que le hable al hombre que me ha abandonado? Estoy cansada de estar aquí. Quiero hacer una vida normal, una vida como una chica de mi edad.

—Hija, no te he abandonado. Te estoy protegiendo. Aquí estás a salvo.

—Pues, como no sea de ti, no lo entiendo, porque se supone que estamos todos en peligro. ¿O solo soy yo quien está en peligro?

Ninguno de los dos dijo nada. Me di media vuelta y salí. No quería estar más tiempo con ellos. ¿Dónde estaban esos padres amorosos que eran hace años? No miré hacia atrás, crucé el patio y me fui al orfanato. Los niños más pequeños eran mi salvación cuando estaba mal emocionalmente.

Nada más entrar en el edificio, se respiraba otro aire. Escuchar las risas de los niños me hacía sonreír y olvidar todo lo que tenía encima. Me dirigí a donde estaban los más pequeños.

—Buenos días, Carmen. ¿Cómo están hoy los peques?

—¡Qué alegría me da verte! —me dijo sonriéndome—. No sé qué hacer con Mara. No hace nada más que llorar.

Mara era una bebé de tres meses. Y hacía dos que estaba en el orfanato. El cura de la parroquia se la encontró en el confesionario.

—¿Has avisado al médico? —le pregunté, cogiendo a Mara en brazos.

—¿Cómo? Si estoy sola aquí.

—A ver qué le pasa a esta princesita.

Me puse a mirarla así, un poco por encima, porque estaba claro que yo no era médico, pero sí pude ver lo que tenía.

—Menos mal que vas a ser monja, porque para adivina no vales.

Me miró con cara de no entender nada.

—Carmen, a esta niña no le pasa nada. Solo tiene hambre. ¿Desde cuándo no come?

—Pues no lo sé, porque antes estaba Sara aquí.

—Vaya dos monjas de pacotilla que vais a ser.

Nos echamos a reír.

Ellas dos, junto con Ana, eran mis amigas. Es cierto que no podía hablar de hombres con ellas, sobre todo con Sara, que decía que le hacía replantearse lo de ser monja. Sin embargo, con Ana sí, ella no era novicia.

Fui a preparar un biberón para poder dárselo. Cuando regresé, me acomodé en una butaca y le pedí a Carmen que me diera a la bebé.

—Niñas, niñas —nos dijo Ana, toda sofocada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Carmen acercándose a ella.

—Ha venido un cura nuevo y ¡menudo cura!

—¿Un cura nuevo? —pregunté riéndome.

—Sí, tú ríete, pero cuando lo veas se te van a caer las bragas, como tú dices.

—Que Dios te oiga, chica, que al final me muero y no cato hombre.

—Julia, ¿eres virgen?

Esa sí que no me la esperaba.

—¡Carmen! ¿Cómo te atreves? —le preguntó Ana—. Eso es algo muy íntimo.

—Pues preguntándole. Eso no es malo, digo yo.

—No pasa nada, no sois las primeras en preguntar y creo que tampoco las últimas. Raquel y Lourdes también lo hicieron.

Me centré en Mara y en cómo se tomaba el biberón mientras me miraba.

—¿Podemos pasar, hijas mías? —nos preguntó el padre Emiliano.

—Claro, padre —contestó Carmen.

—Vengo a presentaros al nuevo párroco. Estará un tiempo con nosotros.

—Este es el padre Saúl. Ella es la novicia Carmen; la señorita Ana y nuestra auxiliar de enfermería, Julia.

Al escuchar esas palabras, levanté la vista.

Dios mío, pedazo de párroco. Era guapísimo, moreno, con unos ojos negros y unas pestañas que ya las quisiera yo.

—Hola, padre, bienvenido —le dije sin poder dejar de mirarlo.

—Gracias, hija.

—Lo mismo digo, padre, bienvenido a la casa del Señor —le dijo Ana, e hizo que soltáramos una carcajada.

—Ay, hija, tan loquita como siempre —le dijo el padre Emiliano.

—Padre, dicen que la que nace loca se muere loca.

—Pues a ver si te da la locura de ir a confesarte.

—Padre, lo hago en la iglesia de mi barrio.

—Bueno, os dejo que sigáis con vuestras cosas. Después nos vemos en la misa.

No quité la vista del párroco nuevo hasta que se cerró la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté más para mí que para ellas.

—No lo sé, pero qué desperdicio de hombre. Lo que se está perdiendo —me contestó Ana.

—Cuando el Señor te llama, da igual si eres feo o guapo —dijo Carmen tan pancha.

No dijimos nada más. Cada una volvió a lo que estaba haciendo. Cuando dejé a Mara ya dormida en su cuna, me quedé mirándola. Estaba enamorada de ella y, en el fondo de mi corazón, me daba miedo que alguna familia se la llevara.

Me despedí de Carmen y de Ana y salí de allí para ir a ver a los demás niños. Esos momentos eran los que más me gustaban de mi vida en el convento.

Capítulo 2



Julia

Cuando salí al pasillo, ya se escuchaban las risas de los niños. Me encantaba estar con ellos; hacía que me olvidara por un momento del sitio donde estaba.

Pasé por la cocina y vi a la hermana Ofelia meneando una cuchara. Entré un momento a darle un beso. Era una de las monjas que más cariño me daba desde que estaba ahí. Bueno, es que para mí, más que una monja, era como una madre.

—Qué bien huele, Ofelia —le dije dándole un beso.

—Pues mejor sabrá. ¿No vienen tus padres hoy?

—Ya se habrán marchado. Me he enfadado y me he vuelto a este lado.

—Hija, no debes hacer eso. Son tus padres.

—Y yo su hija. Se van de crucero, me dejan aquí y no entiendo por qué no puedo ir con ellos.

—Algún día entenderás sus razones.

—Puede ser. ¿Me das una magdalena? —le pregunté, porque no se podía coger cierta comida fuera de su hora.

—Pero que no se entere la madre superiora.

—Este será nuestro secreto. Quiero hacer reír a los niños.

—Miedo me das —me dijo dándome la magdalena.

Salí riéndome de la cocina. Esa mujer era un encanto. Desde que la conocía, jamás la había visto enfadada.

Qué había cada monja, que vaya tela. Sobre todo la madre superiora; esa vivía todo el día enfadada.

Al llegar al patio, me metí la magdalena en la boca y empecé a cantar una canción que escuchaba mucho Ana, y el que la cantaba parecía que tenía la boca llena.

—Ey, titi, me preguntó si tengo muchas novias. Muchas novias, hoy tengo una, mañana otra. Ey, pero no hay boda.

Los niños empezaron a reírse. Yo también empecé a reír y me dio la tos.

—Señorita, que se ahoga —dijo Lucas acercándose a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó una voz que solo había escuchado una vez, la voz del padre Saúl—. Será mejor que bebas un poco de agua —me dijo ofreciéndome una botella.

—Sí, solo se me fueron las migas para otro lado. Gracias —le dije aceptando la botella de agua.

—No deberías cantar con la boca llena —me dijo con una media sonrisa.

—Eso, señorita, que bien que nos riñes a nosotros —me dijo la sabionda de María.

—¿Eres maestra también? —me preguntó sorprendido.

—¡No! Simplemente, se empeñan en llamarme así.

Me quedé mirándolo más de la cuenta y él se dio cuenta.

—¿Tengo algo en la cara? —me preguntó sonriendo.

—Perdón —le contesté, notando cómo me ardían las mejillas.

—No pasa nada, me suele pasar mucho.

—Cura, ¿vamos a jugar o no?

—Mario, no se dice cura, se dice padre Saúl.

—No importa. De hecho, les he dicho que me llamen Saúl. Lo de cura me hace muy viejo.

—Bueno, pues venga, vamos a echar ese partido, señorita, que los vamos a freír —dijo Rocío riéndose.

Eran niños que arrastraban una historia y, aun así, eran felices. Los envidiaba, porque ellos, sin tener nada, eran más felices que yo, que tenía padres.

Entre risas y protestas, ganamos a los chicos por tres a cero, aunque no dejaban de decir que éramos unas tramposas.

Me despedí de ellos para volver al convento.

—Julia, ¿podemos hablar un momento? —me preguntó Saúl.

—Claro, tú dirás.

—Ven, sentémonos en ese banco.

Lo acompañé mirándolo de reojo. Aunque no lo quería reconocer, ese hombre me ponía nerviosa.

—Tú dirás —le dije sentándome en el banco.

—El padre Emiliano me ha hablado de ti. Bueno, más bien me ha contado tu historia.

—¿Qué historia? ¿La que yo sé? ¿O la que es en realidad?

—No te pongas a la defensiva conmigo. Solo me ha dicho que llevas aquí unos ocho años.

Asentí con la cabeza.

—No quiero hablar de ello. Espero que algún día pueda salir de aquí.

—¿Tan mal estás aquí?

—No es mi vida. ¿Eso es lo que querías saber de mí?

—Quería conocerte un poco más.

—¿Por qué te metiste a cura? No te pega, la verdad.

—La llamada del de arriba.

—Bueno, será mejor que me vaya.

—Espera. —Me cogió de la mano—. Quédate un rato más.

—No puedo, lo siento. Ya nos veremos.

Me levanté y me fui de allí. Cuando me cogió la mano, sentí lo mismo que cuando el chico que me gustaba con trece años me dio un beso inocente.

Su agarre hizo que mis recuerdos volvieran a mí de un solo golpe, reviviendo los pocos momentos que había vivido en libertad.

Fui para mi habitación y, aunque no era ni eso, no me gustaba llamarla por su nombre.

Entré y me tiré en la cama. En ese momento me planteé la idea de salir de allí con mis padres. De crucero me sería más fácil, pero necesitaría ayuda.

Lloré. Lloré por la rabia y la impotencia que sentía de estar allí encerrada.

Tenía que averiguar qué era lo que escondía mi padre, por qué me metió allí, por qué venían solo una vez cada quince días a verme, si ya ni siquiera lo hacían una vez a la semana.

Llamaron a la puerta.

—Julia, ¿estás ahí? —preguntó Sara—. Vamos a comer y sabes que a la madre superiora no le gusta que lleguemos tarde.

—No tengo ganas de comer. Diles que no me encuentro bien, por favor.

—Julia… Sabes que eso a ella le da igual, a no ser que te haya visto un médico. Anda, ven a comer.

Me levanté de la cama, porque tampoco me apetecía la charla de la madre superiora y sabía que Ofelia se preocupaba por mí. Me lavé la cara para que no se notara que había llorado y salí fuera.

—¿Qué te ha pasado?

—Sara, no me preguntes, porque es lo mismo de siempre.

—Lo siento mucho, pero verás cómo muy pronto vienes aquí solamente de visita.

No dije nada.

Nos dirigimos hasta el comedor. Llegamos justo a tiempo, porque fue sentarnos y entrar la madre superiora, pero no venía sola.

—Podéis sentaros, hermanas. Hoy, como veis, nos acompañan el padre Emiliano y el padre Saúl.

Nuestros ojos se encontraron y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me senté y tuve que servirme un vaso de agua.

El padre Emiliano bendijo la mesa y nos pusimos a comer ese estofado que había preparado Ofelia, que ya con el olor te abría el apetito.

Estaba sentada entre Sara y Carmen, pero eso no evitaba que pudiera ver dónde estaba sentado Saúl. Como tampoco pude evitar la conversación que inició en ese momento la madre superiora.

—Julia, ¿crees que tu comportamiento con tus padres ha sido bueno?

—Con todos mis respetos, madre, pero eso no es asunto suyo.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —me preguntó con su cara de amargada.

—Le he hablado con respeto. Solo le he dicho que eso no es asunto de nadie, solamente de mis padres y mío.

—Levántate ahora mismo de la mesa. Tú ya has terminado de comer.

No le respondí. Me levanté arrastrando la silla y salí del comedor.

Pensé en volver a tirarme otra vez en la cama, pero no lo hice y me fui a ver a Mara.

Crucé el patio con pasos ligeros pero firmes. Entré en la habitación donde estaba Mara y vi a Ana mirando el móvil.

—Hola, guapa. ¿Puedo pasar?

—Claro —me dijo guardándose el móvil en el bolsillo del babi.

Fui directamente a ver a Mara, que estaba despierta. La cogí y me regaló la más bonita de las sonrisas.

—Eres la niña más bonita que he visto en mi vida —le dije dándole un beso en la cabeza.

—¿Qué te pasa? ¿No deberías estar comiendo? —me preguntó Ana.

—Me ha echado la madre superiora del comedor.

Me miró con las cejas arqueadas.

—Ja, ja, ja. Joder, Ana, o aprendes a arquear solo una ceja o no lo hagas, que me da la risa.

—Déjate de payasadas y cuéntame.

—Pues nada, me ha reprochado mi comportamiento con mis padres y yo le he dicho que no es asunto suyo.

—Eso huele a castigo.

—Que huela a lo que quiera. Ya me estoy cansando de hacer lo que todo el mundo dice.

Pasé casi toda la tarde con Ana. Era la única que me contaba cosas del exterior, ya que ella no dormía en el orfanato, y eso me venía de perlas.

Estábamos hablando de música cuando la puerta se abrió y vimos quién asomaba la cabeza.

—¿Puedo pasar?

—Claro, padre, pase. Está usted en su casa.

—Bueno, tanto como mi casa… —dijo poniendo los ojos en blanco y entrando.

—De verdad que no lo entiendo, padre —le dijo Ana.

—¿Y se puede saber lo que no entiendes?

—Cómo un hombre tan guapo puede meterse a cura.

—¡Ana! —la reprendí.

—No importa, Julia. Esa es la pregunta que muchas feligresas me hacen.

—¿A que ahora se confiesan más mujeres que antes? —preguntó Ana.

—Madre mía, yo me voy —les dije levantándome.

—Julia, espera —me dijo Saúl—. Venía a hablar contigo.

—Ah, pues yo me voy. Mara, vente con la tata Ana, que vamos a coger flores.

Se llevó a la niña y se metió por donde estaban las camas.

—¿Quieres dar un paseo por el jardín? —me preguntó acercándose a mí.

Capítulo 3



Julia

—Lo siento, no se me permite salir. Solo puedo andar por los patios interiores.

Se quedó mirándome como si le hubiera hablado en chino.

—Venga, mujer, solo será un paseo.

—Te estoy diciendo que no se me permite. Puedes preguntar a quien quieras.

—Pero es que no entiendo el porqué.

—Yo te lo diré. Sandro Santolaya es quien da los donativos y, por lo visto, el que manda aquí, porque se hace y se deshace lo que él dice. Vamos, para que lo entiendas: su palabra va a misa. Y no es Dios.

—¿Quién es? No me suena su nombre.

—Pues a mí sí, pero tranquilo, que ahora mismo te diré quién es. El hombre que lleva ese nombre es mi padre.

—Pero estás conmigo y seguro que sí puedes salir. Vamos —me dijo cogiéndome de la mano.

—No quiero más castigos. —Me eché a llorar.

—Julia, mírame. Nadie te va a decir nada estando conmigo, créeme —me dijo limpiándome las lágrimas.

Salimos de la sala. Miré para todos lados a ver si nos veía la madre superiora.

—Tranquila, que no pasará nada, créeme.

—No las tengo todas conmigo.

Cuando llegamos a la puerta, un nerviosismo me recorrió el cuerpo, pero también unos pensamientos.

Al salir, me quedé parada mirando hacia los lados. Habían cambiado la valla que separaba el convento de la calle por un muro.

—¿Estás bien? —me preguntó cogiéndome del brazo.

—Sorprendida. Pensaba saltar la valla, pero me he dado cuenta de que han puesto un muro.

—Sí, consiguieron el dinero hace algunos años.

—Ya. Y seguro que ese dinero llevaba un nombre con poder.

Empezó a caminar sin decir nada. Lo seguí haciéndome la misma pregunta para mí misma: ¿qué pasaría si no fuera sacerdote?

Me gustaba. Era guapo, me hablaba con ternura, sus ojos escondían algo, y eso me preocupaba.

Me fui hacia la cancela de la entrada. Desde ella sí se veía la calle. Tenía que salir de allí y cuanto antes, mejor.

Cada vez lo pensaba más seguido y ya era hora de que fuera planeando cómo hacerlo. Y solo había una persona en la que podía confiar.

—Julia, ven —me llamó Saúl—. No hagas que me arrepienta de pedirte que me acompañaras.

—Esto es peor que estar en una cárcel. Cualquier día me piro de aquí.

—¿Sabes lo que es estar en una cárcel?

—¿Crees que me ha dado tiempo? —contesté a su pregunta—. Pero vamos, que es como me siento aquí.

—Ven, sentémonos en ese banco y hablemos.

—Si me has traído aquí para echarme un sermón, desde ya te digo que te lo puedes ahorrar.

—Julia, no te voy a echar nada. Siéntate.

—Qué lástima —dije bajito para que no se enterara.

—¿Cómo dices? —preguntó sonriendo.

—Nada. Hablemos, si tantas ganas tienes.

—Vives enfadada con el mundo, pero sobre todo con tus padres. Al menos eso es lo que me ha dicho el padre Emiliano.

—No es para menos. ¿Tú ves normal que una chica como yo esté encerrada?

—¿Y cómo eres tú?

—Pues con veinticuatro años no tengo amigos, no sé lo que es estar con un hombre, le voy a quitar el puesto a la Virgen María.

Carraspeó.

—Lo siento, pero tú me has preguntado.

—¿Has pensado en hacerte monja?

—Ni de coña. Me queda muy poco para estar aquí.

—¿Qué estás pensando?

—En hablar muy seriamente con mi padre cuando regrese.

No podía contarle mis planes.

—Eso está bien. Seguro que llegáis a un acuerdo.

—¿Tú sabes por qué me tienen aquí?

—No. Ya te dije que no lo conozco en persona, solo lo que sale de él en las noticias.

—Pues ya sabes más que yo.

Nos quedamos en silencio. No era un silencio incómodo; al contrario, era más bien necesario, como si cada uno estuviera sumido en sus propios pensamientos.

Después de ese silencio vino la conversación banal, hablar de todo y de nada.

Me contó que tenía un hermano, Alejandro, tres años mayor que él, y que hacía dos meses que no lo veía. Su madre vivía en el norte de Galicia. No tenía padre; murió en un accidente laboral.

—Julia, ¿puedo ayudarte en algo? —me preguntó cogiéndome las manos.

—Ayúdame a salir de aquí.

—No puedo ayudarte en eso.

—Entonces no puedes ayudarme. Ten buena tarde.

Me levanté y lo dejé allí solo.

Salí de allí llorando. Últimamente lloraba mucho. Necesitaba salir de allí, tenía que hablar con mi padre urgentemente.

No lo pensé. Fui al despacho de la madre superiora. No llamé, directamente entré.

—Quiero hablar con mi padre y lo quiero ya —le dije apoyando mis manos en la mesa.

—¿Cómo te atreves a entrar sin llamar?

—Atreviéndome. Quiero hablar con mi padre.

—No, no puedes hablar con él hasta que no te llame.

—Entonces recogeré mis cosas y me voy hoy mismo.

—No puedes hacer eso hasta que tu padre no lo ordene.

—Soy mayor de edad y ni tú ni mi padre sois nadie para decirme lo que tengo que hacer.

—No se te ocurra volver a hablarme así. Sal de aquí ahora mismo. Ya hablaremos cuando estés más tranquila.

La puerta se abrió y vi al padre Emiliano con Saúl.

—Julia, acompaña a Saúl mientras yo hablo con la madre superiora.

—No voy a ir con nadie. Estoy hasta las narices. Me voy a ir de aquí.

No sé cómo ni de dónde la sacó, pero noté cómo me pinchaba en el brazo la muy bruja.

—Que cierren la puerta de su habitación con llave. —Fue lo último que escuché decir.

No sabría decir cuánto tiempo llevaba dormida. Lo que sí podía decir es que tenía un gran dolor de cabeza.

Ahora sí lo tenía claro. Había llegado el momento de salir de allí.

No sabía el dinero que tenía guardado. Mi madre siempre me había dado algo a escondidas de mi padre, hasta hacía un año, que empezaron a escasear las visitas.

También tenía el dinero que cogía de vez en cuando del cepillo de la iglesia. Sí, ya sé lo que estáis pensando, pero para los planes que tenía me hacía falta. Y tampoco es que fuera todas las semanas.

Escuché que la puerta se abría. Me di media vuelta e hice como que dormía.

—Julia, despierta —me llamó Sara—. Te traigo el desayuno, cortesía de la hermana Ofelia, pero te lo tienes que comer todo.

—Sara, ¿vas a cerrar otra vez la puerta?

—Lo siento, he de hacerlo.

—¿Hasta cuándo? —le pregunté con lágrimas en los ojos.

—No lo sé, Julia. Lo único que sé es que esto que te está pasando no es normal. Yo, en tu lugar, buscaría la manera de salir de aquí e investigar qué está pasando con tu vida.

Las palabras que me dijo se fueron grabando en mi cabeza. Tenía razón. Fuera de allí era la única forma de averiguar qué estaba pasando con mi vida y con mi familia.

Pensaba en salir, pero no había llegado a pensar en investigar.

Desayuné con ganas, pero sobre todo con mucho ánimo. Pensar en lo que iba a hacer me daba fuerzas y no pensaba perderlas.

Ahora lo que tenía que hacer era tramar un plan para poder salir de esa cárcel religiosa.

Habían pasado tres días y por fin pude salir de esas cuatro paredes.

Fue la misma madre superiora la que me abrió la puerta, la que me obligó a confesarme con el padre Emiliano.

Después de haberme confesado, salí disparada para ver a Mara. Era a la que más iba a echar de menos. Me prometí a mí misma que volvería por ella.

Entré despacio, sin hacer mucho ruido. Quería darle una sorpresa, pero no esperaba que la sorpresa me la llevaría yo.

—Hola, Ana, ya estoy aquí.

—Hola, Julia, ya te veo. ¿Cómo estás? —me preguntó dándome un abrazo.

—Yo bien, pero veo que tú tampoco estás muy bien por tu cara. ¿Dónde está Mara?

Cuando mencioné ese nombre, se puso pálida.

—¿Ana? Dime algo, joder.

—Julia, pensé que lo sabías.

—¿Saber qué?

—Se la han llevado a otro centro. Han encontrado unos padres para ella en otra ciudad.

Salí corriendo a la guardería donde estaban los niños. No había rastro de ella.

Fui a su dormitorio, miré en su armario y vi que estaba vacío.

Me tuve que sentar en la cama. Esa niña, para mí, era mi razón de ser. Era la que hacía que los días se me hicieran un poco más llevaderos, y ahora no estaba.

Ya sí que no me ataba nada a ese lugar. Ahora sí que lo iba a preparar todo.

—Ana, necesito que me ayudes a salir de aquí —le dije entrando como un vendaval.

—Joder, Julia, ya era hora. Pensé que nunca me lo ibas a pedir.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tú y tu manía de pensar en alto. Te escuché un día que mirabas a Mara mientras dormía, pero no quise decirte nada. Esperaba que me lo dijeras tú.

—Lo siento, estaba esperando el momento.

—Y ese momento ya llegó. Y sé cómo vamos a hacerlo, pero necesitamos a Sara y a Carmen.

—No, no voy a meterlas en esto. Olvídalo.

Capítulo 4



Saúl

El día que me dijeron que tenía que infiltrarme en una iglesia me dio la risa. No por entrar en ella, sino por cómo tenía que hacerlo: vestido de cura.

Llevaba seis años al servicio de Sandro Santolaya, el famoso empresario que no solo era conocido por sus negocios, sino por sus escarceos amorosos. Pese a estar casado, no se escondía ni de la prensa ni de nadie.

El día que me mandó llamar a su oficina para pedirme que vigilara a su hija, lo vi normal, pero cuando me dijo que tenía que entrar vestido de cura, me quedé de piedra.

No me entusiasmaba la idea, pero no podía negarme por varias razones. Sabía que tenía una hija, pero no sabía cómo era. Nunca vi una foto de ella, como tampoco la vi en una fiesta, cosa que no me extrañaba porque la mayoría de las veces no llevaba ni a su esposa.

No sé si lo he dicho, trabajo de escolta. Nunca escoltaba a la misma persona, pero esta vez era distinto, y en ello tenía mucha culpa mi hermano Alejandro, que era inspector de policía.

Cuando entré en el convento y me presentaron a Julia, no pensé que iba a desestabilizar mi paz mental. Hacía mucho tiempo que una mujer no entraba en mi cabeza de la manera en que lo hizo ella.

No estaba solo protegiendo a Julia. A Ana y Sara también, pero con la diferencia de que ellas eran policías.

Os preguntaréis qué tiene que ver la policía en todo esto. Pues muy sencillo: el señor Santolaya no era el buen empresario que la gente pensaba. Bueno, presuntamente.

Ana me había contado los planes que Julia tenía para salir de allí, pero lo que más me impactó fue cómo iba guardando dinero. Ahora entendía al padre Emiliano cuando decía que cada vez que iba a recoger el dinero del cepillo se lo encontraba vacío. No pude evitar soltar una carcajada cuando Ana me lo contó.

El día que la madre superiora la encerró tres días no me pareció bien. Así se lo hice saber junto al padre Emiliano, pero no hubo nada que hacer.

Le pedí a mi hermano que investigara a la madre superiora. No me gustaba esa mujer. En ese convento se ocultaba algo y yo pensaba descubrirlo.

Estaba en la sacristía cuando llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó Ana.

—Pues no lo sé, inténtalo.

—Muy gracioso, pero más gracioso sería que te vieran todos con sotana.

—Déjate de tonterías, que esto de hacer de cura no me gusta ni un pelo —le dije con un suspiro.

—Lo sé. Tienes que disimular más. Se te ve el plumero.

Arqueé una ceja.

—No te hagas el sueco conmigo.

—Bueno, ¿a qué has venido?

—A decirte que Julia trama algo. Desde un principio habíamos quedado en meter a Sara y Carmen, y ahora me dice que no las quiere meter.

—Bueno, es entendible. Aunque Sara sea compañera tuya, es lógico que no las quiera implicar.

—Pero sabes que las necesitamos, sobre todo a Sara.

—Tú no la pierdas de vista y sigue con el plan.

—¿Te estás escuchando? ¿Qué plan? Me parece a mí que la sotana te está lavando el cerebro.

Soltó una carcajada.

—Le voy a decir a mi hermano que te suspendan de empleo y sueldo tres meses.

—Vete al carajo, padre. —Rio—. Está bien, pero vigilar no siempre es fácil. No podemos estar todo el día pendientes de ella.

Salió dejándome solo.

Me senté detrás del escritorio del padre Emiliano y cogí unos papeles de bautismos, aunque mis pensamientos no tardaron en volver a Julia.

No la veía capaz de intentar salir sola. Sabía de sobra que, sin ayuda, no podría dejar el convento.

—Padre —entró una monja a la carrera—, el padre Emiliano ha salido y aún no ha llegado.

—¿Y? Hermana, no creo que tenga hora de entrada.

—No es eso. Lo que pasa es que es la hora en la que nos confesamos.

—¿No pueden esperar? —Empecé a ponerme nervioso—. No creo que tarde mucho.

—No podemos modificar los horarios.

—Bueno, pues que Dios nos coja confesados. Vamos al lío.

Me hizo gracia la cara que puso cuando dije esas palabras. Estaba metido en un lío, puesto que no tenía ni puñetera idea de cómo confesar.

Me puse la ropa que había visto al padre Emiliano ponerse y me dirigí al confesionario. Me sorprendió ver a Julia sentada esperando.

Vi a Sara y a Ana sonriendo. Me las iban a pagar esas dos.

Fui confesando una a una a todas las monjas que habían estado esperando su turno hasta que le llegó el turno a Julia.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebido —le dije, intentando cambiar un poco la voz.

—Padre, he pecado, he tenido pensamientos cochinos. Desde luego, aquí no se puede pecar de otra manera.

Eso hizo que sonriera.

—Dime, hija, ¿cuáles son esos pecados?

—Me he imaginado besando al padre Saúl.

Escuchar eso hizo que me pusiera recto.

—Pero solo es un pensamiento, porque ni eso sé hacer. A mis veinticuatro años no sé nada de hombres, pero no me importaría aprender con él.

Noté cómo se le entrecortaba la voz.

—Hija, no sé qué decirte. Yo tampoco sé de hombres.

Vi cómo se reía ante mi comentario.

—Bueno, ni de hombres ni de mujeres, pero no creo que sea malo tener esos pensamientos.

Me cago en mi hermano y en toda mi estampa.

—¿No me va a poner una penitencia?

—Reza un padrenuestro. Con eso estarás en paz con el Señor.

—Padre, pero… no he terminado.

—Hija, déjalo para mañana, que tengo que salir urgentemente.

Salí antes de que ella se hubiera puesto de pie. Necesitaba tomar aire fresco, así que fui directamente a la calle. Me moría por fumar y beber algo, pero eso tendría que esperar.

Me senté en el banco más alejado de la entrada. No quería que nadie me viera, y menos ahora, que era casi la hora de la misa.

Cogí el teléfono y marqué el número que sabía que me calmaría.

—Hola, hijo, ¿cómo estás?

—No lo sé, mamá, sinceramente, pero necesitaba escuchar tu voz.

—¿En qué estás metido ahora? ¿Cómo se llama?

Mi madre sabía perfectamente cuándo rondaba una mujer en mi cabeza.

—Alejandro.

Soltó una carcajada.

—¿Alejandro? Pero si mi niño es un trozo de pan.

—Tu niño me está haciendo pasar las de Caín, pero ya me las pagará, ya.

—Ja, ja, ja. Ay, mi niño, que se le ha metido una mujer en la cabeza. Ven a casa y me cuentas.

—Mamá, aún no puedo, pero te prometo que, en cuanto pueda, iré a por ese arroz que huele desde lejos.

—Vale, mi amor. Ten mucho cuidado. Te quiero, mi vida.

—Y yo a ti. Gracias por estar siempre para mí.

No le di opción a que me dijera nada más.

Ahora tocaba hablar con el tocapelotas de mi hermano.

—Hombre, el cura —me contestó riendo.

—Hombre, el tocapelotas —dije riendo—. Quiero dejar esta mierda.

—Ahora no puedes. Me costó mucho que te contratara el señor Santolaya para que ahora quieras dejarlo. ¿Qué ha pasado con su hija? ¿Te has pillado por ella y no puedes tocarla?

—No me jodas. Está tramando algo y no sabemos qué es.

—Para eso estáis ahí. Quiero saberlo todo, hasta las veces que mea.

—Alejandro… ¿Tú te estás escuchando? Mear, meará las veces que tenga ganas, pero aquí no hacemos nada.

—Recuerda que fue su padre el que te metió ahí.

—Por culpa tuya. Alejandro, necesito que investigues a una novicia. Se llama Carmen y creo que Julia trama algo con ella.

—Bueno, haré lo que pueda. Ya iré un día a la iglesia a que me confieses.

—Vete al carajo.

Soltó una carcajada.

—Cuídate, Saúl, y cuida de ella —me dijo colgando la llamada.

Me quedé mirando hacia el muro del convento. No me había fijado antes en él, pero su altura era considerable.

No podía creer que Julia subiera por él. Estaba dando por hecho que iba a escaparse por su cuenta, y no era seguro.

Decidimos ayudarla a salir de allí porque nadie debería estar en un lugar donde no quiere estar. Sabía que me caería la del pulpo con su padre, pero me daba igual.

Un padre que quiere a su hija no la priva de libertad, pero, sobre todo, no la priva de ser feliz.

Me gustaba cuando creía que no la veía mirándome. Sin embargo, la miraba de reojo. Había veces que lo dejaba pasar y otras en las que yo también la miraba y veía cómo se ponía colorada.

Presentía que Julia iba a ser un dolor de cabeza para mí, sobre todo mientras no pudiera decirle quién era en realidad. Y eso estaba empezando a cabrearme, aunque no entendía el porqué.

Cada vez me pesaba más la misión que me había encomendado mi hermano.

Capítulo 5



Julia

Había pasado una semana desde que se llevaron a Mara. Cómo la echaba de menos. Era la persona que más quería en esta vida. Una semana daba mucho en qué pensar. No sabía nada de mis padres y, sinceramente, tampoco me hacía falta. Bueno, a mi madre sí la echaba de menos. Ella era una marioneta en manos de mi padre, estaba segura de ello.

Tenía planeado cómo salir y el cuándo. Ya lo tenía todo hilado con Carmen, pero antes debía hacer creer a Ana y Sara que eran ellas las que me iban a ayudar. Había algo en esas dos que me hacía desconfiar.

Al principio no sabía dónde me iba a quedar cuando saliera, pero, gracias a un primo de Carmen, ya estaba solucionado. Decir que estaba nerviosa era poco. Estaba atacada de los nervios.

La madre superiora no me quitaba la vista de encima. El padre Emiliano estaba pendiente de que nadie le quitara el dinero del cepillo, y yo, pendiente del padre Emiliano para poder cogérselo. De verdad que no era mi intención, pero no tenía más remedio. Lo devolvería todo algún día.

Estaba en la cocina bebiendo una taza de café cuando llegó uno de mis dolores de cabeza: la madre superiora.

—¿No tienes nada que hacer? —me preguntó con cara de asco.

—No. Solamente beber café, ver cómo pasan las horas y, bueno, ahora ver quién me amarga la existencia aquí.

—Los suelos hay que limpiarlos. Y los baños.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —le dije sin mirarla—. Te recuerdo que yo no tengo obligaciones. Si hago algo es porque quiero, no porque tú me lo ordenes.

—Veo que quieres estar otra vez encerrada.

—Y yo veo que quieres perder el donativo que te da tu querido primo. Apuesto lo que quieras a que no sabe cómo me tratas.

Fue decirle eso y darse media vuelta para irse.

—No deberías haberle dicho nada, hija —me dijo Ofelia pelando patatas.

—Debería haberlo hecho antes —le respondí, cogiendo un cuchillo para ayudarla.

—Te gusta mucho el peligro, Julia.

Reímos.

Llevaba un rato en la cocina ayudando a Ofelia cuando Carmen entró como un huracán.

—Julia, necesito que vengas conmigo.

—Niña, qué modales son esos —la reprendió Ofelia.

—Lo siento, pero necesito que me ayude.

—Anda, hija, ve con ella, que ya sigo yo.

Salimos de la cocina como si nos hubieran puesto un petardo en el culo.

—Hoy es el día, Julia. Mi primo lo tiene todo preparado.

—¿Pero cómo voy a salir de aquí, loca?

—Por la puerta. A las seis tienes que estar en el invernadero. Ni se te ocurra retrasarte.

—Me estás poniendo nerviosa. Deja de menearte.

—Es que tengo que decirte otra cosa —vi cómo se retorcía las manos—. No sé si te va a gustar la idea.

—¿Lo quieres soltar ya?

—Verás, resulta que ha cambiado el disfraz.

—¿Cómo que ha cambiado? No puedo salir así.

—Te vas a vestir de viejo.

—De eso nada. De lo que habíamos hablado.

—No ha podido conseguirte la peluca. Venga, si vas a estar muy guapa.

—No me toques las narices. Está bien, allí estaré.

—Vale, ya sabes lo que tienes que hacer.

Me dejó sola, sumida en mis pensamientos. Si no quería que Ana se diera cuenta de nada, tenía que actuar rápido.

Antes de buscarla, fui a ver a mis niños al patio. No podía irme sin despedirme de ellos.

Crucé el pasillo con cuidado para que la madre superiora no oyera pasos y se asomara a ver quién era. Antes de abrir la puerta, me quedé mirando cómo jugaban y reían.

—Hola, chicos.

—¡Julia! —gritaron al unísono corriendo hacia mí.

—Hola, corazones. Veo que os lo estáis pasando muy bien.

—Juega con nosotros un rato.

—No puedo, tengo muchas cosas que hacer, pero sí que os puedo dar un abrazo y un beso por no poder quedarme.

—Pero que no sea grupal —chilló Mario.

—Vale, de uno en uno.

Lo que propuso Mario me vino de lujo. Así podría despedirme uno a uno. Estuve un rato con ellos, consciente de que dejaba allí un pedacito de mi corazón, pero que también me llevaba a cada niño conmigo.

No me pasó desapercibido que el padre Saúl estaba observando, y eso me puso más nerviosa. Entré en la sala donde estaba Ana. Solo esperaba que no me notara nada.

—Ana, tenemos que hablar.

—¿Qué te ha pasado ahora?

—Nada, pero quiero que planeemos ya mi salida.

—Julia, pero tardaremos un par de semanas por lo menos.

—¿Tanto? —pregunté haciéndome la tonta.

—Hombre, esto no es me voy y ya está, Julia. Necesitamos planearlo bien, pero tengo que meter a Carmen y Sara.

—No me gusta la idea, pero, si lo consideras oportuno, que sea así.

—Alguien nos tiene que cubrir.

—Está bien, pero, por favor, que sean dos semanas. Si no, mis nervios me traicionan.

—¿Como ahora? —me preguntó señalándome con un dedo.

—¿Qué dices? Yo no estoy nerviosa, solo que he tenido un encontronazo con la madre superiora y ya sabes cómo me pongo.

—Pues nerviosa, pero… no sé, creo que hay algo más.

—Joder, no se te escapa ni una. Te lo voy a contar, pero prométeme que no se lo vas a decir a nadie.

Se quedó mirándome pensativa.

—¿Ana?

—Que sí, pesada. Venga, cuéntame.

—Es por el padre Saúl —vi cómo se le formaba una sonrisa—. No sé qué me pasa. Cada vez que lo veo me pongo nerviosa. Siento algo en el estómago que no sé cómo describirlo.

—Ay, mi niña, eso es que te has enamorado.

—¿Qué dices, loca? Yo no estoy enamorada. ¿No ves que es cura?

—Eso no tiene nada que ver para que te enamores. El amor no entiende de profesiones.

—Bueno, déjate de tonterías y ve pensando en lo que te he dicho. No aguanto más a la madre superiora. O salgo de aquí o soy capaz de cargarme a esa mujer.

—No digas tonterías. Solo ten paciencia, que en dos semanas estás fuera de aquí.

—Eso espero. Bueno, ahí te quedas.

—Julia… No cometas ninguna tontería hasta entonces. La espera merecerá la pena, créeme.

No le dije nada. No quería que notara mi nerviosismo. Mi cara era un libro abierto; últimamente todo el mundo sabía lo que me pasaba solo con mirarme.

Mi siguiente parada era la iglesia. Tenía que ver cuánto dinero había. Me sentía mal cada vez que lo hacía, pero es que cuanto más tuviera, mejor sería a la hora de irme de allí.

Estaba contando el dinero cuando sentí un carraspeo detrás de mí. Acababa de ser pillada *infraganti*.

—Bueno, pero si ya tenemos aquí a la ladrona de la iglesia.

Esa voz era la última que quería escuchar aquel día.

—¿Qué dices tú? —le dije con toda la altanería que pude—. No estoy robando, listo. Lo estoy contando para ver si falta algo cuando venga el padre a recogerlo.

La carcajada que soltó se escuchó en toda la iglesia.

—Qué detalle por tu parte. ¿He de creerte? —me preguntó con una media sonrisa.

—Ese es tu problema, cura, no el mío.

—Vaya, si ahora resulta que soy cura —dijo divertido.

—¿Ah, no? —le pregunté—. A ver si resulta que el ladrón eres tú —le dije riéndome mientras soltaba el dinero.

Me di media vuelta, más cabreada que un mono. ¿Cómo era posible que pasara en ese mismo momento? ¿Me estaría vigilando? Primero cuando me despedía de los niños, ahora en la iglesia. Me encogí de hombros sin querer darle más importancia. Ya volvería más tarde.

Me escondí detrás de un pilar del patio hasta verlo salir. Sabía que saldría detrás de mí. Lo que él no sabía era que, cuando él iba, yo ya estaba de vuelta. Volver a la iglesia era mi intención. Lo que no esperaba era que, al volver a por el dinero, ya no estuviera allí.

Regresar con las manos vacías me cabreó más de lo que llegué a imaginar. Me había equivocado con ese cura. Iba por delante de mí, y eso no era bueno. Nada bueno.

Sin quitarme al cura de la cabeza, volví a la cocina para ayudar a Ofelia. Ella era otra de las personas que más falta me haría cuando saliera de esas cuatro paredes.

Estuvimos poniendo la mesa, riendo con mis tonterías y evitando mirarla cuando me decía que me veía rara. Yo le respondía con evasivas o simplemente le decía que me acordaba mucho de Mara.

Comimos en silencio, como siempre. Vi que Sara me miraba más de lo normal. Cuando nuestras miradas se encontraron, sonreímos, pero me resultaba raro que me mirara tanto. La madre superiora hablaba con una de las hermanas sobre el huerto.

Todo parecía normal. Otra comida más, pero no lo era. Era distinta. Mi última comida compartida con ellas. Ofelia me miró y me dedicó una sonrisa de esas que te atraviesan el alma.

Estaba deseando volver a mi cuarto. Me llevaría lo puesto y poca cosa más.

Capítulo 6



Julia

Por fin llegó la hora de mi marcha. Me recriminé a mí misma estar triste, pero no lo podía evitar. Había pasado demasiado tiempo entre esas cuatro paredes. No estaba triste por el sitio, sino por la gente que dejaba atrás y a la que echaría de menos.

Salí con una bolsa. Lo demás se quedaba allí. Cuanto más tardaran en darse cuenta de que me había marchado, mejor para mí.

Sentí alivio al no encontrarme con nadie. Llegué al invernadero y Carmen ya estaba esperándome.

—Venga, no tenemos mucho tiempo —me dijo dándome una bolsa.

—¿Qué es lo que hay aquí?

—Tu ropa —me respondió riendo.

—Carmen, no te hagas la graciosa conmigo y ayúdame a ponerme todo esto.

Cuando saqué la ropa de la bolsa no me lo podía creer: camisa de cuadros, pantalón de pana, tirantes, un cojín, gorra y barba.

—Yo no me pongo eso ni de coña, olvídate.

—Déjate de tonterías y date prisa, que no tenemos tiempo.

Me callé la boca y empecé a vestirme. Con cada prenda que me ponía, más me cabreaba, mientras Carmen no dejaba de reírse y me arreglaba la barba.

—Bueno, vale ya. Deja de reírte, que no me hace ni chispa de gracia.

—Eso es hasta que te veas. Date prisa, que nos quedan cinco minutos.

Cuando me puse las botas, me dio un espejo para que me viera.

—¿Esta soy yo? —me pregunté más a mí misma que a ella.

—Esa eres tú —contestó dándome unas gafas—. Este es el toque final y te vas. Mi primo ya te está esperando.

—Gracias, Carmen. No tendré vida para agradecértelo.

—No digas tonterías y vete ya. En tres días nos vemos.

—¿Cómo es eso? ¿Dejas el convento?

—Sí. Esto no es para mí. He descubierto contigo que me va el riesgo y la aventura.

—Ja, ja, ja. Estás loca.

Le di un abrazo.

—Julia, otra cosa.

Me volví para mirarla.

—Coge ese saco y sal ya. Mi primo te explicará cuando estéis fuera.

—Nos vemos.

—Mucha suerte, guapa.

Cogí el saco y salí del invernadero sin mirar atrás. Me crucé con un par de monjas, a las cuales saludé con un movimiento de cabeza, y fui hacia la puerta del convento. A medio camino me encontré con el primo de Carmen. Lo conocía por foto, no porque yo hubiera hablado con él.

Jamás había retenido tanto el aire como durante el tiempo que tardé en salir de allí. Aire que solté cuando por fin crucé esa puerta y me monté en la furgoneta.

—¿Lista para comenzar tu nueva vida? —me preguntó Eduardo arrancando.

—Lista, no lo sé, pero nerviosa un montón —le contesté resoplando.

—Bueno, es normal después de todo lo que ha pasado. Tenemos que alejarnos lo máximo posible. Cuando se den cuenta de que no estás, se va a armar la de Dios.

—Siento mucho el marrón en el que te voy a meter.

—Por mí no te preocupes. Mi segundo nombre es «peligro».

Reímos.

—De momento vamos a soltar esta furgoneta, que es lo que buscarán cuando se den cuenta de que no estás.

—¿Adónde iremos? —le pregunté quitándome esas gafas de culo de botella.

—No te las quites, te ves bien.

—Qué gracioso eres.

—Lo sé. Iremos a un pueblo de la costa, cerca de Portugal. No creo que piensen que has llegado tan lejos.

—Me gusta la idea.

Nos quedamos en silencio. Supongo que cada uno iba sumido en sus propias cosas. Yo pensaba en lo furioso que se pondría mi padre cuando se enterara. Estallaría en cólera, de eso no tenía ninguna duda. Después, sin poder evitarlo, pensé en el padre Saúl y en que tal vez no volvería a verlo nunca más.

Paramos en un barrio donde jamás se me pasaría por la cabeza vivir. Paró la furgoneta en una casa casi en ruinas, bajamos y fuimos al otro lado de la calle para coger un coche que había aparcado.

No quería hacer preguntas, al menos hasta que no estuviéramos fuera de ese barrio que tanto miedo me daba.

Montamos en el coche y nos fuimos de allí.

—¿Vives aquí? —le pregunté como quien no quiere la cosa.

—No, solo que en esta vida hay que tener amigos hasta en el infierno.

—No te olvides de que también en la iglesia.

Reímos.

Eduardo era un tipo muy agradable, tenía treinta y dos años y no dejaba de bromear. Trabajaba en una empresa de informática, estaba de vacaciones y, según me comentó, aquellas iban a ser las mejores de su vida.

Paró en un bar de carretera a por algo de comer, pero yo preferí no bajarme. No quería que nadie me viera vestida de aquella manera, porque eso podría delatarme. Me trajo un bocadillo y una Coca-Cola, y lo fui comiendo por el camino.

—Intenta dormir un rato, Julia. Aún nos queda como una hora y media para llegar.

—No, prefiero darte conversación. Ya tendré tiempo de dormir.

—Bueno, como quieras, pero si yo pudiera, dormiría.

—Podemos parar si quieres y así descansas un rato. Yo hago pis, que no me aguanto más.

Paró el coche en el primer claro que encontró.

—Abre las dos puertas y meas.

—¿Qué dices? Yo no hago pis así.

—Julia, te recuerdo que te has escapado de un convento y que vas vestida de hombre.

—Vale, pero no mires.

—Tranquila, me fumaré un cigarro mientras tanto.

Era una fuerza mayor, así que dejé de darle vueltas y me agaché. No debería haber aguantado tanto.

—¿Piensas regar el asfalto? —me preguntó riendo.

—Ya termino. Tenía muchas ganas.

—Ya lo veo.

Subimos al coche y volvimos a quedarnos en silencio. Ahora sí que se me cerraban los ojos, y no pude evitar quedarme dormida.

—Arriba, bella durmiente. —Me despertó dándome en el brazo—. Vaya compañera de viaje que me he buscado.

—¿Hemos llegado?

—Sí. Mira qué lugar más espectacular.

Salí del coche y me quedé con la boca abierta. Frente a mí tenía una casa maravillosa, pero lo que de verdad me dejó sin aliento fueron las vistas: el mar.

—Bienvenida a tu nuevo hogar.

—Esto es precioso, Eduardo —le dije con lágrimas en los ojos.

—Ni se te ocurra llorar, que me voy y te dejo sola.

—Son los nervios. Los tengo que sacar de alguna manera.

No dijo nada, simplemente me abrazó, y os juro que en ese momento me sentí especial.

—Hacía mucho tiempo que nadie me daba un abrazo.

—Pues de aquí en adelante te daré al menos uno al día.

—¿Pensáis estar todo el tiempo fuera? —gritó una chica desde la puerta—. ¿O vais a entrar de una vez?

—Julia, te presento a la gruñona de mi novia, Diana.

—No le hagas caso a este capullo. —Me dio dos besos—. Bienvenida.

No sabía lo que pasaría de ahí en adelante, pero tenía claro que al fin podía decidir qué hacer con mi vida.

Diana se encargó de enseñarme la casa. Era de planta baja y no le faltaba detalle. Tenía dos dormitorios, cada uno con su baño, salón y cocina abierta, pero lo que más me gustó fue ese jardín con vistas al mar.

—Ahora nos vamos a dar una ducha los dos… —dijo Eduardo—, pero cada uno en su baño.

Diana soltó una carcajada y a mí me ardía la cara.

—Tranquila, es que en su otra vida fue payaso.

—Eso es cierto. Ya me irás conociendo. Venga, que seguro que tendrás ganas de quitarte las pintas que llevas.

La verdad es que tenía razón. Estaba deseando quitarme aquel disfraz; la barba ya me picaba y, para colmo, me sentía incomodísima.

Diana me acompañó y me dejó ropa cómoda encima de la cama.

—Si necesitas algo, me lo pides sin problema, hasta que sepamos cómo lo vamos a hacer.

Esas palabras me dieron que pensar. No tenía ni idea de qué iba a pasar a partir de ahora. Carmen y yo habíamos hablado muchas veces de qué hacer cuando saliera de allí. Tendría que cambiar de nombre, y eso no sería nada fácil.

Entré en el cuarto de baño, abrí el grifo y me fui quitando la ropa. Cuando me metí en la ducha, dejé que el agua cayera por mi cuerpo como si pudiera arrastrar todo lo que llevaba encima. Era justo lo que necesitaba. Hacía tanto que no disfrutaba de una buena ducha… En el convento era agua, lávate y fuera. Aquella sensación de paz fue tan intensa que solo me faltó llorar.

Después, ya vestida y con el cuerpo mucho más ligero, fui hacia el salón. Allí estaban Diana y Eduardo hablando.

—¿La ducha bien? —me preguntó él.

—Perfecta, gracias. No me acordaba ya de cómo era darse una ducha sin prisas.

Reímos.

—Bueno, pero eso ya ha cambiado. Ha llamado Carmen —dijo Eduardo poniéndose serio—. Han puesto el convento patas arriba. La madre superiora está que se sube por las paredes.

—¿Eso quiere decir que mi padre ya se ha enterado?

—De momento no saben nada, ni siquiera han llamado a la policía. Están esperando que vuelvas por tu propio pie.

—Pues que esperen, que yo ahí ya no vuelvo ni de visita. Lo siento por los niños y por Ofelia, pero allí no vuelvo.

Capítulo 7



Saúl

El convento estaba patas arriba por Julia. Nadie sabía dónde estaba metida e intentamos averiguar quién había sido la última persona que había hablado con ella.

Ana me contó que Julia se había pasado por donde estaba ella y que estuvieron hablando un rato sobre cuándo la ayudaría a salir de allí. La notó muy nerviosa y, al preguntarle, Julia le dijo que solo había tenido un encontronazo con la madre superiora antes de marcharse.

Ella no quería llamar a la policía, y mucho menos avisar al señor Satolaya. Nos pidió que esperáramos unas horas, convencida de que Julia volvería en cuanto se diera cuenta de que fuera no tenía nada que hacer.

A mí aquello, de entrada, no me gustó nada. Salí al jardín de la entrada para llamar a mi hermano.

—¿Qué le pasa a mi cura preferido? —me preguntó con sorna.

—Déjate de coñas, Alejandro. Julia se ha ido del convento.

—¿Cómo que se ha ido? Saúl, dime que estás de coña, por tu madre.

—Deja a mi madre fuera de esto, que es la misma que la tuya. Y no, no estoy de coña. No se ha presentado a cenar y nadie sabe nada de ella.

—Joder. ¿Nadie sabe quién fue la última persona que habló con ella?

—Ana. Ella fue la última. Me ha contado que entró diciendo que tenían que planear su salida de allí ya. Ana la notó muy nerviosa, pero, por lo visto, había tenido un encontronazo con la madre superiora en la comida.

—¿Y eso es cierto?

—Sí que lo es —le contesté resoplando.

—Saúl, lo tenía más que planeado. Ir a hablar con Ana era la coartada perfecta para salir sin levantar sospechas.

Maldecí para mis adentros.

—Alguien la ha ayudado a salir de allí. Ella sola no creo que lo haya hecho.

—No lo sé. No te puedes imaginar el barullo que hay aquí dentro. Las que más tiempo estuvieron con ella son Ana, Carmen y Sara.

—Seguro que alguna de ellas sabe algo.

—Alejandro, ¿tú te estás escuchando? Dos de ellas son de tu equipo. Saben lo mismo que yo y que tú. ¿Has investigado a Carmen como te dije?

—Sí. Está limpia. Es huérfana de madre y su padre no tiene trato ninguno con ella.

—Joder. ¿No tiene más familia? Algún otro pariente, un perro, yo qué sé. Algo.

—Tiene tíos y primos, y todos están limpios. ¿Piensas que ella tiene algo que ver?

—No lo creo. Es una muchacha muy tímida y habla poco, aunque la hermana Ofelia nos dijo que Carmen fue a buscarla a la cocina con urgencia.

—¿Y? Algo que saber.

—Si no te callas, no vas a saber nada.

Rio.

—La madre superiora le preguntó y ella le contó que estaba haciendo un vestido para una de las niñas y no sabía qué hacer con no sé qué.

—Ja, ja, ja. Qué cosas más interesantes pasan en ese convento.

—Déjate de coñas, que esto es muy serio. Si no aparece, habrá que llamar a su padre y entonces sí que la hemos liado. Mi cuello está en juego.

—Tranquilo, tú no puedes estar las veinticuatro horas del día pendiente de ella y eso te salva. La que se juega el culo es la madre superiora.

—Espero que aparezca pronto, hermano.

—Ya. En serio, Saúl, ¿eso te preocupa?

—Sí. Lleva mucho tiempo privada de libertad y no creo que sepa cómo desenvolverse.

—Tranquilo, la encontraremos. Pondré a mis hombres a buscarla.

—Gracias, hermano. Te dejo, que hay revuelo.

Accedí al interior y vi a Carmen llorando. La madre superiora la tenía cogida por los brazos.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté poniéndome al lado del padre Emiliano.

—Esta mosquita muerta sabe algo y no quiere decir nada —habló la madre superiora.

—Padre, yo no sé nada, de verdad. Desde que salió del taller no la he vuelto a ver.

—Está bien, hija. No tenemos por qué dudar de tu palabra —le dije pasándole una mano por el brazo.

—Hay que llamar a su padre —dijo el padre Emiliano.

—No —contestó la madre superiora—. Vamos a esperar un poco más.

Noté lo nerviosa que estaba esa mujer. La desaparición de Julia la ponía en apuros, y no le convenía.

Salí del convento con Ana y Sara hacia el patio.

—Sara, ¿de verdad que tú no sabes nada?

—Nada de nada. Últimamente no andaba mucho conmigo; sin embargo, con Carmen sí.

—No creo que ella sepa nada —nos dijo Sara—. Cuando hablábamos de planearlo, nos quitaba la idea.

—Sara, parece mentira que seas policía, hija —le dije riéndome.

—Jo, es que me cae muy bien Carmen y no la veo haciendo esas cosas.

—Ya está, déjalo, Sara, que cada vez vas a peor —le dijo Ana—. ¿Tu hermano qué dice?

—Que sois unas pésimas policías.

Solté una carcajada.

—Idiota eres, Saúl —me dijo Ana riéndose.

—Venga, os dejo. Tengo que pensar cómo darle la noticia al señor Santolaya. Deseadme suerte, chicas.

Las dejé solas. Tenía que hablar con el padre de Julia. No iba a esperar a que a la madre superiora le diera la gana de avisarle ella.

Me despedí del padre Emiliano. Yo no me quedaba en la casa de la iglesia, no quería invadir su espacio, ya que era tan pequeña que tendríamos que compartir habitación.

Llegué a la casa que tenía alquilada y me quité la sotana. No sé cómo podían aguantarla todo el día, con lo bien que se estaba sin aquella tela encima.

Me senté en el sofá con el teléfono en la mano, sin saber ni por dónde empezar. Me iba a caer la del pulpo, así que me serví un *whisky* doble y dejé la botella al lado, porque tenía claro que iba a hacerme falta.

Un tono, dos tonos, tres y…

—¿Saúl? ¿Pasa algo?

—Señor Santolaya, me temo que sí. Julia ha desaparecido, se ha ido del convento.

Silencio al otro lado.

—Señor, ¿me oye?

—Que si le oigo —me contestó gritando—. ¿Dónde está mi hija? ¿No se supone que tenía que estar pendiente de ella?

—No puedo estar las veinticuatro horas en el convento, señor.

—Y la idiota de mi prima… ¿No se supone que tenía que estar pendiente de ella?

—Señor, no le puedo decir. Solo sé que habían discutido a la hora de comer y desde entonces no se sabe nada de ella.

—Saúl, tienes que encontrarla. Por su bien y ahora por el tuyo. No te pago para que la pierdas de vista.

—Señor, yo… La encontraré, no se preocupe.

—Más te vale que sea así. De lo contrario, habrá consecuencias.

Me quedé mirando el teléfono. No me había gustado el tono que había utilizado conmigo, aunque era normal, sabiendo que su hija estaba desaparecida y sin saber nada de ella.

Le mandé un mensaje a mi hermano.

Saúl: *Ya he hablado con el padre de Julia.*

Alejandro: *¿Todo bien? ¿Te ha amenazado?*

Saúl: *Me ha dicho que, si no aparece, habrá consecuencias.*

Alejandro: *Tranquilo, la encontraremos. Y, hermano, gracias por todo lo que estás haciendo. Tengo que dejarte, voy a comer hoy con mamá.*

Por mucho que me pidiera tranquilidad, sabía que él tampoco estaría tranquilo. No me preocupaba tanto por mí; lo que sí me preocupaba era la madre superiora. Ella era la que debería haber tenido mil ojos con Julia.

Me tumbé y cerré los ojos. ¿Dónde podía estar Julia? No conocía a nadie fuera de esas cuatro paredes, al menos que yo supiera. Me preocupaba que pudiera pasarle algo. No me lo perdonaría en la vida. Mi trabajo era protegerla y no había sabido hacerlo.

Julia, ¿dónde te has metido? ¿Por qué no has confiado en mí? Esas preguntas no hacían más que dar vueltas en mi cabeza. Pensé en el momento de la confesión y se me escapó una sonrisa. Si supiera que era yo el que estaba metido dentro del confesionario, se habría muerto de la vergüenza.

No quería que se me metiera en la cabeza. A mis treinta y dos años no había dejado entrar a ninguna mujer en ella. Mi madre siempre decía que ya llegaría la adecuada, y eso me daba mucho miedo.

Sin embargo, mi hermano era muy enamoradizo. Mi madre decía que lo que a mí me faltaba, a él le sobraba, y últimamente lo veía muy pendiente de Ana. No hacía falta preguntar para saber que le había tocado la patata, como decía él.

Me levanté y fui a prepararme algo de cenar. Me estaba doliendo la cabeza y era mejor comer algo y acostarme. Mañana sería otro día y se verían las cosas de otra manera. Bueno, al menos eso quería pensar.

Entré en la cocina, abrí el frigorífico y me dieron ganas de llorar. Solo había un trozo de queso y una manzana.

—Saúl, hoy para cenar, cena *gourmet* por lo bien que lo has hecho —me dije en voz alta y me eché a reír.

Capítulo 8



Saúl

Tres semanas habían pasado desde que Julia se había ido del convento. Ni mi hermano, ni la gente de Sandro, ni yo habíamos dado con su paradero. Tan solo habíamos encontrado la furgoneta en la que presuntamente se había fugado.

Por lo que me dijo mi hermano, estaba en un barrio peligroso. Cuando escuché eso me acojoné. ¿Qué haría ella en un barrio como ese?

Allí estaba yo, en el despacho de Sandro Santolaya, esperando nuevas instrucciones, y eso me tenía un poquito tenso.

—Buenos días —dijo sin mirarme—. ¿Novedades?

—Ninguna.

Entonces fue cuando me miró.

—No encontramos nada en el coche. Lo siento.

—Maldita sea la hora en que te contraté, Saúl. Se supone que tenías que protegerla.

—Le dije que allí dentro sería muy difícil. Solamente la veía unas horas al día.

—No me vengas con excusas.

—Señor Santolaya, no son excusas, es la realidad. La madre superiora era la que tenía que estar vigilándola.

—¿Me estás diciendo que no sé cómo tengo que hacer las cosas?

—Yo no he dicho nada de eso, solamente que…

—Cállate, Espósito. No quiero saber nada. Menos mal que sí hay gente competente que ha dado con ella.

Escuchar esas palabras hizo que me pusiera en alerta. ¿Cómo que habían dado con ella? Tenía que averiguar cómo lo habían hecho.

—¿Sabe dónde está, señor? —le pregunté lo más sumiso que pude.

—No estoy seguro, pero hay pistas. Necesito que vayas allí y averigües lo que puedas. Eso sí, sigues siendo el padre Saúl.

—Por eso no hay problema. Solo dígame a dónde tengo que ir y lo haré ahora mismo.

—Se la ha visto en un pueblo de Huelva, pegado a Portugal. Aquí tienes toda la información.

Abrí el sobre que me tendió y vi unas fotos de Julia. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al verla. Estaba preciosa, sonriendo junto a una chica desconocida para mí, pero con la que parecía tener una confianza de toda la vida.

—El pueblo se llama Isla Canela. Ahí tienes todos los datos: con quién está, nombres, dirección… Quiero que me la traigas. Esa muchacha no sabe lo que ha hecho.

—Prométeme que no le vas a hacer nada. —Entró diciendo la madre de Julia.

—Te he dicho que no salieras del dormitorio.

—Sandro, te pido, por favor, que no le hagas daño.

Lo vi coger el teléfono.

—Antón, ven ahora mismo a mi despacho.

Me fijé en la cara de la mujer. Su semblante cambió de la preocupación al miedo. ¿Qué estaba pasando allí? Se suponía que eran un matrimonio bien avenido, aunque ella nunca asistiera a las fiestas que él frecuentaba.

El tal Antón entró por la puerta. Tenía una cicatriz en la cara que, desde luego, no parecía de una caída.

—¿Me llamaba, señor?

—Lleva a mi mujer a su dormitorio y que no salga de él hasta que yo lo ordene.

Escuchar eso hizo que apretara la mandíbula. Ahora lo tenía claro: esa mujer no estaba con él por voluntad propia, sino por la que le había impuesto ese desalmado.

—Saúl, ¿qué haces aún aquí? Lárgate de una vez. Y te lo advierto, no quiero excusas esta vez.

—Sí, señor. La traeré conmigo.

Pasé por el lado de la mujer y se me partió el alma. Tenía los ojos llenos de lágrimas y, con un movimiento de labios, me dijo: «sálvala».

¿En qué coño me había metido? Me prometí a mí mismo que no volvería a aceptar nada que me propusiera mi hermano, con lo a gusto que estaba yo escoltando a famosos de tres al cuarto.

Salí de allí como si me hubieran metido un petardo en el culo. Me monté en el coche y puse rumbo a casa de mi hermano. El sobre que llevaba conmigo no era para mirarlo delante de nadie.

Siempre me gustó la casa de mi hermano. Era la casa ideal para hacer barbacoas en ese pedazo de jardín que tenía. De hecho, había más jardín que casa.

Como siempre, la verja estaba abierta. Qué manía tenía aquel hombre de dejar que cualquiera entrara en su casa. Aparqué el coche en la misma puerta y me dirigí a ella.

Llamé como si alguien me estuviera persiguiendo.

—¿No puedes llamar solo una vez?

—No. Esto que te traigo es importante —le dije mientras iba hacia su despacho.

—Pasa, estás en tu casa y estoy solo.

—Lo siento, esto me tiene muy nervioso. Es sobre Julia.

—¿Qué has averiguado? ¿Sabes dónde está? —me preguntó desesperado.

—Isla Canela. Ahí es donde está. Tengo fotos, dirección y los nombres de las personas con las que se encuentra. Alejandro, él lo sabe todo y no ha movido un dedo para traerla.

—¿Por qué crees que te ha mandado a ti si ya sabe dónde está?

—No lo sé, y eso es lo que me tiene escamado, pero tengo que ir allí.

—Ten cuidado, Saúl. Esto no me gusta nada.

—No me vengas con tonterías. Tú me metiste en esto.

—Y ahora soy yo el que te saca.

—Eso no te lo crees ni tú.

Me pasé las manos por la cabeza mientras caminaba de un lado a otro.

—Averigua quiénes son las personas que están con ella.

Le di las fotos y las miró una a una.

—Saúl, es el primo de Carmen y ella es su pareja.

—No me jodas. ¿Estás seguro?

—Y tanto que sí. Los estuvimos investigando a él y a su pareja, pero no encontramos nada. Supimos dónde estaban y, por lo que averiguamos, estaban de vacaciones. No vimos nada raro y en ningún momento vimos a Julia con ellos.

—Entonces Carmen lo sabía todo y nos ha engañado.

—Y tanto. Es más, se ha ido del convento.

Me quedé mirando a mi hermano sin decir nada. No podía creer cómo nos la habían jugado esas dos.

—Tengo que ir allí. Tengo que encontrarla —le dije mirando por la ventana.

—Saúl —me llamó mi hermano—, te lo estás llevando a lo personal y eso no es bueno.

—Me lo estoy llevando a lo laboral. No me jodas más con lo personal.

Había muchas lagunas en todo esto. Mi hermano era muy hermético con sus casos y, cuando me pedía ayuda, tan solo me los contaba por encima. El punto exacto para que yo pudiera trabajar, sin una coma de más.

—Tengo que salir en dos días —le dije mirándolo a los ojos—. Hay otra cosa que me preocupa, Alejandro.

—¿Y qué es? —me preguntó arqueando una ceja.

—La madre de Julia. Cuando Sandro y yo estábamos reunidos, apareció ella pidiéndole que no le hiciera nada.

—Pero eso no tiene nada de extraño. ¿Qué harías tú si una hija tuya se fuera de casa? Castigarla.

—No. En la cara de esa mujer había mucho miedo.

—Saúl, no te montes películas. ¿Cuándo te vas? ¿Necesitas a alguien de mi gente contigo?

—Salgo mañana. Tengo que preparar algunas cosas. Y no, no necesito a nadie.

—Puedes llevarte a Ana o Sara. Con alguna de ellas lo tendrás más fácil.

Negué con la cabeza.

Nos quedamos en silencio por un momento, él mirando esas fotos que le había puesto encima de la mesa y yo pensando en Julia, en cómo pudo salir del convento sin que nadie la viera.

—Saúl, ¿qué vas a hacer cuando la encuentres?

—¿Tú qué crees? Traerla de vuelta. El padre Saúl trae a la oveja descarriada.

Mi hermano soltó una carcajada.

—¿Pero qué coño dices?

—Que tengo que seguir con el papel de cura.

—No me jodas. Ja, ja, ja, anda que no es listo el Sandro de los cojones.

—Eso ya lo he pensado yo.

Al final me tuve que reír de mí mismo.

—Venga, vamos a preparar algo de comer y seguimos charlando.

Nos metimos en la cocina. El «preparar algo de comer» de mi hermano no era otra cosa que buscar algún táper de mi madre. Él era así, pero bueno, era feliz de esa manera.

Sacó uno de pollo en salsa del frigorífico. Mientras lo calentaba, yo saqué dos cervezas y los ingredientes para preparar una ensalada.

Nos sentamos en el porche a comer. Si algo tenía la casa de mi hermano era que daba igual en qué habitación de la planta baja estuvieras: todas tenían salida al porche.

—¿Cómo está Ana? No he vuelto a saber nada de ella.

—Está algo mejor.

Lo miré, parando el tenedor a medio camino de mi boca.

—Tranquilo, solo que los primeros días se culpó por no haber estado más pendiente de Julia, por no haber intuido lo que tenía planeado.

—Nadie lo intuyó. Ni siquiera yo, que me limitaba a observarla cuando creía que nadie se daba cuenta.

—Ya se lo he dicho, pero no hay manera.

—Intentaré llamarla un día de estos.

—Sí, claro, como a mamá, que no sabe nada de ti en días.

—He estado muy liado y estresado. Este hombre saca lo peor de mí, tanto que me dan ganas de ahogarlo con mis propias manos.

Reímos.

Mientras comíamos, hablamos del trabajo y, en cuanto terminamos, me despedí de él para volver a casa. Tenía mucho que preparar antes de salir hacia mi destino.

Capítulo 9



Julia

Cada día que pasaba estaba más contenta. Eduardo y Diana se habían portado muy bien conmigo. Habían pasado tres semanas desde que me marché del convento, y la primera fue caótica, porque tenía que cambiar muchas cosas de mí. Lo primero fue el color del pelo, aunque yo no quería teñírmelo y tampoco me decidía por ningún color.

Al final elegimos el negro azabache. Ese día lloré lo más grande, y Eduardo pasó varios días divirtiéndose a mi costa. También me puse unas lentillas verdes y, cuando por fin me miré en el espejo, me quedé con la boca abierta.

Eduardo se encargó de los papeles. No pregunté cómo lo había hecho, pero ya tenía una identidad nueva: Daniela Salvatierra Ortiz. Según él, tenía nombre de la realeza.

Estábamos planeando irnos del pueblo, al menos yo. Eduardo había visto a alguien merodeando por la casa días atrás y, desde entonces, solo salía para ir a trabajar. Lo hacía por el dinero, porque lo necesitaba para lo que tenía pensado hacer.

Esa mañana le pedí a Eduardo algo que podía perjudicarlo, pero necesitaba sacar dinero de una cuenta que tenía desde niña. Había que encontrar la manera de hacerlo sin que saltaran las alarmas.

—Julia, eso está muy difícil, pero lo intentaré. De todas maneras, puedo prestártelo yo y ya me lo devolverás cuando puedas.

—No. No sé si volveremos a vernos y necesito tenerlo en una cuenta con mi nuevo nombre.

—Está bien. No te prometo nada, pero no me preguntes cómo lo he conseguido, porque no voy a hacerlo yo.

—Me da igual cómo lo consigas, pero consíguelo.

Salió de la casa con una sonrisa. No me preocupaba cómo lo consiguiera. No iba a preguntarle, como tampoco le pregunté cómo había conseguido mis papeles nuevos.

Diana vino hasta donde estaba con dos cafés en la mano.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —me preguntó dándome uno.

—Gracias. Sí, estoy segura. Es más, es lo mejor —le respondí.

—Podríamos ir contigo. Sabes que podemos trabajar desde cualquier sitio si quisiéramos.

—Lo sé, pero prefiero hacer esto sola.

—¡Qué te lo has creído tú! —Escuché una voz que me hizo gritar.

—Carmen, ¿qué haces tú aquí?

—Joder, Julia, si llegas a estar en otro lugar, no te reconozco —me dijo dándome un abrazo—. Y respondiendo a tu pregunta, te diré que quitarme del medio. Demasiadas preguntas.

—¿Te ha visto alguien?

—No, tranquila. Me prestaron un coche para no tener que mover el mío de la puerta de mi casa. Llevaba cuatro días sin salir por lo mismo.

—No te puedo complicar más la vida —le dije seriamente.

—Julia, no vas a ir sola a ningún sitio. Tu padre está como loco buscándote. Fue al convento y menuda bronca se llevó la madre superiora. Además, me tienen vigilada. Están seguros de que sé más de lo que digo, y razón no les falta.

¿Cuánta gente iba a sacrificar su vida por ayudarme? Y, sin embargo, egoístamente quería que se viniera conmigo para no estar sola.

—Carmen, pero yo me voy a Nápoles.

—Y yo contigo, y no hay nada más que hablar.

—Yo no es por malmeter, Carmen —dijo Diana—, pero cuando tu primo se entere de que te has presentado aquí, se va a enfadar.

—Pues que beba agua, pero ya no podía seguir allí.

—Lo siento mucho, de verdad. Todo ha sido por mi culpa.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó haciéndose la tonta ante mi disculpa.

—Cuanto antes, mejor —dijo Eduardo—. De momento, recoged las cosas, que nos vamos de aquí.

—¿Ha pasado algo, mi amor? —preguntó Diana sobresaltada.

—He visto al cura joven en la plaza.

—¿Cómo? No me lo puedo creer.

—Prima, ¿estás segura de que nadie te ha seguido?

—Y tan segura.

Recogimos lo imprescindible. Si Eduardo había visto al cura joven, no podía ser otro que Saúl. No había pasado un solo día desde que me fui sin pensar en él, en sus ojos, en esa sonrisa y en la manera en que me hablaba.

Saúl estaba prohibido para mí. Bueno, y para muchas mujeres más. No había tenido la oportunidad de conocer sus motivos, pero no creía en aquella llamada del Señor de la que me habló una vez.

Otra vez estaba metiendo lo imprescindible en una mochila, aunque al menos esta vez no era una bolsa cualquiera.

Pensé en mi madre, en todas las veces que me había hecho falta y en cómo se había desentendido de mí. Me iba a Nápoles, sí, pero sin saber muy bien qué hacer allí. Con un poco de suerte, encontraría trabajo pronto.

—Julia —me llamó Carmen.

—Estoy aquí. ¿Qué te pasa?

—¿Qué vamos a hacer en Nápoles?

—Lo primero, buscar dónde quedarnos. Después, buscar trabajo y, una vez estemos establecidas, ya veremos.

—¿No estás asustada? Porque yo estoy que me cago en las bragas.

—Vaya monja más deslenguada.

Reímos.

—Nunca tuve vocación, solo que no sabía qué hacer y tenía dos años para decidirme.

—¿En serio? —asintió—. Ja, ja, no te creo.

—Eso es problema tuyo, pero es tan cierto como que me llamo Carmen.

Reímos dándonos un abrazo. La verdad es que me sabía mal que ella tuviera que dejarlo todo por seguirme, pero egoístamente me sentía más segura sabiendo que no iría sola.

—Nos vamos ya —dijo Eduardo—. Ya están preguntando por nosotros.

—Siento mucho haberos metido en esto —les dije muy apenada.

—Deja de disculparte. Tú no nos has metido en nada, lo hemos hecho nosotros solos —me dijo Eduardo.

Al oír la puerta cerrarse tras de mí, sentí un escalofrío mezclado con tristeza.

Me quedé con los ojos cerrados, perdida en mis pensamientos, preguntándome hasta cuándo tendría que seguir huyendo de mi padre. Qué triste era hablar así de la persona que debería cuidarte y amarte.

No sabía qué iba a hacer cuando llegara a Nápoles. Tenía una idea en la cabeza, sí, pero había pasado tanto tiempo que no sabía si todo saldría como esperaba.

—Julia, nos queda media hora para llegar al aeropuerto. Vete espabilando, dormilona —me dijo Carmen zarandeándome.

—No estoy dormida, solo estaba pensando con los ojos cerrados.

—No es por nada, Carmen, pero deberías empezar a llamarla Daniela —le dijo su primo—. No queremos que se te escape en cualquier sitio.

—Tienes razón, pero sé que al principio me va a costar un poquito.

—Tranquila, hasta a mí me cuesta mentalizarme de que ahora soy Daniela y no Julia.

Por un momento volvió el silencio entre los cuatro. Miré por la ventana, viendo cómo dejaba atrás aquel refugio improvisado que, durante unas semanas, me había permitido sentirme un poco libre.

Según nos íbamos acercando al aeropuerto, me iban entrando los nervios. Por un lado, me alegraba que Carmen viajara conmigo. No iba a estar sola, y eso hacía que no tuviera tanto miedo por si mis planes no salían como esperaba.

Eduardo aparcó un poco más allá de la entrada.

—Bueno, Daniela, ha llegado el momento de que empieces una vida nueva —me dijo Eduardo.

—Gracias por todo. Espero que lo que has hecho por mí no te cause problema alguno —le dije con lágrimas en los ojos.

—Tranquila, no te preocupes por eso. Anda, ven y dame un abrazo.

Estuvimos así un rato, en silencio. Eduardo había sido como un hermano mayor para mí.

—Bueno, venga, dejaos de dramatismos —nos dijo Diana—, que todo te vaya bien, preciosa. Te voy a echar de menos —me dijo abrazándome.

—Joder, qué ñoños os ponéis. Venga, vámonos ya —dijo Carmen secándose una lágrima.

—Carmen —la llamó Eduardo—, pórtate bien y cuídate.

—Que sí, pesado. Anda, vámonos, Daniela, que al final nos dan aquí las uvas.

Se metió dentro sin volverse. Sabía que a ella también le costaba dejar a su familia e iba a empezar una nueva vida sin tener por qué hacerlo, solo por no dejarme sola.

—Vamos a tomar algo antes de embarcar.

—Carmen, espera. ¿Y los billetes? Hay que sacarlos antes.

—Pues menos mal que no habías dormido en el coche, porque Diana ha sido la que los ha sacado. Aquí están, en mi móvil.

Nos sentamos en una de las cafeterías del aeropuerto. Yo pedí una tila. Carmen fue más valiente y se pidió una cerveza.

—Tengo miedo —le dije mirando el vaso.

—Toma, y yo. Es la primera vez que salgo de España y no sé lo que me voy a encontrar.

—Yo tampoco lo sé, Carmen, y eso es lo que me asusta.

—¿Tú crees que nos encontrarán? —me preguntó dando un sorbo a la cerveza.

—Sinceramente, no lo sé. Una parte de mí dice que ojalá y la otra dice que no —le contesté moviendo la cuchara dentro del vaso.

—Bueno, si te sirve de algo, tengo experiencia en la hostelería.

Me quedé mirándola con la boca abierta.

—¿Qué? No siempre fui novicia.

Nos reímos a carcajadas.

—Gracias, Carmen, por no dejarme sola en estos momentos.

—Al final, como sigas dándome las gracias, te montas en ese avión tú sola.

—Está bien, no te las volveré a dar.

—Mujer, tampoco es eso. Digo yo que de vez en cuando no estaría mal.

—Qué boba eres.

Así, entre risas y comentarios tontos, pasamos el tiempo de espera para coger el avión.

Me daba la impresión de que no me iba a aburrir al lado de Carmen.

Capítulo 10



Julia

Nos esperaban casi tres horas hasta nuestro destino. Carmen me tenía la cabeza como un bombo; no había manera de que se callase y, con ella hablando sin parar, pensar era misión imposible.

—¿Te quieres callar ya un rato? Así no hay quien pueda pensar.

—¿En el cura *buenorro*? —me preguntó dándome un codazo.

—Joder, que me has hecho daño. Déjate de curas *buenorros*, que tenemos un problema y no es moco de pavo.

—No tenemos dónde quedarnos.

No me lo preguntó, lo afirmó.

—No lo sé seguro, pero, si no sale bien lo que tengo en mente, tendremos que buscar algún sitio.

El avión despegó y miré por la ventanilla. Atrás dejaba una vida. Una vida que me habían arrebatado y que nadie me preguntó si era la que quería vivir.

—Julia, que estaba pensando yo… —me dijo dándose golpecitos en la barbilla—. Igual tendría que cambiarme yo también de aspecto. A mí me reconocen de lejos con esta cara.

—Carmen, a ti no te buscan, me buscan a mí. Pero, si eso te hace sentir mejor, hazlo.

Me giré hacia la ventanilla. Había veces que Carmen me saturaba; siempre lo había hecho, pero también he de decir que, sin ella, no estaría en ese avión rumbo a la ciudad que me vio nacer.

El viaje se me hizo corto. Carmen se quedó dormida, cosa que agradecí, porque con ella en silencio sí pude pensar.

La desperté cuando anunciaron que íbamos a aterrizar, aunque me costó la misma vida conseguir que abriera los ojos. Al bajar del avión, Carmen iba mirando hacia todos lados. Sacó una gorra de la mochila y se la puso junto con unas gafas de sol.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté mientras íbamos avanzando.

—¿Tú qué crees? —me preguntó parándose delante de mí—. Pasar inadvertida.

—La madre que me parió, Carmen. ¿No ves que de esa manera llamas más la atención? Anda, quítate eso.

—Julia, no quiero que te pillen por mi culpa.

—No pasará eso, tranquila, pero tenemos que hacer las cosas bien. De momento, cuanto antes salgamos de aquí, mejor.

Dejamos el aeropuerto a nuestras espaldas y cogimos un taxi. Le di la dirección donde quería ir y nos pusimos en marcha.

Carmen me cogió la mano y la apretó. Cada minuto que pasaba me alegraba más que hubiera venido conmigo. Todo el trayecto lo hicimos en silencio.

Bajamos del taxi y miré la fachada del edificio donde nos había dejado. Ahora era yo la que apretaba la mano de Carmen.

—Bueno, ya hemos llegado a nuestro destino —le dije mirándola—. Ahora solo falta que todo salga bien.

Llamé a la puerta. La espera fue eterna hasta que nos abrieron. Salió una chica más o menos de nuestra edad, pero no recordaba haberla visto nunca.

—*Ciao* —la saludé en italiano—. ¿Está Giovanna?

—¿Qué dices? —me preguntó Carmen—. Parece que tienes patatas en la boca.

—Estoy preguntando por mi nana, niña.

Estábamos las dos enzarzadas cuando escuché una voz.

—¿Julia? ¿Eres tú? —me preguntó una mujer a la que yo conocía muy bien.

—Hola, nana, sí, soy yo.

Me eché a sus brazos llorando.

—¿Podemos pasar? Tengo algo que contarte.

—Claro que sí, hija, pasa. Qué alegría más grande. Caterina, mira quién ha venido.

—Pero bueno, ¡no me lo puedo creer! Julia, cuánto tiempo y qué guapa estás —me dijo dándome un abrazo.

—Hola, Caterina. Hace mucho tiempo, sí. Esta es mi amiga Carmen.

—Hola, un placer conocerlas —les dijo dándoles dos besos a cada una.

—Julia —me llamó Giovanna—, ¿te acuerdas de mi nieta Roberta?

—La verdad es que no la recuerdo.

—Ya he visto que ninguna de las dos os acordáis.

—Abuela, que yo soy más pequeña que ella —le dijo Roberta.

—Bueno, da igual. Ven, hija, y cuéntame. ¿Qué os trae por aquí? —me preguntó sentándose en un sillón.

—Nana, lo que te cuente me tienes que prometer que no se lo dirás a nadie.

—Hija, puedes contarme lo que quieras. Mi boca está sellada.

Les conté toda la historia sin dejarme ni una coma. Caterina se echaba las manos a la cabeza. Giovanna no dijo nada, solo escuchaba, y Roberta decía que menos mal que ella no tenía padre, ya que no quiso hacerse cargo de ella.

—Hija, no me puedo creer lo que me acabas de contar. No me esperaba eso de tu padre, pero lo que más me sorprende es que tu madre no haya hecho nada.

—A mí también, nana, pero no sé. Hay algo en ella que no me cuadra. Siempre que iba a verme me dejaba dinero, hasta que las visitas fueron nulas.

—¿Tenéis dónde quedaros? —me preguntó acariciándome la mano.

—No. En mi mente, mi primer destino era venir aquí. No sabía si aún seguirías viviendo en esta casa.

—Pues ya has visto que sí. Roberta, llévalas a la habitación de invitados. Cuando estéis instaladas, cenaremos.

—Gracias, nana. Mañana mismo buscaremos dónde quedarnos.

—Ya hablaremos de eso. Ahora id a daros una ducha, os vendrá bien.

Subimos con Roberta, que nos llevó a una de las habitaciones del fondo.

—Os dejo para que os pongáis cómodas. Si necesitáis algo, me lo decís. En el mueble del baño tenéis toallas.

—Gracias, Roberta, por todo.

No dijo nada, se marchó con una sonrisa en la cara. Lo primero que hizo Carmen fue dejarse caer en la cama, estirada de punta a punta. Yo inspeccioné la habitación. Tenía una gran cama de matrimonio, un armario grande empotrado y un baño. No era muy grande, pero era más que suficiente.

—Julia —me llamó Carmen—, menos mal que esta mujer sigue viviendo en el mismo sitio. Ya me veía buscando un parque donde dormir.

—Tonta eres, hubiéramos buscado una pensión.

—Eso es lo que yo no quería. Voy a mandar un wasap a mi primo para que se quede tranquilo.

—No sé, Carmen, hay algo que no me termina de convencer —le dije mientras ella escribía el mensaje a su primo.

—¿A qué te refieres? —preguntó dejando de escribir.

—Demasiado fácil todo.

—Tonterías tuyas. Anda, tira para el baño y dúchate tú primera.

Quizá tuviera razón, pero la reacción de mi nana no era la de una persona que no te esperaba; era como si supiera que yo iba a aparecer en su casa.

Me metí en la ducha, y la verdad es que la necesitaba. Mientras el agua caía sobre mí, mi mente viajó hasta Saúl. No podía quitarme de la cabeza a ese hombre. ¿Por qué tenía que cruzarse en mi camino? Era la primera vez que me enamoraba de alguien, y precisamente tenía que ser de la persona más prohibida para mí.

Salí de la ducha con el pijama puesto. No llevábamos mucha ropa: lo puesto, una muda, el pijama y un neceser.

—Tu turno, Carmen, venga, perezosa —le dije cogiéndola de una pierna para despertarla.

—Yo no he hecho nada, ha sido Julia.

—¿Qué dices? ¿Me estás culpando a mí de qué?

—Ups, de nada. Me he quedado un poco traspuesta.

—Sí, ya lo veo, ya. Anda, tira para la ducha, traidora.

—Julia, ¿ahora qué?

—Ahora te vas a duchar, vamos a bajar a cenar algo, que tengo hambre, y después subiremos a dormir. Mañana ya veremos.

—Estoy asustada. ¿Eso es malo? —me preguntó desde la puerta del baño.

—No, Carmen, no lo es. Yo también estoy asustada, pero bueno, si las cosas no nos salen como tengo pensado, solo nos queda meternos a monjas.

—Capulla eres.

Solté una carcajada.

Me quedé pensando mientras ella se duchaba. Yo también estaba asustada. No podía quedarme mucho tiempo en esta casa, pero sí el suficiente para encontrar un lugar donde vivir sin llamar la atención. Antes de eso, tendríamos que buscar un trabajo.

Cuando bajamos, nos estaban esperando para cenar. Tenía hambre, no lo voy a negar, porque desde que comimos un bocadillo en el aeropuerto, no había vuelto a comer nada.

—Venga, hijas, sentaos, que ya está la cena lista —nos dijo Giovanna con mucho cariño—. Os he hecho un caldo que os hará falta.

—Gracias, nana, no sabes cómo te lo agradezco.

—Yo también, señora Giovanna, pero el caldo no me gusta —le dijo Carmen avergonzada.

—Niña, a mí no me llames señora. O me llamas Giovanna o nana; si no, te vas ahora mismo de mi casa.

Las demás nos echamos a reír mientras Carmen se moría de la vergüenza.

—Mamá, déjala ya, anda, que la vas a asustar —le dijo Caterina.

No solo había caldo para cenar. También comimos *pizza* frita rellena de ricota, mozzarella, salami y tomate frito, que por cierto estaba buenísima.

Cenamos hablando de lo que había vivido en el convento, de lo que había cambiado mi padre conmigo desde la muerte de mi hermano.

Ayudamos a recoger la cocina y seguimos charlando un buen rato, hasta que Giovanna nos mandó a dormir a todas.

—Julia, ¿estás segura de que te fías de ella? —me preguntó Carmen tirándose en la cama.

—Ay, niña, deja de decir tonterías —le dije cuando caí a su lado—. Ha sido mi nana durante mucho tiempo. Cuando mis padres se iban de viaje o a alguna fiesta, se quedaba con nosotros.

—No sé, hay algo en ella que no termina de convencerme.

—Anda, vamos a dormir ya, Carmen.

Apagué la luz y me di la vuelta cerrando los ojos.

Capítulo 11



Anabel

Cuando me levanté aquella mañana, no pensaba que fuera a recibir la mejor noticia de todas.

Sandro ya no estaba. La puerta de su dormitorio estaba abierta y la cama vacía. Lucy, la chica que se dedicaba a limpiar la casa, ya la estaba arreglando. Bajé directamente a la cocina. Allí estaba Mónica, la cocinera y madre de Lucy.

—Buenos días, Mónica —le dije yendo hacia la cafetera.

—Buenos días, cariño. Siéntate, que te voy a poner un desayuno en condiciones. ¿Qué es eso de un café nada más? —me dijo, sentándome.

—No tengo mucha hambre, de verdad.

—Eso ya lo sé yo, que nunca tienes hambre. Vas a terminar enfermando y tu hija te necesita fuerte.

—Solo espero que esté bien y no le pase nada.

—Anabel, como tu hija sea la mitad de fuerte que tú, te aseguro que estará bien.

—¿Por qué sigues aquí, Mónica, si tu hija te trata así?

—Ya te lo he dicho muchas veces: no te voy a dejar sola con esos dos.

Mónica era un encanto de mujer; sin embargo, su hija era lo peor que había en la faz de la tierra. Sabía que se acostaba con Sandro. Una noche, al encontrarme mal, fui al dormitorio de mi marido y, al abrir la puerta, los encontré juntos.

Ese día no solo me gané una bofetada por parte de mi marido, sino que tuve que aguantar las risas de ella.

Conocí a Sandro cuando yo tenía dieciocho años y él veinticinco. Me lo presentó mi padre, apartándome de mi primer amor, y desde entonces no nos habíamos vuelto a separar. A los dos años nos fuimos a vivir juntos y, ocho años después, nos casamos.

Aprendí a quererlo. No mucho, pero lo quería. Cuando él tenía que viajar, me llevaba con él, ya que yo trabajaba en una revista digital y podía hacerlo desde cualquier sitio.

Me costó quedarme embarazada, pero cuando menos lo esperaba vino Leo. Sandro se volvió loco de alegría: por fin tenía lo que quería, un varón que siguiera con sus negocios.

A los tres años nació Julia, que fue la alegría de la casa, pero sobre todo de Sandro. Tras la muerte de Leo, él cambió. Se volvió más gruñón, reservado, y ya no nos trataba de la misma manera ni a Julia ni a mí.

Todo empeoró desde entonces. Un día, de buenas a primeras, nos dijo que nos arregláramos, que íbamos a salir. Jamás pude imaginarme a dónde nos llevaría.

Cuando llegamos a aquel convento, pensé que íbamos a ver a su prima, y así fue. Lo que no pude imaginar es que mi hija se quedaría allí y que yo, por su bienestar, tendría que callar.

Todos esos años lo pasé muy mal, recibiendo bofetadas por contestarle y teniendo que callar para que a mi hija no le pasara nada.

Cuando recibimos la noticia de que Julia se había escapado del convento, solté un suspiro de alivio. Un suspiro que llevaba muchos años conteniendo. Sandro se volvió loco. Gritó, maldijo a su prima, pero mi hija se había liberado por fin.

Cuando todo eso pasó, llamé a la única persona que podía ayudarme. Gracias a Mónica, tenía un móvil del que nadie sabía nada. Giovanna, la nana de mis hijos, era la única persona que podía ayudarme.

Le conté todo lo que había pasado en esos años. Le dije que, si Julia aparecía por Nápoles, la ayudara, y que esa ayuda se la devolvería con creces.

Estaba sentada con el café en la mano cuando mi teléfono vibró. Siempre lo tenía en silencio. Me levanté y fui hacia la puerta que daba al jardín.

—Giovanna, ¿cómo estás? —le pregunté con mucha alegría y, al mismo tiempo, nerviosa.

—Anabel, está aquí. Llegó anoche con otra chica.

Cuando me dijo eso, tuve que sentarme para no caerme.

—Nana, dime que está bien, por favor.

—Tranquila, hija, sí está bien. Las he mandado con mi nieta a comprar pan para el desayuno.

—Gracias, Señor, por darme una hija tan valiente y fuerte.

—Desde luego que tu hija los tiene bien puestos.

—No pueden quedarse mucho tiempo en tu casa. Sandro piensa mandar a alguien a buscarla, y no descarto que vayan allí.

—¿Él sabe que está en Nápoles?

—Creo que no, nana. Hace mucho que dejó de contarme las cosas.

—Sal de esa casa, hija. Ya no tiene sentido que estés así.

—No puedo. Si yo me voy y la encuentra, no sé de lo que será capaz.

—Es su hija, no creo que llegue la sangre al río.

—No me fío. Hay alguien que va detrás de la niña.

—Ve a la policía. No puedes seguir así. Cuéntalo todo.

Vi cómo entraba el coche de Sandro por el camino.

—Nana, tengo que dejarte. Cuida mucho de ella.

Colgué sin darle opción a seguir hablando y me puse a ayudar a Mónica en la cocina. No me importaba hacerlo; me servía para evadirme un poco de mis problemas, aunque no conseguía quitarme a mi hija de la cabeza.

—Anabel, ¿dónde coño estás? —preguntó gritando—. No hagas que te llame dos veces.

Cogí un paño de la cocina y salí corriendo.

—Sandro, estoy aquí —le dije aparentando tranquilidad—. ¿Pasa algo?

—Tu hija, eso es lo que pasa.

—¿La has encontrado? ¿Está bien?

—Deja de preguntar —me dijo dándome un empujón—. Cuando la encuentre, no va a volver a ver la luz del día, y reza para que sea yo quien lo haga.

—Sandro, dime qué pasa, por favor.

—No sé cómo lo ha hecho, pero ha vaciado su cuenta.

Eso me llenó de satisfacción.

—Lo que no sabe es que ella sola se ha delatado. Ya sabemos que en España no está y solo se me ocurre un sitio.

—¿Cuál? —le pregunté haciéndome la tonta.

—Nápoles.

Cuando me dijo ese nombre, me puse tensa y nerviosa.

—Aún no sabe dónde se ha metido.

—Sandro, ¿de qué hablas? —le pregunté, pero no dijo nada.

Se dio media vuelta y subió las escaleras. Me quedé parada, viendo cómo desaparecía por ellas. Cuando lo perdí de vista, fui corriendo a la cocina. Me topé con Lucy, pero ni caso le hice.

—Dios mío, no puede ser. —Entré hablando sola—. La va a encontrar.

—Niña, ¿qué es lo que pasa?

—Mónica, la va a encontrar, y si eso pasa, no sé de lo que será capaz.

—Mi niña, por más que lo pienso, no me entra en la cabeza cómo un padre puede tratar así a su hija.

—Él no era así, nos quería mucho a los tres.

—No lo defiendas. Puedes perder a alguien y es entendible que duela, pero lo que os está haciendo no tiene nombre.

—Necesito que llames a Giovanna y le digas lo que ha pasado, por favor.

Me preparó una tila y me la puso en la mesa.

—Lo haré. Ahora, bébete la infusión y no pienses.

Me senté sin protestar. Me hacía falta tranquilizarme. Sandro no podía sospechar que yo sabía dónde estaba mi hija. Lucy entró en la cocina y, la verdad, ni la miré. No la soportaba.

Vi la manera en que le hablaba a su madre y me dio mucha tristeza, porque Mónica era una buena madre.

—Eso no son maneras de hablar a una madre —le dije cabreada—. El día que le pase algo, lo lamentarás.

—No te metas en lo que no te importa. Preocúpate de tu matrimonio. —Rio.

—Qué pena. Yo no te eduqué así —le dijo su madre—. El dinero te ciega.

—Qué sabrás tú —le dijo, y salió de la cocina.

Vi cómo, en ese momento, Mónica se metió en la despensa. La escuché hablar por teléfono, aunque no sabía con quién lo hacía hasta que salió y me dijo que ya estaba hecho.

Giovanna ya estaba avisada. Ahora tenía que pensar en cómo salir de la casa sin ser vista y llegar a Nápoles antes que Sandro.

Tenía que hacerlo. No podía esperar a que me privara de estar con mi hija. Sabía que Julia pensaba que yo era igual que él, pero nada tenía que ver con la realidad. Si mi comportamiento cambió con ella, fue para protegerla.

—Mónica, tienes que ayudarme a salir de aquí —le dije sin pensar.

—No puedo hacerlo, Anabel. No me pidas que ponga mi vida en riesgo.

—Por favor, eres la única persona en la que puedo confiar. Ayúdame.

—Sabes que no llegaríamos ni a la verja, y te he dicho que no puedo poner mi vida en peligro. Lo siento.

—Desde luego que no.

Me quedé sin respiración cuando escuché esa voz.

—¡Sandro! ¿Qué haces aquí?

—Estoy en mi casa, querida, y puedo pasearme por donde quiera. Pero veo que la que va a dejar de hacerlo vas a ser tú.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté a sabiendas de que sí sabía de lo que hablaba.

—Ahora lo entenderás. Antón.

Al escuchar ese nombre, me eché a temblar.

—Enciérrala en su habitación.

—No puedes hacer eso. Soy tu mujer, me debes un respeto.

—Precisamente porque eres mi mujer tienes que obedecerme. Antón, llévatela ya. No la quiero ver más.

Capítulo 12



Julia

Giovanna nos había mandado ir a comprar pan nada más levantarnos. Me sorprendió un poco, pero, según su nieta, era normal.

Decidí volver a la casa a por algo de dinero, por si se me antojaba comprar algo. Entré porque la puerta estaba un poco abierta e iba subiendo las escaleras cuando escuché una conversación. Sin embargo, al oír el nombre de Anabel, me quedé parada.

¿Por qué la nombraba? ¿Estaría hablando con ella? Esas preguntas me las hacía mientras escuchaba, hasta que la oí decir que cuidaría de mí hasta que ella llegara.

No me lo podía creer. Giovanna me había delatado y tenía que salir de esa casa cuanto antes. Subí al dormitorio y recogí las cosas de Carmen y las mías. Menos mal que no íbamos cargadas con mucha ropa.

Iba a bajar por las escaleras, pero vi que Giovanna se disponía a subir. Me metí en el dormitorio, fui hacia la ventana y tiré las mochilas por ella. No lo pensé más: me senté en el alféizar y salté.

Me hice daño al caer. Me torcí un tobillo, pero no me paré a pensar en lo que me había hecho. Recogí las mochilas y fui en busca de Carmen.

Pregunté por la panadería donde sabía que iban a estar y, cuando llegué, vi que Roberta estaba comprando y Carmen miraba todo lo que había alrededor.

—Carmen, Carmen —la llamé.

Vi que se daba la vuelta.

—Sal un momento.

—Ah, Julia, ¿quieres algo? —me preguntó Roberta—. Aún estás a tiempo.

—No, cariño, te esperamos en la tienda de al lado.

Carmen salió gruñendo. La agarré de la mano y tiré de ella hacia la esquina.

—¿Pero qué coño haces? Por si no lo sabes, me estás haciendo daño. ¿Y por qué llevas las mochilas?

—Joder, cuántas preguntas. Te ha faltado preguntarme por qué cojeo.

—Eso, ¿por qué estás cojeando?

Me tuve que reír. De verdad que sí, pese al dolor que tenía en el pie.

—Tenemos que irnos. Mi madre sabe que estamos aquí.

—¿Quéeeeeee? ¿Cómo sabe que estamos aquí?

—Joder, ¿por qué va a ser? Porque mi nana nos ha delatado.

—Sí, pero no me has dicho por qué andas cojeando.

—He tenido que salir por la ventana para que no me viera.

—Julia, deberías llamar al padre Saúl.

—¿Quéé? Ni loca. Además, no tengo su número de teléfono.

—Pero yo sí —me dijo meneando su móvil—. Me lo dio aquella tarde de verano. Ja, ja, ja.

—Idiota eres. No pienso llamar a nadie y tú tampoco.

—Pues ya me dirás adónde vamos a ir si no conocemos a nadie.

En parte llevaba razón. No conocía a nadie. Ya no tenía quien me ayudara, pero seguiría adelante.

Llegamos a la estación de autobuses. Miré el panel y vi un pueblo que me llamó la atención: Sorrento.

—Carmen, ya sé dónde iremos. Nos vamos a Sorrento.

—¿A lo qué? —me preguntó con las manos en la cintura—. Yo me quiero quedar aquí, Julia.

—A Sorrento. Está cerca de aquí, seguro que nos gusta, ya verás.

Compré los billetes y vi que quedaba media hora para que saliera el autobús. Me senté en un banco y mandé a Carmen a por algo de comer. Al final no habíamos desayunado.

Me quedé pensando en lo que me había dicho sobre llamar al cura, pero seguro que él me convencería de que volviera al convento, y eso jamás iba a suceder.

—Toma. —Me ofreció Carmen—. Te he traído un bocadillo y un café. Yo quería una tostada, pero en esa tienda se ve que no conocen otra cosa.

—Gracias, bonita. Te prometo que todo saldrá bien.

—Eso espero, Julia, porque no me gustaría estar todo lo que me queda de vida huyendo.

No le dije nada. Me comí el bocadillo en silencio. Cada vez me dolía más el tobillo, pero no pensaba decírselo a Carmen. No quería preocuparla.

Por fin llegó la hora de subirnos a ese autobús. Nos esperaba una hora de viaje. No era mucho tiempo, pero sí el suficiente para poner tierra de por medio.

Carmen no hacía más que plantear escenarios: que si volveríamos a huir, que si nos quedaríamos en el mismo sitio, que si íbamos a llamar al cura…

—Carmen, cállate un rato, me estás volviendo loca.

—Ay, Julia, es que estoy muy nerviosa y también tengo miedo.

—Cuando lleguemos, te vuelves y coges un avión para irte a tu casa.

—De eso nada. ¿Y perderme toda esta aventura? Ni hablar.

—Pues deja de tocarme las narices y quédate callada un rato.

—Qué aburrida eres, hija. Ya me callo.

Me tuve que reír, porque con Carmen era imposible no hacerlo, pero necesitaba pensar en qué haríamos al llegar. Lo primero sería buscar una pensión donde quedarnos. Aunque tenía dinero, no quería llamar la atención.

Estábamos llegando cuando vimos que era un pueblo costero. Carmen y yo nos miramos al mismo tiempo, y eso podía ser muy bueno.

Estábamos llegando cuando vimos que era un pueblo costero. Carmen miró por la ventanilla y después me miró a mí, asombrada.

—Julia, ¿estás viendo esto?

—Claro que lo estoy viendo. Esto puede ser nuestra salvación.

—No me entero de nada. Nunca me hablas claro.

—¿Tú no decías que tenías arte en la hostelería? Pues ya has encontrado trabajo.

—Sí, hombre, ahora resulta que eres vidente.

—No, pero ya verás cómo este es el sitio.

Entre risas, nervios y una nueva ilusión, nos bajamos del autobús, pero no contaba con que, al poner el pie en el suelo, no iba a poder mantenerme en pie por el dolor.

—Carmen, ayúdame, me duele mucho el pie.

—Tenemos que buscar un médico. Oye, Julia, ¿tú sabes hablar sorrentino?

Me quedé mirándola muy seria y rompí a reír a carcajadas.

—Ay, madre, por un momento te juro que se me olvidó hasta el dolor del pie.

Reí.

—Digo yo que, si me cuentas el chiste, me puedo reír también.

—Carmen, aquí se habla italiano, hija, no me seas de tu pueblo.

—Qué espabilada, ella. Claro, como tú has estudiado en los mejores colegios y eres rica, lo sabes todo.

—Soy rica desde que te conocí a ti, so boba —le dije dándole un beso en la mejilla.

—Pues venga, vamos a buscar un médico para que te miren ese pie.

Salimos de la estación y miramos a ver a quién podíamos preguntar para que nos ayudara.

Un señor muy amable, al ver que me costaba andar, nos llevó él mismo al médico. Estuvimos esperando más de media hora hasta que me llegó el turno.

Como ya imaginaba, lo que me había hecho era un esguince. Me escayolaron el pie para que no lo moviera, por lo menos, durante los primeros quince días.

—Bueno, señorita, esto ya está. No olvide tomarse el antiinflamatorio cada ocho horas.

—Descuide, doctor, que lo haré. Por cierto, ¿no sabrá de una pensión que no sea muy cara?

—Hoy es vuestro día de suerte. Mi hermana es la dueña de una de las pensiones que está en el paseo marítimo.

—¿Me podría facilitar un número de teléfono para poder informarme?

—Claro que sí. También voy a facilitarte unas muletas para que puedas andar, pero prométeme que tendrás el pie en alto el mayor tiempo posible.

—Eso ni lo dude —contestó Carmen por mí—, por la cuenta que le trae.

Y de esa manera acabamos delante de una pensión que sería, de momento, el lugar donde viviríamos.

—Venga, Julia, entremos ya, que necesitas descansar.

No le dije nada porque tenía razón. Entramos y, detrás del mostrador, había una mujer de unos cincuenta años con una sonrisa de lo más bonita.

—Así que vosotras sois las turistas accidentadas —no lo preguntó, sino que lo afirmó—. Mi hermano me ha llamado para decirme que veníais recomendadas.

—Más o menos, porque yo no tengo nada —dijo Carmen apoyándose en el mostrador.

—Os he dado la mejor habitación que tengo, con terraza y vistas al mar.

—Muchas gracias, señora —le dije dándole mi carné.

—Anda, si te llamas Daniela, como yo —me dijo sonriendo—. Si es que lo bueno abunda, o eso dicen. Toma el carné y la llave. Está en el segundo piso, pero tranquila, que hay ascensor. La comida se sirve a la una y media de la tarde.

—Gracias, Daniela. Una última cosita —le dijo Carmen—. ¿Sabrías de alguien que necesite una camarera?

—¿No estáis de vacaciones? —nos preguntó extrañada.

—Sí y no, pero necesitamos conseguir algo de dinero. Nos robaron en Nápoles.

Mi cabeza giró a la velocidad de la luz cuando escuché a Carmen decir eso.

—Bueno, ya os diré algo. De momento, descansad y cuida de tu amiga, que le hace falta. Y por el dinero, si no tenéis para pagarme, no os preocupéis, que ya encontraremos la manera.

Subimos a la habitación. Nada más entrar, me tiré en la cama. Me dolía el pie una barbaridad. Sin embargo, Carmen se puso a mirar por toda la habitación.

—Presiento que aquí vamos a estar bien, Daniela. —Me miró y me guiñó un ojo—. Recuerdo lo que mi primo me dijo, tranquila, que no soy tan tonta.

—Yo no he dicho eso, Carmen, pero me alegro de que lo recuerdes. Sabes que eso me pondría en peligro.

—Ay, cariño, lo tuyo es de película. Me gustaría saber un día por qué te tocó vivir esta vida.

—Ojalá lo supiera, de verdad que sí. Porque, según mis padres, es para protegerme. ¿Pero de qué? ¿De quién? Ni yo misma lo sé.

Capítulo 13



Saúl

Se me había vuelto a escapar. Fui a la casa donde supuestamente estaba y no encontré a nadie. Pregunté a una vecina que estaba regando las flores y me dijo que se acababan de ir no hacía mucho.

Por un lado, me alegraba saber que se había marchado. Bueno, en parte. Una parte de mí no quería encontrarla por su padre, y la otra porque me gustaba esa mujer. Necesitaba saber quién era en realidad Julia.

Cuando llamé a Sandro para darle la noticia, se puso hecho una fiera. No solo me amenazó, sino que soltó por la boca toda clase de insultos. En parte me alegró que lo hiciera por teléfono, porque, de haberlo tenido delante, le habría partido la cara.

Odiaba a ese hombre con todas mis fuerzas. No me entraba en la cabeza que fuera así, no solo con su hija, sino también con su mujer.

Estaba en mi casa, en el pequeño gimnasio que tenía. Necesitaba golpear el saco; era como si le partiera la cara a Sandro. Escuché el teléfono, lo cogí y vi que era mi hermano.

—¿Ahora qué quieres? —le pregunté, porque él nunca llamaba por llamar.

—Hola, Saúl, estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—Déjate de tonterías, que no está el horno para bollos.

—Te espero a las dos en el restaurante de siempre. Tenemos que hablar.

Me colgó.

Siempre hacía lo mismo. Cuando sabía que podía negarme, no me daba opción de responder; directamente me colgaba.

Solté el móvil y seguí dando golpes al saco. Así estuve una hora, hasta que ya no sentía los brazos.

Me fui directo a la ducha. La necesitaba, y mis músculos lo agradecerían. Cuando el agua caía por mi espalda, apoyé las manos en la pared.

—Maldita seas, Julia, déjame encontrarte —me dije a mí mismo en voz alta.

Necesitaba hacerlo. Si su padre la encontraba antes, la volvería a encerrar y, esta vez, según sus palabras, no volvería a ver la luz del sol.

Salí de la ducha como nuevo. Miré el reloj y empecé a arreglarme: unos pantalones vaqueros, una camisa y mi cazadora. Cogí el casco, las llaves de la moto y salí de casa.

Me apetecía sentir la adrenalina que me daba ir en moto, ir serpenteando entre los coches, sentirme libre. Llegué al restaurante, dejé la moto en el aparcamiento que había enfrente, me bajé y me quedé mirando el local.

Seguro que mi hermano ya estaría dentro. Era demasiado puntual y, aunque tú llegaras a tu hora, para él ya llegabas tarde.

Entré y ahí estaba, en la barra, con una cerveza en la mano y charlando con Nando, el dueño.

—Buenas tardes, señores —saludé a los dos.

—Hola, Saúl, dichosos los ojos. —Me dio un apretón en el hombro —. Hacía mucho tiempo que no te veía por aquí.

—Hola, Nando, la vida me tiene explotado.

Soltó una carcajada.

—Alejandro —le dije a mi hermano quitándole su cerveza.

—Míralo, Nando, siempre igual. Este no cambia —dijo riéndose cuando le quité la cerveza.

—Hay cosas que no pueden cambiar, hermanito.

—Anda, vamos a sentarnos. Lo que tengo que decirte es muy serio.

Cuando dijo esas palabras, me cambió el semblante. Fui detrás de él hasta la mesa de siempre.

—Alejandro, no me asustes —le dije sentándome—. ¿Mamá está bien? —le pregunté nervioso.

—Sí, mamá está bien. No es de ella de quien quiero hablarte, es de Julia.

—¿Qué le ha pasado a Julia?

—Ya sé dónde se encuentra.

Me quedé mirándolo, arqueando una ceja.

—Se ha ido a Nápoles.

—¿Cómo te has enterado de dónde está?

—Esta mañana, a primera hora, he recibido una llamada de una mujer llamada Mónica.

—¿Mónica? ¿La que trabaja en casa de Sandro? —le pregunté asombrado.

—Esa misma. La madre de Julia le pidió que llamara a la policía y contara lo que pasaba.

—Qué cabrón, lo va a hacer.

—¿Hacer qué? Dime lo que sepas, Saúl.

—Dijo que la buscaría hasta debajo de las piedras y que, cuando la encontrara, la encerraría de nuevo.

—Qué ganas tengo de poder detenerlo.

—Nunca me deja estar cuando habla de negocios.

—Tiene tres empresas. Las tres son tapaderas para blanquear dinero, dinero que gana con la falsificación de cuadros.

—Nunca me dijiste nada de eso.

—Y no te lo voy a decir jamás.

Reímos.

—Bueno, lo que te quiero decir es que me voy a Nápoles.

Nando vino con la comida y miré a mi hermano. Lo había vuelto a hacer: pedir por mí sin consultarme.

—Tranquilo, hoy es carne. El pescado lo dejamos para otro día.

—Eres un *mamoncete*.

Nando soltó una carcajada y se fue, dejándonos solos.

—Tienes que convencerlo para que te deje ir.

—Si no lo hace, me despido y punto.

—No puedes, Saúl. Te necesito dentro, y necesito que sigas con tu papel de sacerdote.

Lo miré de muy mala leche.

—Créeme, Saúl, es mejor así.

No le discutí. Cuando mi hermano decía algo, aunque no te gustara, al final casi siempre tenía razón.

Dejamos aparcado el tema por un momento y nos pusimos a hablar de nuestras cosas, de esas que no tenían nada que ver con el trabajo. Alejandro era un buen hermano. Desde que tengo uso de razón, siempre había estado conmigo.

Cuando nuestro padre murió, no tuvo más remedio que asumir un papel que no le correspondía. Ayudó a mi madre conmigo y, en mi adolescencia, fue quien me puso los pies en la tierra más de una vez.

Hubo muchos días en los que renunció a salir por quedarse conmigo, sobre todo cuando me dio por jugar con las drogas. Por mi culpa perdió alguna novia que otra.

Aún recuerdo la paliza que me dio cuando tenía dieciséis años por robarle a mi madre algunas de sus joyas para comprar unos gramos. Después de aquello, jamás volvió a ponerme una mano encima.

—Despierta, coño, que te estoy hablando.

—Estaba pensando, perdona —le dije con una media sonrisa.

—Sí, claro, y yo soy cura, no te jode.

Rio.

—¿Cuándo te marchas? —le pregunté.

—Mañana mismo. Mónica me dio la dirección donde está Julia.

—¿Irás tú solo o piensas ir con alguien?

—Ana me acompañará. Una pareja siempre disimula más.

—Ana no puede ir.

Me miró extrañado.

—Joder, Julia sabe quién es.

—Mierda, no había caído en eso. Bueno, ya veré a quién me llevo.

—Llévate a Susana. Seguro que no te dice que no.

—Qué cabrón eres.

Reí.

Susana era una de las agentes que bebían los vientos por mi hermano. Era guapa, pero Alejandro tenía una regla: no tener nada con una compañera de trabajo, a no ser que fuera estrictamente necesario.

—Cuando llegue a casa, llamaré a ese cabrón para que me deje ir allí —le dije levantándome de la silla—, pero antes he de hablar con el padre Emiliano. Creo que él puede ayudarme.

Mi hermano no dijo nada. No hacía falta. Sabía lo que tenía que hacer y cuándo.

Me despedí de él y de Nando. Me monté en la moto y me dirigí al convento. Tenía que pedirle al padre Emiliano que intercediera por mí y hablara con algún cura en Nápoles.

Entré primero a ver a los niños. Era lo que echaba de menos de ese lugar, esos niños que, por unas cosas u otras, no tenían padres.

—Saúl —gritó María cuando me vio—. Has venido.

Vino corriendo y se abrazó a mi cintura.

—Hola, guapa. Claro que sí, ya os dije que, cuando pudiera, vendría a veros.

—¿Qué es ese alboroto, chicos? —Apareció Ana por una de las puertas—. ¿Saúl? Qué alegría. Qué bien te veo, chico.

—Hola, Ana. Vengo a ver al padre Emiliano.

—Está en la iglesia. ¿Pasa algo?

—No, tranquila. Después vuelvo, chicos.

Los dejé jugando y me dirigí a la iglesia. El padre Emiliano sabía quién era en realidad, del mismo modo que no estaba de acuerdo con la manera de pensar de Sandro.

Sabía en qué parte de la iglesia lo iba a encontrar. Era su sitio preferido: el confesionario. Decía que ahí estaba a salvo de las viejas que solo venían a chismorrear.

—Hola, padre, ¿cómo estás?

—Hola, Saúl. Sabía que vendrías.

Lo miré extrañado.

—No me digas que también eres vidente.

—No, hijo, pero sí tengo alguna que otra charla con la madre de Julia. Lo está pasando muy mal.

—Tenía entendido que no podía salir a la calle.

—Ella no puede salir, pero yo sí puedo entrar en la casa. Cuando quiere verme, manda a Mónica a darme el recado.

—Esto me parece surrealista, de verdad que sí. Yo venía para pedirle ayuda.

—Lo sé. Ya he dado los pasos para que te ayuden en Nápoles. Además, Sandro te llamará en un par de días para que vayas.

Lo miré sin saber qué quería decirme.

—Le dije que la mejor opción era que fueras vestido de cura.

—Eso mismo había pensado yo. Creo que, si la encontramos, será más fácil que hable conmigo que con su padre o con su mano derecha.

—No me gusta ese hombre, hijo. Anabel no me cuenta cosas buenas de él.

—Lo sé, padre. A mí tampoco me gusta.

Me despedí de él y me fui a casa a preparar la maleta, tal como me había dicho. Después llamé a mi hermano para contárselo.

—Alejandro, creo que en dos días volaré a Nápoles —le dije nada más contestarme.

—Allí nos veremos. Ten cuidado, Saúl.

—Lo mismo digo, Alejandro. Sé bueno con Susana.

Ahora fui yo quien colgó riéndose.

Capítulo 14



Saúl

Salí de casa sin saber qué iba a suceder, pero con una cosa clara: había llegado el momento de enfrentarme otra vez a Sandro. Sinceramente, no me apetecía verlo. Cada vez que lo tenía delante me hervía la sangre, sobre todo después de descubrir hasta dónde era capaz de llegar.

Mientras conducía, pensaba en Julia, en esa mirada, en esa sonrisa que, pese a lo que estaba pasando, siempre tenía para todos los niños. Al final, siempre se me venía a la mente aquella confesión.

Cuando le escuché decir que no sabía lo que era estar con un hombre, mi entrepierna lo sufrió. Lo mismo que en ese momento al recordarlo.

Nunca quise entrar en todo aquello haciéndome pasar por cura. Fue una condición impuesta por su padre, y cada vez estaba más convencido de que lo hizo para mantenerme lejos de su hija. Muchas veces le había dicho a mi hermano que quería dejar ese trabajo, pero ahora, precisamente ahora, no pensaba soltarlo por nada del mundo.

Cuando llegué, aparqué frente a la casa y me quedé unos segundos mirando la fachada. Después subí los escalones y llamé al timbre.

—Buenos días, Saúl —me saludó Mónica—. El señor lo está esperando.

—Gracias, Mónica.

—Antes de irse, pásese por la cocina —me dijo al pasar por su lado.

Ya me dejaba con la intriga. Esa mujer no sabía que la intriga y yo nos llevábamos muy mal.

—Espósito, cada vez llegas más tarde —me dijo Antón.

—Para verte menos tiempo.

—Déjate de payasadas y entra, que te está esperando.

—Cómo me pones cuando me ladras.

Si las miradas matasen, yo ya estaría muerto.

—Que entres ya, coño —me dijo pegándome un empujón.

No lo pensé. Me di la vuelta y lo cogí por el cuello.

—Vuelve a ponerme una mano encima y eres hombre muerto.

—¿Ya habéis medido quién la tiene más larga? —nos preguntó Sandro.

—Dile a tu perro que no me vuelva a poner una mano encima, Sandro, si no quieres que tengamos problemas.

—Antón, ya lo has oído. Y ahora entra y hablemos.

Entré en el despacho con una sonrisa bien grande. Antón se creía el intocable de Sandro y no se daba cuenta de que eso no le servía de nada.

—Siéntate, Saúl. ¿Una copa?

—No, gracias. Demasiado temprano para beber.

—Ja, ja, ja. Me gustas, Saúl. Ese temperamento te puede traer problemas.

—Eso me dice mi madre. Llevo luchando con ello toda la vida.

Volvió a soltar una carcajada.

—Bueno, vamos a lo que nos concierne: mi hija.

Tragué saliva.

Lo vi irse hacia la ventana con un vaso de *whisky* en la mano.

—Esa muchachita me lo está poniendo muy difícil, demasiado. —Bebió un sorbo largo y suspiró—. Encuéntrala y esta vez que no se te escape.

—No lo haré. Ya hablé con el padre Emiliano, lo tengo todo listo.

—Quiero que te marches cuanto antes mejor. Y ahora tengo que salir. Aquí tienes este sobre, es para ti.

—Sandro, ¿puedo tomarme un café antes de irme? Me gusta el café de esta casa.

—Como si quieres tomarte tres litros.

Soltó una carcajada.

—Antón, nos vamos.

Vi cómo salía con su perro faldero. Me dirigí a la cocina, tal como me había dicho Mónica al entrar.

Según iba llegando, el olor a café invadía mis fosas nasales.

—Señoras —saludé a Mónica y a la señora de la casa.

—Un café para el padre Saúl.

—Mónica, sabes que no me gusta que me llames así.

—No le des a mi hija.

—¿Perdón? —le pregunté sorprendido.

—Que no le des a mi hija. Solo quiere encontrarla para hacerme daño a través de ella.

—No estoy entendiendo nada.

—No puedo hablarte claro aquí. Lucy no tardará en llegar de la compra.

—Saúl, solo tú puedes ayudarla —me dijo Mónica.

No estaba entendiendo nada, pero la cara de esa mujer era de pura desesperación.

—Ten este sobre, guárdalo bien y no lo abras hasta que estés en Nápoles.

Lo cogí. Sabía que ese sobre me iba a quemar entre las manos hasta que lo abriera, y también presentía que me iba a traer más problemas de los que ya tenía.

—Está bien. Ahora me voy. Que tengáis muy buen día y cuidaos.

—Gracias, muchacho. Cuida de ella.

No dije nada. Dejé la taza y salí de esa casa. Tenía que hablar con mi hermano. Había algo que se me escapaba de las manos y eso me jodía una barbaridad, con lo a gusto que estaba yo protegiendo a famosos de sus fans.

Me monté en el coche y lo primero que hice fue llamar a mi hermano. Un tono, dos tonos… Al quinto me contestó.

—Dime, Saúl.

—Esto cada vez se complica más.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Le conté la conversación con Sandro, la que tuve en la cocina con esas dos mujeres y lo del sobre.

—No sé qué pensar —me dijo suspirando.

—Pues imagínate yo. Este sobre me está quemando en las manos.

—Ábrelo y así sales de dudas.

—No puedo. He prometido que lo abriría cuando estuviera en Nápoles.

—Perdón, padre. No me acordaba de que un cura no rompe sus promesas.

—No me toques los cojones, hermano, que estoy cansado ya de todo esto.

—Perdona, hombre. Solo quería quitar hierro al asunto.

—Hierro te voy a dar yo a ti.

—Te tengo que dejar. Cuando estés en Nápoles, me avisas.

—Así lo haré. Nos vemos.

Arranqué el coche y me dirigí a mi casa. En cuanto llegara, iba a buscar un vuelo, a ser posible para ese mismo día.

Pasé todo el trayecto dándole vueltas a la cabeza, sin perder la concentración en la carretera. No tenía ni idea de lo que podía haber en ese sobre. Quizá una carta para Julia, o quizá dinero para ella.

Cuando quise darme cuenta, ya estaba en mi calle. Metí el coche en el garaje y decidí que, si encontraba un vuelo, me iría al aeropuerto en taxi.

Dejé las llaves en el mueble de la entrada y fui hasta mi oficina para buscarlo en el ordenador.

Tuve suerte, no la que habría querido, pero me valía. Salía a las nueve de la noche, una hora que me jodía bastante porque tendría que esperar hasta el día siguiente para empezar a encontrar respuestas.

Fui al dormitorio a hacer una pequeña maleta. No pensaba llevar mucha ropa; no creía que fuera a estar demasiado tiempo en Nápoles. Total, cuando encontrara a Julia, volvería con ella.

No hacía más que resoplar. Si mi madre me viera, me daría una colleja como cuando era niño. Era una manía que tenía desde los ocho años, cada vez que estaba nervioso por algo. Había cosas que no cambiaban.

Cuando llegó la hora de comer, fui a la cocina. Saqué media tortilla de patatas con cebolla y pimientos que tenía del día anterior, abrí una cerveza y me senté a la mesa.

Mientras lo hacía, pensé en ella. Otra vez ella. Esa mujer se había metido en mi cabeza sin pedir permiso, y eso era lo que me fastidiaba, que hubiera entrado de aquella manera.

Recogí la cocina, me hice un café y fui al salón. Me senté en el sofá y miré los sobres que había dejado encima de la mesa. Uno era el de Sandro. Sabía lo que contenía: dinero para el tiempo que estuviera en Nápoles.

El otro sobre era el que me quemaba cada vez que lo tocaba con mis manos. ¿Qué habría dentro? ¿Por qué tanto misterio con no abrirlo hasta llegar a Nápoles?

No sé cómo ni en qué momento me quedé dormido. Lo único que sé es que iba tarde. Menos mal que había dejado la maleta preparada. Llamé a un taxi mientras iba a por ella.

Salí de casa y esperé unos cinco minutos hasta que el taxi apareció al final de la calle. Cuando se detuvo frente a mí, metí la maleta en el maletero y subí al asiento trasero.

—Buenas tardes. Al aeropuerto, y todo lo deprisa que pueda.

—Joven, no me pida eso, que después las multas las pago yo.

—Por eso no se preocupe, que tengo enchufe.

—Haré lo posible, pero no le prometo nada —me dijo riendo.

El taxista me hablaba, pero apenas le prestaba atención. En mi cabeza solo había un nombre: Julia. Tenía unas ganas enormes de verla, aunque solo pudiera aspirar a eso, a verla y hablar con ella.

Me preguntaba qué pasaría si algún día le contaba la verdad. Que no era cura, sino el guardaespaldas que su padre había contratado. Que me gustaba. Obviamente, no podría explicarle por qué estaba protegiendo a Sandro, pero quién sabe, quizá algún día pudiera hacerlo.

Ni siquiera me di cuenta de que habíamos llegado al aeropuerto hasta que el taxista me lo dijo, orgulloso de no haberse saltado ninguna norma. Eso me hizo sonreír. Le pagué la carrera y le dejé una buena propina.

Entré en el aeropuerto y me paré en seco. Empecé a resoplar una vez tras otra, con los nervios cada vez más presentes, hasta que respiré profundamente e intenté relajarme.

No tuve que facturar la maleta, cosa que me alegró, ya que iba en primera clase, cortesía del señor Santolaya.

Cuando embarqué, solté un aire que ni siquiera sabía que tenía retenido y susurré:

—Allá voy, Nápoles.

Capítulo 15



Julia

—Vamos, Carmen, llegarás tarde como no te levantes —le dije entrando en su dormitorio.

—Madre mía, qué pesada eres —me dijo dándose la vuelta.

—Tú misma. Voy a desayunar y después me marcho.

Habían pasado tres meses desde que habíamos llegado a Sorrento. Al principio nos costó adaptarnos, sobre todo a mí, pero poco a poco lo conseguí.

En la pensión nos quedamos el primer mes. Daniela nos hacía muchas preguntas y Carmen no hacía más que decirme que, a la próxima, le contestaba mal, a lo que yo siempre le quitaba la idea.

La primera en encontrar trabajo fue Carmen. Trabajaba en un bar sirviendo mesas, pero eso no le importó. Con su primer sueldo buscamos algo para alquilar.

Encontramos una casa con dos dormitorios: uno de matrimonio con baño incluido y otro un poco más pequeño. Era de espacio abierto; bueno, la cocina estaba separada por una barra, pero era suficiente para nosotras dos.

Carmen habló con su jefe para ver si le podía dejar el dinero de la fianza, ya que no queríamos llamar la atención. De momento, no quería tocar el dinero que tenía en la cuenta, al menos no allí.

La verdad es que ese hombre era un trozo de pan, y si hablamos de su mujer, ya ni os cuento. Pero bueno, sigo, que me desvío.

Yo aún no tenía trabajo. Donde trabajaba Carmen, de momento, no necesitaban a nadie, y de lo mío era muy difícil sin ninguna carta de recomendación ni currículum. No tenía nada.

Había decidido ir una vez al mes a Nápoles a sacar dinero de la cuenta. No quería hacerlo en Sorrento por si seguían el rastro; prefería que se quedara en la ciudad.

Carmen puso el grito en el cielo cuando se lo dije, pero me dio igual su enfado. No iba a dejar que ella pusiera todo su sueldo teniendo yo dinero en esa cuenta.

Es verdad que su jefe siempre le daba o bien la comida, o bien la cena, dependiendo del turno que tuviera.

—¿Me haces un café? —me preguntó Carmen cuando vio que soltaba mi taza en el fregadero.

—Ya lo tienes, y la tostada también —le respondí guiñándole un ojo.

—No sé qué haría sin ti, de verdad.

—Quedarte dormida todos los días.

—Eres muy exagerada. Por cierto, sabes que no estoy de acuerdo con que viajes sola.

—No te preocupes, voy con los ojos bien abiertos. Además, sabes que voy al banco y me pierdo un rato por ahí para no volver demasiado pronto.

—Eso es otra: pasear con mil euros en el bolsillo.

—Carmen…

—Julia…

—No me llames así.

—Coño, es verdad. Daniela. Tres meses y aún me cuesta.

—Pues de ti depende que no me encuentren.

—Joder, qué responsabilidad.

Me miró con cara asustada y reímos.

Me despedí de ella con dos besos y me fui. Era cierto que no me gustaba estar yendo y viniendo, ni siquiera una vez al mes. Lo que Carmen no sabía era que, después del banco, siempre pasaba por la casa de mi nana. Ella no me veía, pero a mí me bastaba con verla de lejos.

El trayecto lo dedicaba a buscar noticias sobre mis padres. Solo encontraba información de mi padre; de mi madre no sabía nada, nunca lo acompañaba.

Pensaba en cómo podía consentirle todo aquello, en cómo había dejado de darme cariño y en cuánto daño me hacían sus ausencias. No me gustaba darle vueltas, pero necesitaba respuestas y cada vez me impacientaba más.

Llegué a Nápoles. El camino al banco ya me lo sabía de memoria y, cada vez que lo hacía, me invadía la misma sensación. Desde hacía dos meses sentía que alguien me observaba, pero no solo allí, también en Sorrento.

No quería volverme obsesiva ni decírselo a Carmen. Entraría en pánico, y era lo último que quería para ella. Era como una hermana para mí.

Intenté apartar aquella sensación cuando llegué al banco. Nunca me entretenía más de la cuenta: sacaba el dinero y me iba. Tenía miedo de que descubrieran que mi nombre no era ese, que mi documentación era falsa.

Después hice mi recorrido de siempre. Pasé por la casa de mi nana y esperé media hora, por si lograba verla. Si en ese tiempo no aparecía, me marchaba.

Tuve suerte ese día. Me dio pena verla cargada como una mula, pero no podía darle la cara, no después de la manera en que me fui de su casa.

Volví hacia la estación de autobuses, pero antes hice una parada. Entré en una pastelería a comprar *delizia al limone*, una base de bizcocho empapada en jarabe de *limoncello* y rellena de crema de limón. En el pueblo también había, pero aquellos estaban mucho mejores.

Cuando salí de la pastelería, tuve otra vez esa sensación, la de que me estaban siguiendo. Intenté quitármelo de la cabeza y seguí andando.

Me monté en el autobús. Siempre esperaba a subir de las últimas, pero aquel día no. Le pedí al conductor que, por favor, me dejara pasar porque no me encontraba bien. No me puso ningún impedimento y me dejó subir.

Por más que miraba hacia un lado y hacia otro, no veía a nadie. Después me fui hacia el otro lado del autobús e hice lo mismo. Nada. El mismo resultado.

Me encogí de hombros y me senté, esperando que llegara la hora de irnos. Vi cómo iba subiendo la gente. A mi lado se sentó un hombre joven, no llegaba a los cuarenta.

—Buenos días —me dijo en español.

—Buenos días —le contesté.

—¿Española?

—No, de aquí.

—Hablas muy bien el español.

—Mi abuelo era español y he pasado largas temporadas en España.

—Anda, qué bien. ¿De dónde era tu abuelo? —preguntó sin mirarme.

—De un pueblo de Barcelona.

—¿De cuál?

—Perdón, pero no me apetece hablar mucho. No me encuentro bien.

—Lo siento, no quería molestarte.

—No pasa nada, tranquilo, no lo sabías.

Volví la cabeza hacia la ventanilla y me puse las gafas de sol. No me gustaba la manera en que me había preguntado, con tanta insistencia. O eso me pareció a mí.

Había algo en su cara que me recordaba a alguien, pero no sabía a quién exactamente. Quizá fuera una de esas caras comunes que crees que tienen parecido con alguien.

Cerré los ojos y creo que me quedé dormida, o al menos eso creo, porque lo siguiente que noté fueron unos pequeños toques en el hombro.

—Perdona, no quiero molestarte, pero ya hemos llegado.

Me sobresalté al oírlo.

—Tampoco quería asustarte.

—Creo que me he quedado dormida.

—Yo también lo creo. Has roncado.

—Yo no ronco.

Sonrió, y esa sonrisa…

—¿Nos conocemos? —le pregunté.

—Si nos conociéramos, te aseguro que no te habría olvidado.

Me sonrojé ante esas palabras y me levanté del asiento.

—Bueno, he de irme.

—Una última pregunta —me dijo sujetándome la mano—. ¿Dónde puedo alojarme?

—Déjame tu teléfono y te digo dónde.

Lo sacó, lo desbloqueó y me lo dio.

—Todo tuyo.

Lo cogí y le busqué la pensión de la señora Daniela.

—Ahí tienes la dirección. Que tengas una buena estancia en el pueblo.

—Gracias. Soy Alejandro.

—Daniela.

—Gracias por todo, Daniela.

Asentí con la cabeza y bajé del autobús.

Ni miré hacia atrás. Menos mal que la pensión de la señora Daniela y mi casa estaban en sentidos contrarios.

Sus preguntas me habían mosqueado. Era como si supiera quién era yo y que estaba mintiendo.

Llegué a casa. Mi idea era dejar los dulces y bajar al supermercado a comprar, pero después de lo que había pasado decidí que no saldría.

Estaba guardándolos cuando mi teléfono sonó, haciendo que pegara un grito.

—Dígame —contesté.

—Julia, no me esperes a comer.

—Carmen, que no me llames así. Ya no sé cómo decírtelo.

—Jo, se me olvida. Oye, ¿te pasa algo? —me preguntó—. Te noto nerviosa.

—No lo sé. Me ha pasado algo muy raro en el autobús cuando volvía a casa.

—¿Raro de raro?

—No, raro de idiota. Da igual, después hablamos.

Colgué el teléfono.

Me tumbé en el sofá y lloré. Lloré por la vida que me habían robado, por estar escondiéndome como si fuera una delincuente, porque lo que me había pasado hacía un rato no era casual. Lloraba por todo y por nada.

No comí, tan solo me tomé un zumo. Me puse a ordenar armarios que no necesitaban ser ordenados, me dediqué a cambiar muebles en el salón y a limpiar una cocina que se había limpiado hacía tres días.

Cuando terminé de hacer todo eso, me di cuenta de que eran casi las ocho de la tarde. Ahora era el momento de dar rienda suelta al cansancio y darme una ducha.

Estaba secándome cuando escuché un grito.

—Joder, ¿qué coño ha pasado aquí? —No pude evitar reír al escuchar a Carmen—. ¿Sal de donde quieras que estés?

No podía dejar de reír. Esa era Carmen, la que se alteraba por cualquier cosa.

—Aquí estoy —le dije riéndome.

Capítulo 16



Julia

—Dime que no has entrado en mi cuarto.

—Sabes que nunca entraría sin tu permiso.

Y así era. No entraba en su cuarto ni para dejarle la ropa limpia.

—Ya lo sé. ¿Qué ha pasado, Julia?

—No me llames así. Tienes que acostumbrarte.

—Perdona. Venga, vamos a cenar, que se enfría, y ya me cuentas. Pero antes déjame contarte lo que me ha pasado.

Empecé a poner la mesa mientras Carmen iba a su cuarto a cambiarse de ropa.

Sabía que contarle lo que me había pasado la pondría en alerta. Carmen, en ese sentido, era peor que una madre: estaba pendiente de mí todo el tiempo, tanto que a veces no me dejaba ni respirar.

Empecé a poner la mesa mientras ella iba a su cuarto a cambiarse de ropa. Cuando volvió, se sentó frente a mí y me miró con esa cara de «desembucha ya» que tan bien se le daba.

—Venga, cuéntame qué ha pasado en el autobús.

—Un hombre se ha sentado a mi lado —le dije, cogiendo el vaso—. Era español.

—¿Y?

—Me ha hecho preguntas. De dónde era, por qué hablaba tan bien español, cosas así.

—Bueno, eso tampoco es tan raro. Igual solo quería ligar contigo.

—Carmen…

—Vale, vale. Sigo callada.

—No me ha gustado cómo preguntaba. Era como si quisiera pillarme en algo.

Su expresión cambió al instante.

—¿Crees que sabía quién eres?

—No lo sé. Eso es lo que me tiene nerviosa. Además, había algo en su cara que me sonaba. Sobre todo la sonrisa.

—¿La sonrisa?

Asentí sin mirarla.

—Me recordaba a alguien, pero no sé a quién.

—¿Era guapo?

La miré a modo de advertencia y ella levantó las manos.

—Perdón, perdón. Era para aliviar un poco la tensión.

—Era guapo —admití—. Demasiado. Pero no es eso lo que importa.

—Ya. Claro. Aquí nunca importa que sean guapos hasta que importan.

—Carmen.

—Está bien, me callo. ¿Dónde está ahora?

—En la pensión de Daniela. Yo misma le di la dirección porque me preguntó dónde podía alojarse.

—¿Tú le diste la dirección?

—No sabía qué hacer. No podía quedarme allí mirándolo como una idiota.

—Daniela…

—No me mires así. Ya sé que suena mal.

—Suena fatal, para ser exactos.

Solté el aire despacio e intenté ordenar todo lo que me daba vueltas en la cabeza.

—Siento que tiene algo que ver conmigo. No sé explicarlo, pero desde hace semanas tengo la sensación de que alguien me observa. En Nápoles, aquí… Y ahora aparece este hombre haciendo preguntas.

Carmen dejó el tenedor sobre la mesa.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque sabía que te ibas a poner así.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a envolverme en papel de burbujas y meterme debajo de la cama.

—Pues ganas no me faltan.

A pesar de todo, se me escapó una sonrisa.

—No puedo vivir así siempre, Carmen.

—Eso es justo lo que llevo intentando decirte desde que llegamos. Saliste del convento, pero sigues encerrada.

La miré, y esa frase me dolió más de lo que esperaba porque era verdad.

—No quiero volver a estar encerrada —susurré.

—Entonces deja de vivir como si todavía lo estuvieras.

Me quedé callada. No era tan fácil, pero tampoco podía negar que tenía razón. Apenas salía, apenas hacía nada que no fuera limpiar la casa, esconderme o mirar por encima del hombro.

—Podríamos llamar al padre Emiliano —propuso con cuidado—. Él siempre te ha ayudado.

—No voy a meterlo en esto.

—Entonces al cura.

Negué con la cabeza.

—Eso no es viable y lo sabes.

—No, no lo sé. Lo que sé es que lo echas de menos.

—Da igual. Nunca podríamos estar juntos.

—Pero te gustaría.

No contesté. No hacía falta. Carmen me conocía demasiado bien.

—No quiero hombres en mi vida —dije al final—. Bastante complicada está ya.

—No quieres hombres. Quieres a uno concreto que va vestido de cura. Mucho mejor, ¡dónde va a parar!

—Idiota.

—Sí, pero tengo razón.

Seguimos cenando en silencio unos segundos, hasta que Carmen volvió a hablar.

—Mira, no sé quién será ese español ni qué quiere, pero tú necesitas salir de esta casa antes de volverte loca. Y yo también.

—¿Qué estás proponiendo?

—Que salgamos este fin de semana. Sin huidas, sin drama, sin mirar por encima del hombro cada dos segundos. Solo tú y yo, cenando, tomando algo y recordando que estamos vivas.

—No sé si puedo hacer eso.

—Claro que puedes. Otra cosa es que te dé miedo.

Me quedé mirando el plato. Tenía miedo, sí. Pero también estaba cansada de que el miedo decidiera por mí.

—Este sábado salimos —dije al fin.

Carmen abrió mucho los ojos.

—¿Cómo has dicho?

—Que este sábado salimos. Si quieres, claro.

Se levantó de golpe y vino a llenarme la cara de besos.

—¡Claro que quiero! Verás qué bien nos lo vamos a pasar.

—No sé yo qué decirte. Ya no recuerdo qué es eso. Bueno, en realidad nunca salí de noche.

Carmen se quedó mirándome con una mezcla de ternura y rabia.

—Julia, y no me riñas por llamarte así, unos padres no deberían hacer con sus hijos lo que te están haciendo a ti.

No pude evitar que se me formara un nudo en la garganta. Claro que ningún padre debería hacer eso, pero me había tocado.

Recogimos la mesa, nos hicimos un café y nos fuimos al sofá a ver esa serie a la que estábamos superenganchadas. Durante un rato fingí que podía concentrarme, pero mi cabeza seguía en el autobús, en aquel español, en Saúl y en la sensación de que mi vida estaba a punto de volver a cambiar.

Asentí.

—No importa. Hay más hombres, ya lo descubrirás el sábado. Igual te encuentras al español.

No contesté. No quería hombres en mi vida. Bueno, solo a uno, y ese jamás estaría conmigo. Cada vez que pensaba en él, sentía esas mariposas en el estómago. La vida se estaba ensañando conmigo sin saber el porqué. Solo encontraba piedras en el camino.

Dejé a Carmen en el sofá y me fui a dormir. Bueno, a lo que hacía casi todas las noches: llorar. Lloraba por mi hermano, por la ausencia de mis padres y por no poder estar con quien de verdad quería.

Sentí a Carmen acostarse. Siempre repetía la misma rutina: se detenía unos segundos en la puerta de mi cuarto antes de irse al suyo. No tendría vida para agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí, y por eso tomé una decisión: saldría más con ella siempre que el trabajo se lo permitiera.

La semana fue pasando sin ningún otro sobresalto. Carmen volvía del trabajo contenta porque el hombre misterioso que había conocido iba todos los días a desayunar y, según ella, cada vez hablaban más.

Y llegó el día que Carmen llevaba esperando toda la semana y yo llevaba temiendo desde que dije que sí. Aun así, no pensaba dejar que se me notara.

Llevaba media hora sentada en la cama, con el armario abierto y sin tener ni idea de qué ponerme. Todavía recordaba el día en que Carmen me arrastró de tiendas. Poco faltó para que dejáramos la tienda vacía, porque todo le parecía poco.

—Al final entro a vestirte —me gritó desde su cuarto.

—No sé qué ponerme.

—Ponte el vestido negro, ese que dice: aquí estoy yo y me voy a comer el mundo.

—Ja, ja, ja. ¿Cuál de los tres? Te recuerdo que me hiciste comprarme tres vestidos negros.

—Cierto —entró en mi cuarto ya vestida—, pero yo digo este, el que dice: «mira lo que te estás perdiendo».

—Ahora no me lo pongo.

La verdad es que el vestido me gustaba mucho. No tenía nada especial, pero el escote cuadrado y lo entallado que era me hacían un cuerpo que ni siquiera sabía que tenía.

Me recogí el pelo en un moño bajo con dos mechones sueltos, me maquillé con tonos suaves, cogí un bolso y salí.

—No me lo voy a poner —dijo Carmen intentando imitar mi voz.

—He cambiado de opinión.

—¿Lista para comerte la noche?

—No, que se haría de día.

Reímos.

—Daniela, quiero que disfrutes. Sin miedos, sin mirar por encima del hombro y, sobre todo, sin pensar que no tienes derecho a pasarlo bien.

—Idiota eres.

—Y tú una malhablada.

Salimos de casa riéndonos. Estaba nerviosa, no lo voy a negar, pero había decidido cambiar mi manera de vivir. Ya no pensaba pasar tanto tiempo encerrada.

Fuimos a cenar al bar donde trabajaba Carmen. Las *pizzas* que hacían allí estaban buenísimas.

Nada más entrar, Carmen saludó a Mikel, su jefe. Nos sentó, según él, en la mejor mesa. Pedimos unas cervezas mientras esperábamos las *pizzas*, y me fijé en que Carmen no hacía más que mirar hacia la puerta.

—¿Esperas a alguien?

—La verdad es que sí, pero no te vayas a enfadar conmigo, que todo tiene una explicación.

—Carmen, ¿por qué he de enfadarme?

—Verás… ¿Recuerdas que te dije que había conocido a alguien?

—Sí, claro que me acuerdo.

—Pues he quedado aquí con él.

—Carmen, deberías habérmelo contado antes y me habría quedado en casa.

—Tenías que estar tú.

—¿Yo? —le pregunté sorprendida—. ¿Por qué?

—Sé que cuando sepas la verdad te vas a enfadar conmigo, pero no tenía más remedio que ceder.

—Te juro que no estoy entendiendo nada. Habla claro.

Me ignoró por completo poniéndose en pie. Miré en la dirección de sus ojos y me quedé con la boca abierta.

—Buenas noches, chicas.

—¿Tú? —pregunté a la persona que estaba de pie junto a la mesa.

—Yo mismo. Hola de nuevo, Daniela. ¿O debería llamarte Julia?

Escuchar ese nombre me dejó sin palabras.

—Tranquila, no voy a hacerte daño alguno.

—Carmen, ¿cómo has podido traicionarme?

—Lo siento, Julia. Mi primo no se merece ir a la cárcel.

—No entiendo nada.

—Siéntate, Carmen, yo se lo voy a explicar. Me llamo Alejandro y soy inspector de policía.

—Me da igual lo que seas, no voy a volver.

—Nadie te está pidiendo que vuelvas, pero ahora nos vamos a ir de aquí a otro lugar para poder hablar. Carmen, pide que te pongan las *pizzas* para llevar.

Os juro que no comprendía nada. Entendí a Carmen, pero me sentí traicionada.

El tiempo que estuvimos esperando las *pizzas* no abrí la boca, ni con ella ni con él.

Capítulo 17



Saúl

Estaba nervioso desde que supe que Julia vendría a la casa que había alquilado. No estaba muy convencido de los planes de Alejandro; me daba pena que hubiera utilizado la amenaza contra Eduardo.

No había tal amenaza. Sabíamos que el primo de Carmen había ayudado a Julia, pero no teníamos pruebas que lo inculparan. A Alejandro se le ocurrió la genial idea de contarle eso a Carmen para poder llegar hasta Julia.

Tenía la carta entre las manos. Había llegado el momento de leerla.

«Saúl:

No sé cómo empezar esta carta. Lo único que sé es que con ella te estoy poniendo en peligro y, al mismo tiempo, te estoy pidiendo que salves a mi hija.

Cuando conocí a Sandro, todo era perfecto. Lo amaba con toda mi alma, al igual que él a mí, pero eso cambió cuando murió Leo.

Leo lo era todo para Sandro. No dejaba que le soplara ni el aire, siempre tan protector con él. A los tres meses de haber nacido, enfermó. Íbamos de un pediatra a otro hasta que apareció él: Fabio.

Fabio fue mi primer y único amor. Lo conocí cuando tenía dieciséis años y, cuando llevábamos dos de novios, mi padre me obligó a casarme con Sandro sin apenas conocerlo.

Sandro tuvo que salir del país por negocios, y era mi oportunidad de ver a Fabio. Necesitaba hablar con él. Me dije que sería solamente una vez, pero me equivoqué. Fueron cuatro meses de encuentros a escondidas, cuatro meses en los que volvimos a vivir aquel amor de juventud, pero todo se complicó cuando me quedé embarazada de Julia.

Después de la muerte de Leo, necesitaba ver a Fabio, necesitaba su cariño, pero no sé cómo Sandro se enteró y nos descubrió. Creo que ya no hace falta que te explique el porqué de lo que está pasando con Julia. La hizo creer que era para protegerla, pero es todo lo contrario: es para que yo no pueda marcharme con Fabio.

Esta es la historia de mi vida en versión corta. Solo te pido que protejas a mi hija, pero que no le cuentes nada de esto. Dentro del sobre te mando una dirección y un nombre. Busca al padre de Julia, necesito saber que está bien.

Cuídate de Sandro, no es trigo limpio, pero, sobre todo, cuídate de Antón.

PD: Te doy las gracias de antemano porque me consta que la protegerás. He visto cómo la miras.

Anabel.»

Me quedé mirando la carta, asimilando lo que había leído. Una historia resumida. Una historia en la que, como en muchos casos, los hijos eran los que pagaban los platos rotos de los padres.

¿En qué momento me dejé arrastrar por mi hermano? En el momento en que me dijo: «Necesito que me ayudes».

Cogí la carta y la guardé en el sobre. Estaba llegando a mi dormitorio cuando escuché que se abría la puerta. La guardé debajo del colchón, suspiré y salí.

—Ya estamos aquí. Traemos la cena. —Escuché decir a mi hermano.

Cerré la puerta de la habitación y fui hacia el salón. Me paré en el marco, observándola. Estaba guapísima. No me había visto aún, pero no tardaría en hacerlo, y estaba deseando que nuestras miradas se cruzaran.

Estaban tan atentas a lo que mi hermano les decía que seguían sin reparar en mi presencia.

—Buenas noches, chicas.

—Coño, el cura *buenorro*.

Solté una carcajada.

—Hola, Carmen, ¿cómo estás?

—Bien, padre.

—Hola, Julia. ¿No me vas a saludar?

—Hola —me dijo sin mirarme.

—Bueno, vamos a sentarnos a cenar, que tengo hambre —nos dijo mi hermano.

—Yo me quiero ir a mi casa —dijo Julia.

—Julia, siéntate. Tenemos que hablar —le dijo mi hermano.

Vi cómo apretaba la mandíbula y se sentaba.

—Alejandro, déjame a mí.

Me acerqué a ella y la cogí de la mano. Noté una corriente recorrerme la espalda.

—Julia, tranquila. Solo queremos hablar contigo.

—Estoy muy tranquila. No he hecho nada malo.

—No, solo falsificar pasaporte, DNI, por no hablar del dinero.

—Ese dinero es mío. Ya sabía yo que tanta preguntita en el autobús no era casual.

—Veo que eres muy lista.

—Alejandro, déjala ya —intervine—. Venga, chicas, vamos a cenar y después hablaremos tranquilos.

Se sentaron, y mi hermano y yo fuimos a por unos vasos a la cocina.

—Joder, sé un poco más sutil —le dije hablando bajo—. Está asustada.

—No era esa mi intención. Lo siento, le pediré perdón.

Nada más salir, Alejandro se disculpó con ella.

—¿No crees que a mí me debes otra? —le preguntó Carmen—. Me has utilizado para llegar a ella.

—Eso no es así.

—Anda que no. Y dejo de lado que me has amenazado con meter a mi primo en la cárcel.

—No hagas eso, por favor —habló Julia—. Haré lo que quieras, pero a él no le hagas nada. Solo quería ayudarme.

—Vamos a cenar y después hablamos de todo —dijo mi hermano dando un mordisco a la *pizza*.

El ambiente estaba tenso, no, lo siguiente. De vez en cuando miraba a Julia. Apenas comía y se le notaba demasiado nerviosa.

Seguro que estaba pensando que la íbamos a llevar con su padre, o quizá se preguntaba por qué estábamos juntos.

—No entiendo una cosa —dijo Carmen.

—Tú dirás —le dijo mi hermano.

—¿Qué hacéis vosotros dos juntos? —preguntó mirándonos.

—Somos hermanos.

—Sí, claro, y yo soy monja de clausura.

—Te lo digo en serio.

Vi cómo Julia miraba de un lado a otro, entre mi hermano y Carmen, como si estuviera viendo un partido de tenis.

—Díselo tú, padre, que a mí no me cree —me dijo con retintín mi hermano.

—Sí, somos hermanos. Él es el mayor.

—Joder, y los dos hermanos están como un tren.

—Carmen —la reprendió Julia.

—¿Qué quieres, hija?, tengo ojos en la cara. Si tú tienes horchata en las venas, no es culpa mía.

—¿La horchata no estaba en la sangre? —le preguntó mi hermano con una sonrisa.

Solté una carcajada.

—Bueno, da igual dónde esté. Lo que quiero decir es que yo sí tengo ojos en la cara.

—Y bien bonitos.

—Gracias, Alejandro.

—Bueno, vale ya —dijo Julia poniéndose de pie—. ¿Me vais a decir de qué va todo esto o salgo ahora mismo por esa puerta?

—Estamos investigando a tu padre —dijo mi hermano, haciendo un gesto con la mano para que se sentara.

—Mi padre no está aquí.

—Pero tú sí.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿También estás aquí por mi padre?

No podía decirle toda la verdad, pero tampoco quería mentirle.

—Estoy aquí por ti. Para protegerte.

—¿De quién?

—De ti misma.

Me miró fijamente y soltó una carcajada.

—Me estáis vacilando. Me voy.

—Ven. —La cogí de la mano—. Vamos a hablar a solas.

Me la llevé a mi dormitorio. Entramos, cerré la puerta y, al girarme, me la encontré en medio de la habitación. Estaba tan guapa… Vi cómo se frotaba las manos.

Estaba nerviosa, lo intuía. Miraba hacia el suelo.

—No voy a llevarte con tu padre.

—¿De verdad? —me preguntó mirándome a los ojos.

—De verdad. Solo quiero ayudarte, aunque es cierto que estoy aquí porque él me mandó buscarte.

Se sentó en la cama suspirando. Esa imagen hizo que algo dentro de mí despertara. Pero no solo por dentro, también por fuera. Mi miembro reaccionó al imaginarla tumbada en mi cama, al imaginar que podía besarla y, sobre todo, hacerla mía.

—Saúl, ¿estás bien?

—Sí, tranquila. Estaba pensando en por qué Nápoles y no otro sitio.

—Porque es el único lugar que conozco, y porque pensé que podía contar con mi nana.

—¿No ha sido así?

—No. Me delató con mi madre.

—Julia, ¿tú sabes por qué estás en esta situación?

—Padre… —Escuchar esa palabra de su boca hizo que me pusiera tenso—. ¿Crees que si lo supiera estaría aquí? ¿Cómo están mis niños?

Fue muy sutil al hacerme esa pregunta para desviar la que yo acababa de hacerle.

—Echándote de menos, pero todos están bien.

—¿Y de Mara? ¿Sabes algo de ella?

—Sí.

Sus ojos se abrieron como platos.

—Está bien, bien cuidada.

—Eso me deja más tranquila.

Se levantó y fue hacia la ventana. No pude resistirme y me levanté, colocándome detrás de ella.

Le puse las manos en los hombros y noté cómo se tensaba.

—Julia, si yo pudiera, te haría sentir como quieres sentirte…

—¿Qué estás diciendo?

—Hay algo que deberías saber —le dije con una sonrisa—. Yo fui quien estaba en el confesionario.

Se dio la vuelta y me miró con furia. Supe que acababa de meter la pata hasta el fondo, pero aun así no fui capaz de apartarme. La tenía demasiado cerca, con los ojos encendidos y la respiración alterada, y perdí el poco control que me quedaba.

La besé.

Fue un beso impulsivo, torpe por mi parte, cargado de todo lo que llevaba días intentando contener. Apenas duró unos segundos, porque Julia me empujó con fuerza y me soltó una bofetada antes de salir de la habitación.

Me quedé allí, maldiciéndome. No tenía que haberlo hecho. En vez de ganármela, acababa de perderla.

Salí detrás de ella. Cuando llegué, ya estaba cogiendo su bolso.

—Nos vamos —le dijo a Carmen.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Que me quiero ir ya.

—Pero yo no me quiero ir.

—Pues quédate, pero yo me voy.

—Te acompaño —le dije.

—No quiero nada de ti.

Me quedé mirando cómo salía por la puerta sin mirar atrás.

Capítulo 18



Julia

Había pasado una semana desde que vi al padre Saúl. Una semana recordando ese beso que no debería haber pasado. Un beso que me supo a poco y que, aunque me costara reconocerlo, me gustó más de lo que debía.

Carmen me pidió perdón por la encerrona, pero me puse en su lugar y yo habría hecho lo mismo que ella. También me contó que el buenorro del cura, como ella lo llamaba, se quedó mal cuando me fui, y que Alejandro quería haber hablado conmigo.

Hoy iba a Nápoles. Había decidido ir a casa de Giovanna. Sabía que me la estaba jugando, pero ya no me sentía con fuerzas para seguir escondiéndome. No podía estar así toda la vida.

También llegué a pensar en plantarle cara a mi padre. Yo era mayor de edad y él no era nadie para manejar mi vida como le diera la gana. Bueno, lo de manejar era un decir, porque ni eso hacía.

Estaba preparada para irme cuando Carmen llamó a mi puerta.

—Estás muy guapa.

—¿Qué quieres ahora?

—No me gusta que me conozcas tanto.

Solté una carcajada.

—Venga, dime.

—Déjame ir contigo. No quiero que vayas sola.

—No me pasará nada. Cuando llegue, te llamaré. Además, tú tienes que trabajar.

—Puedo pedirle a Mikel el día libre.

—No harás tal cosa. No me siento a gusto con esta falda.

—Qué manera tan sutil tienes de cambiar de conversación. —Reímos—. Estás muy guapa. Si el cura *buenorro* te ve, se desmaya.

—No le llames así, no está bonito.

—Da igual. Menos mal que el hermano no es cura; si no, me muero.

La miré con una ceja arqueada.

—¿Cómo es eso? ¿Qué pasa con Alejandro?

—Pues que nos estamos conociendo.

—Ten cuidado. No te fíes de él.

—Julia, me gusta, y me voy a dejar llevar. Que sea lo que Dios quiera.

—Bueno, yo no digo nada. Y ahora me voy, que al final perderé el autobús.

Le di un beso y salí corriendo porque vi que se me hacía tarde.

Llegué a la estación cuando quedaban cinco minutos. Saqué el billete y subí al autobús. Dos minutos más hablando con Carmen y me habría quedado en tierra.

Me senté y miré por la ventanilla. Cuando noté que alguien se sentaba a mi lado, giré la cabeza y no me lo podía creer: era Alejandro.

—¿Tú otra vez?

—Yo otra vez. Julia, tenemos que hablar.

—Yo no tengo nada que decirte. No sé nada.

—Dime una cosa: ¿de dónde has sacado todo ese dinero que hay en la cuenta a nombre de Daniela?

—Te juro que ese dinero es mío. Solo lo he cambiado de cuenta para no llamar la atención.

—Eduardo te ayudó —no preguntó, lo dijo como si lo supiera todo.

—Sí. Él no quería, pero yo lo obligué.

—Tranquila, ya he hablado con él y no le pasará nada.

—Dime la verdad. ¿Por qué estáis aquí, tu hermano y tú?

—¿Sabes a lo que se dedica tu padre? —me preguntó en voz baja.

—La verdad es que no lo sé. Nunca me lo dijeron. Sé que te puede parecer extraño, pero es la verdad. Lo único que puedo decirte es que tiene una empresa, aunque no sé de qué. Creo haber escuchado alguna vez algo de cuadros.

Se quedó en silencio mirándome. No supe qué decir y bajé la mirada.

—¿Le tienes miedo?

—¿Perdón?

—Me refiero a tu padre. ¿Le tienes miedo?

—No. Nunca le he tenido miedo, pero sí mucha rabia por todo lo que me ha hecho.

—Lo siento. No deberías haber pasado por eso.

—Me ha robado media vida. Cuando vivía Leo, no era así. Me quería, siempre me lo decía cuando me acostaba. Fue poco después de morir Leo que todo cambió.

—¿Qué te pasa con mi hermano?

—Nada. No me pasa nada.

—Deberías hablar con él.

Me di media vuelta. No quería que me viera llorar. Tampoco quería hablar más, y menos de su hermano. Alejandro respetó mi silencio y ya no volvió a preguntarme nada.

Llegamos a Nápoles. Alejandro se despidió de mí diciendo que volveríamos juntos, pero yo no lo tenía tan claro.

Estaba llegando a casa de Giovanna cuando alguien me agarró del brazo.

—¿Anabel? ¿Eres tú? —me preguntó dándome la vuelta—. Lo siento, pensé que eras otra persona.

Me quedé de piedra. Un hombre de la edad de mis padres me miraba de arriba abajo, sorprendido.

—Lo siento, se ha equivocado de persona.

—Perdón, no te había visto bien. Eres muy joven para ser ella, pero te pareces tanto…

—Tranquilo, no pasa nada. Que tenga un buen día.

Lo dejé allí parado y seguí mi camino. Ese hombre conocía a mi madre. Yo era igual a ella cuando tenía mi edad.

Al llegar, me paré antes de llamar a la puerta. Por un momento pensé en darme la vuelta, pero recapacité, subí los escalones y llamé.

—Hola, Julia. Te estaba esperando.

—Hola, nana. Tenemos que hablar. ¿Puedo pasar?

—Pero, hija, ¿cómo me dices eso? Esta es tu casa. Entra, mi niña.

—Gracias.

Tenía tantas preguntas que hacer y, sin embargo, me daban miedo las respuestas. Pero el encuentro con ese hombre me había dejado demasiado intrigada.

—¿Quieres tomar algo?

—Un café me vendría bien, nana.

—Pues ahora mismo lo preparamos.

—¿Estás sola? —le pregunté sentándome.

—Sí. Se han ido a pasar unos días a casa de mi hermana.

—Nana, cuando venía hacia aquí me encontré con un hombre. Me llamó Anabel.

—Bueno, hija, eso es normal. Es un nombre muy común.

—Nana, empezamos mal. He venido por respuestas, no por mentiras.

—Ay, mi niña. No me corresponde decirte nada.

—¿Y entonces? ¿A quién le corresponde?

—A tus padres, niña —me dijo con tristeza.

—Ja, ja, ja. No me hagas reír. ¿Mis padres dices? —dije como si no estuviera a mi lado—. Llámala.

—No te entiendo, Julia.

—A mi madre. Llámala. Sé que hablas con ella. Por eso me fui de tu casa. Te escuché, nana.

—Hija, solo te estaba protegiendo.

—Por favor, llámala.

Resopló mientras se levantaba. Tenía que saber qué estaba pasando. Necesitaba respuestas.

Volvió con el teléfono en la mano.

—¿Estás segura?

Asentí con la cabeza.

Suspiró y marcó un número.

—Hola, Mónica, ¿cómo estás? ¿Puede hablar?

Vi cómo asentía ante algo que le había dicho quien estuviera al otro lado del teléfono. No dejaba de mirarme. Vi el cansancio en su cara, pero esta vez no me iba a ir sin respuestas.

—Dime, nana.

—Mamá, ¿eres tú?

—¿Julia? ¿Eres tú, mi niña?

—Mamá, ¿qué está pasando?

—Hija, no sé si podrás perdonarme algún día. Hay tantas cosas que deberías saber…

—¿Qué cosas? Estoy tan cansada de todo… ¿Dónde está mi padre?

—Más cerca de lo que tú piensas.

Me tensé. No podía ser que mi padre hubiera dado conmigo. Me levanté para irme, pero Giovanna no me dejó; me agarró del brazo.

—Siéntate, Julia. Tu madre no ha terminado aún.

—¿No la has oído? Mi padre está cerca de mí. Me ha encontrado.

—Hija, Sandro no sabe dónde estás. No te preocupes por eso.

—Me estáis volviendo loca. No estoy entendiendo nada.

—Nana, tienes mi permiso para contárselo todo. Sabes que debo tener mucho cuidado. Yo no estoy sola.

»Julia, cuando termines de escuchar, búscalo, hija. Dile quién eres. Él sabrá cuidarte. Te quiero, Julia.

—Mamá, espera.

Había colgado.

—Tranquilízate, Julia. Yo te lo voy a contar todo. Tu madre se casó con Sandro porque tu abuelo la obligó.

Me quedé con la boca abierta.

—El caso es que tu madre estaba enamorada de otro hombre.

—¿Qué me estás contando?

—Niña, no me interrumpas. Sigo. Cuando Leo tenía un año, tuvieron una discusión muy grande. Sandro se fue de casa y dejó sola a tu madre con tu hermano.

»Un día, al salir a pasear, se encontró con el amor de su vida. Sandro llevaba semanas sin dar señales de vida, y eso hizo que tu madre volviera a verse con aquel hombre.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—A que ese hombre es tu padre, Julia. Y posiblemente sea el hombre con el que te has cruzado en la calle.

Me quedé muda. No sabía qué decir. Quería irme de allí, pero tampoco podía moverme.

—¿Me estás diciendo que mi padre no es mi padre? ¿Que todos estos años he estado viviendo una mentira?

—Lo siento, hija. Fue por tu bien.

—Nana, no. Estoy cansada de escuchar que todo ha sido por mi bien. Y no me digas que fue para protegerme. ¿Protegerme de qué? Dímelo —le grité.

—De él. De que no te hiciera daño. No esperábamos que te encerrara en un convento cuando se enteró de que no eras su hija.

—¿Algo más que deba saber antes de irme?

—Saúl no es cura. Es el guardaespaldas de la casa.

Ahí ya no pude más. Me levanté llorando y me fui. No quería escuchar nada más. Tampoco pensaba volver. Ya no iba a entrar en otro engaño.

Había pasado media vida pagando algo de lo que no tenía culpa.

—Lo siento mucho, hija. Las cosas no deberían haber pasado de esta manera.

Salí de la casa sin mirar atrás, aunque la nana siguiera llamándome.

Capítulo 19



Saúl

Aquellas palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza: «No quiero nada de ti». No eran las palabras en sí, sino el tono con el que las dijo, lleno de rabia y odio.

Desde ese día no nos habíamos vuelto a ver. Sabía de ella por mi hermano, ya que se veía con Carmen todos los días.

Tenía que ir a Nápoles. Había algo importante que debía averiguar. En la carta que me dio la madre de Julia había un nombre y una dirección, y había llegado el momento de ir.

Mi hermano estaría pendiente de Julia, porque Sandro no tardaría en llegar a Nápoles y no quería que la pillara por sorpresa. Ana, por su parte, me iba informando de todo lo que pasaba en el convento. Aunque Julia ya no estaba allí, Sandro lo seguía frecuentando.

Eso no era buena señal, aunque, si partíamos de la base de que la madre superiora era su prima y sabía más de lo que nos quería hacer creer, tampoco me extrañaba. Demasiados cuadros en un convento.

Me monté en el coche. Yo no era como mi hermano: a mí me gustaba conducir. Lo que no me gustaba era no hacerlo. Metí la dirección en el GPS y me puse en marcha.

Estaba llegando a Nápoles cuando mi teléfono sonó.

—Dime, hermano.

—Tenemos un problema.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté, sospechando la respuesta.

—Julia no está en la estación.

Oír eso me resquebrajó.

—¿Cómo que no está? ¿No habías quedado con ella?

—Bueno, le dije que nos veríamos aquí, pero llevo media hora esperando y aún no ha llegado. Esto no me huele bien.

—Búscala. Yo estoy llegando; iba a ver a Fabio.

—Saúl… Creo que lo sabe todo.

Por un momento me quedé callado. Aquellas palabras me dejaron helado.

—¿Cuánto es todo?

—No lo sé —me contestó.

—Alejandro, búscala. No quiero pensar que pueda pasarle algo.

—No sé por dónde empezar, Saúl.

—Dame un segundo y no me cuelgues.

Llamé a la persona que podía ayudarnos.

—Ana, necesito que me ayudes a entender algo.

—Hola a ti también, Saúl. Dime.

—¿Dónde se escondería Julia para que nadie la encontrara?

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, por eso necesito tu ayuda. No sabemos dónde puede estar.

—En una iglesia.

—¿En una iglesia? —pregunté sorprendido.

—Sí. Le gusta sentarse en un banco y mirar el altar. Lo que pase por su cabeza, eso ya no lo sé.

—Gracias. Ya te cuento.

Le colgué. No tenía tiempo para explicaciones.

—Alejandro, ¿sigues ahí?

—Sí, aquí estoy.

—Hay que buscar por las iglesias.

—Me cago en mi estampa. ¿Crees que sé dónde está cada maldita iglesia?

—No, pero te toca. Encuéntrala. Si lo hago yo, no querrá volver conmigo.

—Lo intentaré —me dijo.

—Lo harás.

Le colgué.

Desde que conocí a Julia, no me había dado más que dolores de cabeza. Y no solo por desaparecer cuando le venía en gana, sino por las ganas que tenía de tenerla entre mis brazos. Era muy difícil estar a su lado y no poder tocarla como quería.

Llegué a mi destino, pero no dejaba de pensar en ella. Ojalá, mi hermano, pudiera encontrarla pronto.

Me apoyé en el coche y miré la fachada de la casa.

Otro con dinero, pensé, y sonreí.

Llamé a la verja, pregunté por Fabio, esperé unos minutos y la verja se abrió.

Fui caminando, mirando a mi alrededor. No estaba nada mal, la verdad sea dicha. Césped y plantas muy bien cuidadas.

—¿Le gusta lo que ve? —me preguntó una voz de mujer.

—Me gusta. Todo está muy bonito y bien cuidado.

—Gracias. Me encanta la jardinería.

Frente a mí había una mujer que rondaría los setenta años, más o menos. Lucía el pelo blanco recogido, unos ojos azules y una sonrisa que me resultaban familiares.

—¿Cómo le puedo ayudar, joven?

—Venía a ver a Fabio Bianchi.

—Es mi hijo. Pasa, a ver si tú consigues que salga de ese maldito despacho. Mi muchacho no ha vuelto a ser el mismo desde que…

—Mamá, ya atiendo yo a este hombre.

—Lo consiguió, salió de su cueva.

—Mamá, por favor —le dijo Fabio, exasperado.

—Está bien, hijo, ya me voy. Espero que invites a este joven a comer.

—Por supuesto, mamá.

—Gracias, señora.

—Eleonora, hijo. Me llamo Eleonora.

Asentí.

—Yo soy Saúl.

Se dio media vuelta renegando de su hijo. Fabio soltó una carcajada y yo sonreí.

—¿En qué puedo ayudarte, Saúl?

—Es complicado. ¿Podemos hablar en otro lugar?

—Sí, claro. Acompáñame a mi despacho.

Lo seguí. Sabía, por la carta de Anabel, quién era aquel hombre y lo que había significado en su vida, pero una cosa era leerlo en un papel y otra muy distinta tenerlo delante. Ahora necesitaba saber si él conocía la existencia de Julia y, sobre todo, qué iba a hacer con esa verdad.

Entramos en la casa y vi que su madre nos miraba con una sonrisa en la cara. Le guiñé un ojo al pasar por su lado y sonrió todavía más.

Llegamos al despacho. Abrió la puerta y me dio paso.

—Me tiene intrigado —me dijo cerrando la puerta—. Tome asiento, por favor.

—Yo también estoy intrigado, y espero que usted me quite esta intriga que no me deja dormir.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. Voy a enseñarle algo que quizá le ayude a entender un poco.

Saqué la carta de Anabel y se la entregué a Fabio para que la leyera. Me sorprendió que, nada más empezar, su semblante cambiara. Se dejó caer en el sillón soltando un suspiro y terminó de leer.

—¿Dónde está?

—En España.

—¿Cómo le va? ¿Sigue casada con ese hombre? —me preguntó acercándose a la mesa.

—Sí, aún sigue casada con ese hombre.

—Me lo imaginaba. Tonto sería si la dejara, aunque sería mi oportunidad.

Se levantó y fue hacia una mesa donde había una botella de *whisky*. Se sirvió uno y volvió a sentarse.

—Yo sí necesito tomar algo. Quiero hacerte una pregunta y, por favor, quiero la verdad.

—Dígame.

—¿Mi hija está aquí?

—Sí, está aquí.

—¿Tienes alguna foto de ella?

Asentí.

Saqué mi móvil y busqué la foto que le había hecho un día sin que se diera cuenta. Le dejé el teléfono para que la viera.

—Es ella, es la misma —decía una y otra vez mirando la foto.

—No entiendo nada —le dije.

—Yo he visto a esta muchacha esta mañana.

—¿Cómo? ¿Dónde la ha visto?

—No muy lejos de aquí. De hecho, la llamé Anabel. Se parece tanto a ella…

—Ella está en Sorrento. Vino aquí a ver a su nana y desde entonces no sabemos nada.

—¿Qué la haría desaparecer?

Le conté todo: por qué se encontraba allí y lo que había hecho su supuesto padre con ella.

—¿Todo eso ha tenido que pasar mi hija? ¿Cómo se enteró de la verdad?

—No tengo constancia de ese dato, lo siento.

—Cuando mi madre sepa que tiene una nieta, me obligará a traerla a casa.

—Primero tenemos que hablar con ella. Aún no sabe nada, aunque estoy seguro de que ha debido enterarse de algo para desaparecer.

—¿Cómo? Yo la vi esta mañana.

—He mandado a mi hermano a buscarla en las iglesias.

—Muchacho, no le dará tiempo.

Me dijo que Nápoles era una ciudad con muchas iglesias y no sería fácil dar con ella.

—Tenemos que centrarnos en la zona de la estación y en casa de su nana. O mejor, vayamos a esa casa.

No se me había pasado por la cabeza ese detalle. Esa mujer estaba haciendo que perdiera facultades.

—Hijo —escuchamos a su madre al otro lado de la puerta—, ya podemos comer.

—Ya vamos, mamá. Démonos prisa, que nos deja sin el postre.

—Yo debería irme.

—¿Y dejar a mi madre con el plato puesto? Créeme, no te lo perdonaría.

Me reí por cómo lo dijo. Fabio me caía bien y haría todo lo posible por ayudarle a conocer a Julia.

Eleonora sabía cómo sacarle las cosas a su hijo. Al final, Fabio le contó la existencia de Julia y, en ese momento, me pidió por favor que le hablara de su nieta.

Me tiré toda la comida hablando de ella, de cómo era, de cómo la conocí y de lo mucho que le gustaban los niños.

—Hay que encontrar a mi nieta, Fabio —le dijo a su hijo.

—La encontraremos, mamá, no te preocupes.

—Tengo que irme. Muchas gracias por la comida.

—A ti por venir a contarme todo lo que me has contado. Ten mi tarjeta, puedes llamarme a la hora que sea.

—Gracias, así lo haré.

Salí de la casa con la esperanza de volver pronto, pero no solo. Había que encontrar a Julia y, cuanto antes lo hiciéramos, mejor para ella.

Mi móvil sonó. Era un mensaje de Sandro.

Sandro: *Dentro de tres días nos vemos en Nápoles. Espero que tengas noticias de mi hija.*

No le contesté. Guardé el teléfono en el bolsillo y me dirigí al coche. Cada vez odiaba más a Sandro Santolaya. Tenía ganas de que acabara pronto toda esa farsa para decirle cuatro cosas bien dichas a la cara.

Me monté en el coche y me quedé pensando, porque no sabía qué hacer ni adónde ir. Lo único que sí tenía claro era que tenía que encontrarla antes que Sandro.

Capítulo 20



Julia

Cuando salí de casa de mi nana, me sentí más perdida que nunca. Engañada, manipulada. ¿Cómo podían haber fingido tan bien?

Llegué hasta un parque y tuve que sentarme. Mi teléfono no dejaba de sonar. Qué pronto se había corrido la voz. Me habían llamado Alejandro, Carmen y Saúl. De este último tenía ocho llamadas.

No contesté a ninguno. Todos me habían mentido. Solo esperaba que mi única amiga no me hubiera fallado. Cuando me enteré de lo de Saúl, quise morirme. ¿Cómo había podido mentirme de esa manera?

Tenía que terminar con todo aquello. No iba a pasarme toda la vida huyendo por algo de lo que yo no tenía culpa ni había pedido. Y solo había una persona que podía poner fin a todo.

Cogí el teléfono y marqué ese número que no pensé que volvería a marcar en mi vida.

—Vaya, vaya, qué sorpresa —fue lo primero que me dijo al descolgar.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—¿Y tú?

—Yo he preguntado primero. Quiero verte.

—¿No te da miedo que te vuelva a encerrar si nos vemos?

—Ya me da igual lo que hagas conmigo. ¿Dónde estás?

—En mi casa.

Le colgué.

Jamás olvidaría dónde estaba aquella casa en la que una vez fui feliz. Tampoco olvidaría que hubo un tiempo en el que tuve un padre que me quería, que jugaba conmigo y me contaba cuentos antes de dormirme.

Paré un taxi, le di la dirección al conductor y le pedí que me llevara lo más rápido posible. Sabía que me lo jugaba todo, que quizá volvería a encerrarme, pero en ese momento ya nada de eso me importaba.

Según nos acercábamos, pensé en el hombre que me había confundido con mi madre. ¿Sería él mi padre? ¿Sabría algo de mí? Sentía la cabeza a punto de estallar.

—Señorita, ya hemos llegado —me dijo el taxista.

—Perdón, andaba distraída.

Le pagué la carrera y me despedí de él.

Me quedé parada ante la casa. Su jardín estaba perfectamente cuidado, tal como lo recordaba. Avancé hacia la puerta y llamé.

No tuve que esperar mucho. Una voz que no solo me daba asco, sino también miedo, me recibió al otro lado: Antón.

Entré empujándolo. No me costó demasiado, ya que no esperaba que actuara así.

—Vaya, pero si viene peleona la niña.

—Vete a la mierda.

—Cuida tus palabras, niña.

—Cuídate tú, pelele.

Vi a Sandro en la puerta de su despacho.

—Al final has venido tú sola a mí —me dijo.

—No te hagas ilusiones, Sandro.

—¿Ya no soy papá?

—¿Por qué? ¿Qué culpa tengo yo? —pregunté sin saludarlo.

—Directa al grano. Pareces, hija mía. —Soltó una carcajada—. Lástima que no lo seas.

—Contéstame y déjate de tonterías. No tengo todo el día.

Volvió a reír.

—A tu primera y segunda pregunta, la respuesta es muy sencilla —me dijo—: haber nacido.

Cuando escuché esas palabras, me quedé sin habla.

—Te he querido como a un padre. Me has querido como a una hija. ¿Qué ha cambiado?

—Que no llevas mi sangre.

Vino hacia mí, pero no retrocedí.

—Eso no tiene nada que ver. Padre no es el que engendra, sino el que cría.

—Te quería como un padre puede llegar a querer a una hija. Eras mi princesa. Estaba deseando llegar a casa para poder disfrutar de ti y de tu hermano —me dijo sirviéndose una copa—. ¿Quieres una?

—Eras un buen padre —le dije ignorando su pregunta—. Yo estaba deseando que llegaras a casa para que jugaras conmigo.

—Cuando me dijeron que no eras mi hija, el mundo se me vino a los pies. Y mi manera de castigar a tu madre fue tenerte encerrada toda tu vida.

—Castigando a mi madre, me castigabas a mí. Yo no tengo culpa de nada.

—Puede ser, pero contigo encerrada, tu madre seguiría unida a mí.

—Dime algo, por favor, y te pido sinceridad.

—Ya me da igual. ¿Qué quieres saber?

—¿Alguna vez me has querido?

—Mucho más de lo que te puedas imaginar. Lo mismo que a tu madre, pero me engañó.

—No es justo. Yo no tengo culpa de vuestras malas decisiones.

—Hay tantas cosas que no son justas, Julia.

—¿Pensabas tenerme encerrada de por vida?

—Sí. Hasta que tu madre dejara de respirar.

—Eres la peor persona que he conocido en mi vida.

—Las hay peores que yo, créeme.

—¿Qué pinta Saúl en todo esto? ¿Por qué se hizo pasar por cura?

—Julia, mírate. Eres guapa. Cualquier hombre querría estar contigo, y de esa manera ni tú ni él podríais hacer nada.

—¿Pero por qué? Eso no es una respuesta. Os habéis encargado de joderme la vida entre unos y otros. Una última cosa: ¿mi padre sabe de mí?

—No tengo nada más que hablar contigo —me dijo—. Pero ya que estás aquí… Antón, ven.

—No sé para qué lo llamas.

—Para que haga lo que lleva mucho tiempo queriendo hacer: hacerte suya. Serás su mujer y le darás hijos.

—Ja, ja, ja. Vosotros dos habéis visto demasiadas películas.

—¿Cómo te atreves a reírte de mí?

Me soltó una bofetada.

—Llévatela y hazla gritar como tú sabes, Antón.

Soltó una carcajada.

—Espera. No corráis tanto.

—¿Qué pasa ahora?

—Que si dentro de media hora no estoy en la estación, la policía se presentará en esta casa. No pensarías que iba a venir así como así.

—Ja, ja, ja. Julia, tengo media comisaría comprada.

—Lo sé, pero se te olvida que la otra media está con la española buscándote.

Cuando le dije eso, su cara cambió. Antón me tenía cogida del brazo y cada vez apretaba más.

—Suéltala.

—Pero me prometiste que sería mía.

—Pero no en este momento. No quiero tonterías.

—¿Es que no lo ves? Va de farol.

—No pienso arriesgarme, y no creo que tú quieras hacerlo. De momento, esto se queda así.

—Más te vale dejarme en paz y hacer como si no hubiera existido.

—No me amenaces, niñata —me dijo—. Antón, suéltala.

Me soltó con un empujón y dejé escapar el aire que ni siquiera sabía que tenía retenido.

Salí por la puerta sin mirar atrás. ¿Y ahora qué? ¿Adónde se suponía que iba a ir?

Tenía claro que no pensaba volver al pueblo, pero, si me quedaba en la ciudad, tampoco tenía ningún sitio al que acudir. De momento, buscaría una pensión donde pasar la noche.

Podría llamar a Carmen, pero sabía que, si lo hacía, acabaría avisando a Saúl, y él era la última persona a la que quería ver.

Seguí caminando. Me compré un bocadillo y busqué alojamiento en el móvil. Tenía un montón de mensajes y llamadas, pero no pensaba contestar a nadie.

Pensé otra vez en Saúl, en la manera más vil en que me había engañado y en cómo había confiado en él. Nunca me había enamorado de nadie, pero, por lo que Carmen me había explicado, aquello debía de ser lo que me pasaba.

Entré en unos grandes almacenes a por un pijama y algo de ropa para los próximos días, porque no sabía cuánto tiempo me quedaría en la ciudad.

Llegué a la pensión. Nada más entrar, me recibió un olor a lavanda que me dio una paz inesperada. En el mostrador había un chico leyendo un folleto.

—Hola, buenas. Soy Daniela Salvatierra. He llamado hace un rato para reservar una habitación.

—Un momento, por favor.

Lo vi mirar en el ordenador.

—Aquí está. Por esa escalera, a mano derecha.

—Gracias.

Subí por donde me había indicado. Lo primero que hice fue poner el teléfono en silencio y dejarlo cargando con el cargador que había comprado.

Lo segundo fue darme una ducha. Lo necesitaba.

Cuando salí, mi teléfono estaba sonando. Vi el nombre de Saúl en la pantalla.

Pensé en no cogerlo, pero sabía que no iba a parar de llamar.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Dónde estás, Julia?

—Eso a ti no te importa. Déjame en paz, Saúl. Te lo digo de verdad, no quiero saber nada de ti.

—Tenemos que hablar. Dime dónde estás.

—No voy a decirte dónde estoy porque no vamos a hablar de nada. Eres un mentiroso. Te has reído de mí en mi cara.

—Todo tiene una explicación. Por favor, Julia, dime dónde estás. Tengo algo muy importante que contarte.

Me quedé pensando por un momento. ¿Qué sería eso tan importante que tenía que contarme? ¿O me estaba mintiendo otra vez?

—Julia, ¿me estás escuchando? Déjame explicarte.

—No. No quiero saber de ti, Saúl. Me siento engañada. Te has reído de mí en mi cara.

—Te juro que no.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no me dijiste que eras tú el que me había confesado?

—Porque no quería hacerte sentir mal.

—Ahora lo sabes.

—Julia, por favor, dime dónde estás.

—Lo siento, Saúl, pero no puedo —le dije con la voz quebrada.

—Julia, ¿estás llorando?

No le contesté. Simplemente colgué.

Me moría de ganas de estar con él. No era cura, era un hombre como cualquier otro, y era mi hombre.

Capítulo 21

Saúl

Me quedé mirando el teléfono. Me había colgado y no sabía dónde estaba. Necesitaba saberlo. No estaba bien, lo noté en el tono de su voz, y eso me rompió por dentro.

Necesitaba contarle la verdad. No podía seguir callando lo que sentía por ella desde el primer día que la vi en aquel convento.

Julia no era cualquier mujer. Era frágil, dulce, una mujer que se había perdido media vida dentro de ese convento.

Aún me preguntaba cómo un hombre podía privar de libertad a una mujer de esa manera. Pensar que se había perdido su adolescencia, que no había podido disfrutar con sus amigos, sinceramente, me hervía la sangre.

Le dije a mi hermano que se fuera con Carmen. Yo me quedaría en Nápoles y aprovecharía para ver si, por casualidad, lograba dar con ella.

Me senté a comer algo. No había probado bocado desde el desayuno y mi estómago ya se estaba resintiendo. Mientras comía, miré en el móvil dónde podía quedarme, porque hasta que no apareciera no pensaba moverme de la ciudad.

Mi teléfono sonó y, cuando vi el nombre de Sandro, supe que no me iba a gustar lo que fuera a decirme.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Julia ha estado aquí —dijo gritando—. Espósito, no estás haciendo bien tu trabajo.

—¿Cómo que ha estado ahí? No lo entiendo.

—Ella misma me buscó, pero, por desgracia, he tenido que dejarla ir.

—¿La has dejado ir? ¿Pero no querías encontrarla?

—Ha sido muy lista. La estaban esperando. Si no volvía, vendrían a buscarla con la policía.

—¿Y qué quieres que haga yo? La bola de cristal se me rompió hace tiempo.

—No me toques los cojones, Espósito, y encuéntrala. Y te lo advierto: ya lo sabe todo. Sabe que no eres cura. Mucho ojo con tocarle un pelo.

—Sabe que no soy cura —repetí.

—Idiota, eso ya lo sé yo. Te lo repito: ni se te ocurra tocarla. Búscala y tráemela.

Otro que me colgaba. Hasta los cojones estaba ya de que me colgaran el teléfono.

Se me había atravesado el bocadillo, tanto que no fui capaz de comérmelo entero. Tenía que averiguar dónde estaba Julia. Ahora sí que estaba preocupado.

Pensé en su nana. Quizá ella pudiera saber dónde estaba, pero no tenía su número. Para eso debería llamar a su madre y no quería preocuparla.

Decidí llamar a mi hermano.

—Dime, Saúl —me dijo nada más descolgar.

—Necesito que Carmen llame a Julia y averigüe dónde está, pero ya.

—¿Crees que no lo he intentado? —La escuché decir de fondo—. No me coge el teléfono.

—Estoy en manos libres.

—Ya me lo he imaginado. Carmen, necesito tu ayuda. Tengo que encontrarla.

—No sé dónde puede estar. Si lo supiera, te lo diría.

—Si al menos tuviera una maldita pista de dónde buscarla —dije más para mí que para ellos.

—Saúl, voy a intentarlo otra vez. De todas maneras, te voy a mandar tres sitios donde ella tenía pensado quedarse cuando llegamos a Nápoles.

—Gracias, Carmen. Es de vital importancia.

—Suerte, hermano.

—Gracias.

—Encuéntrala, por favor —me pidió Carmen—. Estará muerta de miedo, la conozco muy bien.

—No descansaré hasta dar con ella, te lo prometo.

Colgué el teléfono y esperé a que Carmen me mandara esos tres sitios. Cómo me hubiera gustado ponerle un localizador en el teléfono. Si la encontraba, sería lo primero que haría.

Me entró un mensaje de mi hermano.

Alejandro: *Alma Adri In Naples y Mergellina Resort. Siento decirte que el otro no lo recuerda.*

Saúl: *Gracias. Espero tener suerte en uno de esos dos. De todas formas, que piense en el otro, por favor.*

El tiempo corría más de lo que me habría gustado. Busqué las direcciones de cada uno para empezar por el más cercano.

El primero estaba a quince minutos andando de donde yo me encontraba. No lo pensé. Entré a pagar lo que había consumido y salí como alma que lleva el diablo.

Los quince minutos se me hicieron larguísimos. Parecía que no avanzaba. Iba sorteando a todo el que caminaba delante de mí hasta que llegué a la primera dirección.

Entré y pregunté a una chica que había detrás del mostrador.

—Hola, buenas tardes. Casi noches —le dije con una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarle? —me preguntó, también con una sonrisa.

—Necesito que me diga si esta chica se aloja aquí. —Le enseñé una foto.

—Lo siento, pero no puedo darle esa información.

—Lo sé y lo entiendo, pero créame que es muy urgente.

—Ya le he dicho que no puedo darle esa información.

—Le repito que es muy urgente. Un familiar está muy grave. —Tuve que mentir.

—Está bien, deje que mire. ¿Cómo se llama?

Me quedé un momento pensando, porque, si yo fuera ella, no habría dado mi nombre verdadero.

—Daniela Salvatierra Ortiz.

Vi cómo metía su nombre en el ordenador mientras yo me desesperaba.

—Lo siento, no hay nadie con ese nombre.

—Pruebe con Julia Santolaya Ordóñez, por favor —le pedí ante su asombro.

Los minutos pasaban, y lo que para ella parecía normal a mí se me hacía eterno.

—Nada. Aquí no hay nadie con esos nombres.

—¿Ha mirado bien?

—Señor… ¿Está insinuando que no hago bien mi trabajo?

—No, no, para nada. Perdone, es que estoy muy preocupado.

—Pues lo siento mucho, pero aquí no está. Espero que la encuentre pronto.

—Gracias.

Salí de allí mirando la otra dirección que me quedaba. Ojalá estuviera en la siguiente porque, como Carmen no se acordara de la otra, me veía recorriendo todas las pensiones de Nápoles.

Llegué al siguiente sitio y me quedé mirando la fachada. No estaba mal, pero en ese momento eso era lo de menos. Entré y me dirigí a un hombre que estaba regando una maceta.

—Hola, buenas —dije llamando su atención.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá usted, vengo desde España —que no era mentira— buscando a unas amigas y quería saber si se alojan aquí.

En eso sí mentí. Solo era una amiga.

—Pero yo no puedo darle esa información.

—Lo sé y créame que lo entiendo, pero es de vital importancia que las encuentre.

—Espero que no me esté mintiendo, joven. Deme un segundo, voy a soltar esta regadera por aquí.

Me dieron ganas de cogerla yo mismo, porque al pobre hombre le hacía falta que le pusieran ruedas en los pies.

La desesperación me estaba afectando un poquito. Solo había que ver mis pensamientos hacia aquel hombre, que seguro que bastante tenía ya con no tener las piernas más ágiles.

Vi cómo miraba en el ordenador y negaba con la cabeza. No podía creer que fuera a decirme que allí tampoco estaba.

—¿No se alojan aquí? —le pregunté, llamando su atención.

—Solo una —respondió.

Ahora sí que me estaba poniendo más nervioso todavía.

—Daniela Salvatierra Ortiz.

—¿Podría decirme su habitación?

—Lo siento, eso sí que no se lo puedo decir. Podría avisarla, pero ahora mismo no se encuentra en la habitación.

—¿Sabe usted dónde ha ido?

—Me vas a disculpar, pero no voy preguntando a la clientela dónde va o deja de ir.

—Lo siento, es que estoy muy nervioso. Llevo buscándola un buen rato.

—Esta juventud con la impaciencia.

Tuve que contener una carcajada.

—¿No decía que eran dos?

—Sí, claro, pero espero que esta sepa dónde está la otra.

Rio.

—Puedes esperarla en ese sofá. Te puedo asegurar que es muy cómodo.

—Gracias.

—De nada.

Volvimos a reír.

Me dirigí al sofá, me senté y cogí una revista. No es que me apeteciera leer nada, pero al menos me mantendría un poco distraído. Esa mujer y su familia me estaban dando dolores de cabeza. Y todo por culpa de mi hermano. Otra vez echándole la culpa cuando las cosas no me salían como quería.

Cuando apareciera, la sentaría en mi regazo y le daría unos buenos azotes. Solo pensarlo hizo que mi miembro se despertara, porque no podía negar que esa mujer me volvería loco en todos los sentidos. La deseaba como no había deseado antes a ninguna.

No sabía cuánto tiempo llevaba esperando cuando apareció aquel hombre con una bandeja en la mano.

—Toma, hijo. Seguro que tienes hambre, y no me digas que no, que mi mujer se enfadará.

—No se imagina cuánto se lo agradezco, porque la verdad es que tengo hambre.

—Pues aquí te lo dejo. Te vas a chupar los dedos con la pasta que hace mi mujer.

—Gracias, seguro que sí.

Me había traído una bandeja con un plato de pasta, un panecillo, una cerveza y un trozo de tarta de queso. El primer bocado me supo a gloria. En realidad, no sabía ni cuántas horas llevaba sin comer en condiciones.

Estaba terminando cuando una risa llamó mi atención. Levanté la vista hacia la entrada y ahí estaba ella. Y no podía creerme las condiciones en las que venía.

—Anda, pero si está aquí el cura de pacotilla. Ja, ja, ja.

—Estás borracha —le dije levantándome para ayudarla.

—Estás borracha —repitió imitando mis palabras.

—Eso ya lo he dicho yo. Ven, te llevaré a tu habitación.

Capítulo 22



Julia

—Eh, para el carro, chaval. Tú no me llevarás a ninguna habitación. Bueno, rectifico: yo no voy contigo a ninguna habitación.

—Julia, por favor, no des un espectáculo.

—¿Perdona, nos conocemos? —le dije dando un sorbo a la botella que llevaba—. No, no nos conocemos. Mejor así.

—No deberías beber más.

—Ni tú decirme lo que tengo que hacer.

Seguí andando hacia mi habitación. Estaba deseando llegar, porque cada vez me costaba más trabajo andar.

Noté cómo se me doblaban las rodillas y, en ese momento, creo que no fui consciente de lo que me pasó.

Al abrir los ojos creí que me moría. El sol entraba por la ventana. Fui a levantarme, pero un dolor de cabeza hizo que volviera a dejarme caer sobre la almohada.

Levanté las sábanas y vi que estaba desnuda. No recordaba haberme quitado la ropa, pero sí recordaba haber comprado un pijama para ponérmelo.

Oí una puerta. Al principio no le di importancia, pero después recordé que estaba sola.

—¿Quién anda ahí? —pregunté asustada—. Tengo un arma, aviso.

—Pues sácala, apunta y dispara.

—Reconocería esa voz hasta en el infierno —dije cabreada—. Claro que ahí es donde vas a ir tú.

Soltó una carcajada.

—¿Hasta cuándo vas a seguir enfadada conmigo?

—Hasta que me muera. Y en mi otra vida también.

—Tenemos que hablar, Julia.

—No tenemos que hablar, Saúl.

—Dame la oportunidad de explicarme.

—No te voy a dar nada.

Eché la sábana hacia atrás y me senté en la cama, agarrándome la cabeza.

—No hagas eso.

—¿Que no haga qué? —Sabía perfectamente a lo que se refería.

—Tápate o no respondo.

—¿Qué pasa, cura? ¿No lo has visto ya antes?

—No como tú piensas. Tuve que hacerlo para ducharte. Vomitaste nada más entrar en la habitación.

—Sí, claro, cuéntame otra de miedo —le dije pasando por su lado.

—Si no me crees, pregúntale a la mujer del dueño. Fue ella quien limpió todo el desastre y me ayudó a ducharte.

—Me estás mintiendo.

—No lo estoy haciendo.

—No te creo.

—Ese es tu problema. Voy a pedir el desayuno.

Salió de la habitación mientras yo me quedaba con una sonrisa de satisfacción.

Saqué ropa de la bolsa y me metí en la ducha. Abrí el grifo y esperé a que el agua saliera a la temperatura que me gustaba.

Mientras me duchaba, pensaba si todo lo que me había dicho Saúl era verdad o solo quería hacerme sentir mal. Lo cierto era que yo no me acordaba de nada.

La ducha me sentó de lujo. Estaba como nueva, con un leve dolor de cabeza, pero seguro que a lo largo del día se me iría pasando.

Me puse un vestido que me había comprado el día anterior. Era largo, sencillo y con un buen escote. Me peiné un poco con los dedos; al tener el pelo rizado, no me esmeraba mucho, la verdad.

Me senté a esperar que me trajera el desayuno. Me sentía mal por haberme emborrachado y, al mismo tiempo, agradecida de que Saúl me hubiera encontrado y hubiera cuidado de mí.

Entró sin decir nada y dejó el desayuno encima de la mesa. Traía dos cafés, zumos y dos tostadas con mantequilla y mermelada.

—No sabía qué querías para desayunar.

—Esto está bien, gracias.

—Tenemos que hablar, Julia. Y de muchas cosas.

—Mira, Saúl, no me interesa nada de lo que tengas que decirme. Vamos a desayunar en paz y después te vas.

—No voy a irme sin ti.

—Y yo no te quiero cerca de mí.

—¡Qué cabezota eres!

—Y tú, qué mentiroso.

Soltó una carcajada.

—No tiene gracia, pero ninguna.

—Lo sé, no me río por eso. Me río por la cara que has puesto al decírmelo.

No le dije nada. Le pegué un bocado a mi tostada, que me supo a gloria, porque, si mi memoria no me fallaba, no había cenado nada.

—Solo quiero saber una cosa.

—¿Y qué es esa cosa?

—¿Por qué tuviste que mentirme?

—No tuve más remedio. Tu padre me obligó.

—¿Cuál de ellos? —le pregunté.

Me miró sorprendido.

—No me mires así. Ya sé que Sandro no es mi padre, y menos mal.

—¿Quién te lo ha contado?

—Eso no importa. Contesta a mi pregunta.

—Ya lo hice.

—No del todo. Tu respuesta tiene alguna laguna, y no precisamente pequeña.

Rio.

—Yo no le veo la gracia. Termina tu desayuno y te vas.

—Y tú conmigo.

—Una de dos: o eres sordo o tonto.

—No me insultes. Ni una cosa ni la otra.

Lo miraba y me preguntaba cómo sería besar a ese hombre, pero en condiciones, no como la otra vez. Me moría por hacerlo de verdad.

Su teléfono sonó. Salió hacia el balcón. Juro que no quería escuchar, pero fue superior a mí.

—Hola, Ana —saludó a la persona que estaba al otro lado del teléfono—. ¿Ha pasado algo?

Vi cómo su semblante fue cambiando. Apretó la mandíbula y también el puño que le quedaba libre.

—¿De verdad está bien? ¿No me estarás engañando?

¿De quién estarían hablando? Lo que tenía claro era que, fuera quien fuera, Saúl estaba muy cabreado.

—¿Pasa algo, curita? —cuando dije eso me miró con mala cara—. ¿Te han excomulgado por mentiroso?

—Cállate de una puta vez, Julia. No tienes ni idea.

—Pero bueno… Vete de aquí. Sal ahora mismo de mi habitación o llamo a la policía.

—No digas tonterías. Termina, que nos vamos al pueblo. Carmen está muy preocupada.

—Ahora la llamaré. No te preocupes por eso.

—Julia.

—Saúl. —Me levanté de la mesa.

—No me lo pongas más difícil, por favor —me dijo acercándose a mí.

—No te pongo las cosas difíciles, pero… ¿y si fuera así, qué pasaría?

—No me pongas a prueba, Julia.

Me agarró de los brazos y me atrajo hacia él.

—¿Y si no, qué?

Me pegó a su cuerpo y se quedó mirándome.

No podía articular palabra. Tenerlo tan cerca me dejó muda. Lo miré, pero no pude descifrar lo que decían sus ojos.

—Tienes dos horas antes de que nos vayamos. Por las buenas o por las malas. Tú decides.

—¿Me estás amenazando?

—Tómatelo como quieras, pero no pienso estar detrás de ti todo el tiempo. Y me da igual lo que diga tu padre.

—No es mi padre.

—Dos horas.

Salió pegando un portazo. ¿Qué sería lo que le habían dicho por teléfono? Él nunca me había hablado de esa manera.

Me encogí de hombros y me senté a terminar de desayunar. Ya veríamos si me iba con él o no. Si me iba, se saldría con la suya; si me quedaba, estaba segura de que me arrepentiría.

Encendí mi teléfono. Tenía que hablar con Carmen. Pensé en mandarle un mensaje, pero preferí llamarla, aunque también temía sus gritos.

—Hombre, apareció la desaparecida en combate. ¿Dónde coño andas?

—Hola, Carmen. Yo también me alegro de escuchar tu voz.

—Joder, Julia, me tenías muy preocupada. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Estoy asimilando algunas cosas.

—Dilo. Esas cosas tienen el nombre de Saúl, ¿me equivoco?

—No sé de lo que me hablas… Aunque aquí lo tengo dándome dolor de cabeza. Quiere que me vaya con él.

—Deja de hacerte la diva y vente ya. Te tengo que contar algo.

—Me lo puedes contar por teléfono.

—Sí, hombre, para que nos esté escuchando alguien y se enteren de todo.

—Madre mía, Carmen, estás como un cencerro oxidado.

Soltó una carcajada.

—Te dejo, que el hermano de tu dolor de cabeza me está esperando.

Me quedé mirando el teléfono cuando me colgó. Desde el primer día me di cuenta de que entre esos dos había algo. No me pasó desapercibida la manera en que se miraban el uno al otro.

Si Alejandro se la comía con los ojos, Carmen no se quedaba atrás.

Solté el teléfono en la mesa y fui hacia la puerta. Al abrirla, me encontré a Saúl con el brazo levantado y el puño cerrado.

—Casi te doy en la cara —me dijo pasando.

—Adelante, puedes pasar.

—Julia, vámonos de aquí. Tu padre te está buscando.

—¿Cuál de los dos?

—Los dos, pero el que me preocupa es el que te ha criado. Fuiste muy lista cuando lo viste.

—Siempre lo fui, pero no me dejaron demostrarlo mucho.

—Demuéstramelo a mí. Vente conmigo.

—No sé qué hacer. Me llevarás con él.

—No. Te llevaré conmigo.

Me di la vuelta y lo miré.

—¿Lo dices en serio, Saúl? ¿O es otra mentira?

—Te estoy diciendo la verdad. Vente conmigo. Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero no aquí.

—Está bien, pero como me dé cuenta de que me estás mintiendo, te pesará toda tu vida.

—No más mentiras. Siempre te diré la verdad.

—Júramelo.

—Eso son cosas de niños, Julia.

—Eso son cosas de niños, Julia —lo remedé.

—Y, por lo que veo, tú eres así.

—¿Me estás llamando niña?

Asintió con la cabeza y una sonrisa.

—Pues, para ser una niña, bien que me miras como si fuera una mujer.

—Ja, ja, ja. Bueno, ¿te vienes o te quedas?

—Me quedo.

Capítulo 23



Saúl

—Se acabaron las tonterías. Te vienes conmigo y no hay más que hablar.

Entré en la habitación antes de que pudiera cerrarme la puerta en las narices. Julia dio un paso atrás, cruzándose de brazos.

—¿Perdona? ¿Ahora también das órdenes?

—Cuando te empeñas en ponerte en peligro, sí.

—No me voy a ir contigo.

—Sí, Julia. Vas a hacerlo.

—Pues vas listo.

Fui hacia ella y le cogí la bolsa que tenía en la mano. No tiré de ella, no quería asustarla más de lo que ya estaba, pero tampoco pensaba dejarla allí.

—Recoge tus cosas.

—No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer.

—Ahora mismo soy el único que está intentando sacarte de aquí antes de que Sandro te encuentre.

—Qué considerado por tu parte, curita de pacotilla.

Apreté la mandíbula.

—No me llames así.

—Te llamo como me da la gana.

—Julia…

—¿Qué? ¿También me vas a confesar eso?

La miré. Estaba enfadada, sí, pero también nerviosa. Se le notaba en la respiración, en la manera de sostenerme la mirada y en cómo apretaba los dedos contra la tela del vestido.

—No sigas por ahí —le advertí.

—¿Por qué? ¿Te molesta?

—Me molesta que utilices eso para defenderte de mí.

—No me estoy defendiendo.

—Claro que sí.

Me acerqué lo justo para que dejara de fingir. Ella levantó la barbilla, desafiante, pero no se apartó.

—Estás deseando que me vaya —dijo.

—No. Estoy deseando que dejes de ponérmelo tan difícil.

—Pues vete.

—No puedo.

—Sí puedes.

—No quiero.

Aquello la desarmó un segundo. Solo uno. Lo suficiente para que bajara la mirada a mi boca y volviera a subirla demasiado deprisa.

Joder.

Me separé antes de hacer una estupidez. Me fui hacia la ventana y abrí el balcón para que entrara el aire. Necesitaba respirar, porque esa mujer conseguía que perdiera la cabeza con una facilidad peligrosa.

—Recoge tus cosas —repetí sin mirarla—. Nos vamos.

La escuché refunfuñar a mi espalda. Luego, el sonido de la cremallera de la bolsa.

—Eres insoportable —murmuró.

—Y tú una inconsciente.

—Mentiroso.

Me giré despacio.

—Eso ya lo sé. Y también sé que tengo muchas cosas que explicarte, pero no aquí.

—¿Por qué tendría que creerte?

—Porque, aunque me odies ahora mismo, sabes que no voy a dejar que te pase nada.

No contestó.

Y ese silencio, por primera vez desde que había entrado en la habitación, sonó a rendición.

Me quedé junto al balcón, respirando hondo. Esa mujer me estaba volviendo loco y eso era un problema para mí. Ya lo había pasado mal una vez en la vida y no quería que volviera a suceder.

No sabía qué pensaría mi hermano de lo que tenía planeado con ella, pero había algo que tenía claro: no se la podía entregar a su padre. Tampoco podía avisar a su madre, porque las técnicas que utilizaba Sandro para hacer hablar a la gente no eran muy buenas que digamos, y a Anabel se le notaría enseguida que estaba ocultando algo.

Todo se estaba poniendo cada vez peor, no solo para ella, sino también para mí. No me preocupaba lo que pudiera pasarme, pero sí lo que él pudiera hacerle a Julia.

—¿Te gusta lo que ves, curita de pacotilla?

La miré de reojo. Seguía metiendo ropa en la bolsa, pero tenía esa sonrisa provocadora que me sacaba de mis casillas.

—No me llames así.

—Te llamo como me da la gana.

—Para haber estado en un convento, eres muy malhablada.

Se paró en seco.

—Además de cura de pacotilla, eres gilipollas.

—Julia… deja de insultarme.

—Tú no eres nadie para decirme lo que tengo que hacer. Te insultaré las veces que hagan falta.

—Pensé que estaba tratando con una chica joven, pero veo que me he equivocado. Estoy tratando con una niña de doce años. Te espero abajo.

Salí de la habitación con un cabreo monumental. No iba a tolerar que estuviera insultándome a cada momento. Si ella quería comportarse como una cría, que lo hiciera, pero que no me faltara al respeto.

Mientras esperaba a que bajara, llamé a mi hermano.

—Dime, Saúl.

—Estoy harto de esto. En cuanto la deje con Carmen, me voy.

—¿Pero qué ha pasado?

—Me desespera. No voy a consentir que me insulte a cada momento.

—Espera, espera, no corras tanto. No la puedes dejar sola.

—Pues que coloquen a otra persona. Hablaré con su padre.

—Saúl, ¿tú te estás escuchando?

—No la soporto.

—Ja, ja, ja. Eso suena a «me gusta demasiado».

—Eso suena a que es una caprichosa y malhablada.

—Piénsalo antes de tomar una decisión.

—Te dejo, que ya se ha dignado a bajar.

Vi cómo iba a la recepción a pagar y se despedía del matrimonio.

—Ya nos podemos ir —me dijo pasando por mi lado.

No le contesté. Salí fuera y me puse a su altura.

—El coche está ahí enfrente.

Me coloqué delante de ella, le quité la bolsa de la mano y crucé la calle hacia el coche.

Metí la bolsa en el asiento de atrás y me monté, esperando a que ella entrara.

Esperé a que se colocara el cinturón de seguridad para arrancar y salir de allí cuanto antes. Tenía prisa por llegar.

No articulé palabra. Puse la radio y me concentré en la conducción.

—¿Qué pasa, que no piensas hablarme? —me preguntó cuando llevábamos un rato en la carretera.

No contesté. No por maleducado, sino porque me conocía y sabía que, si le decía algo, acabaríamos enzarzados en una discusión por el cabreo que tenía.

De vez en cuando la miraba por el rabillo del ojo. A ratos tarareaba una canción y a ratos miraba el móvil.

Entramos en el pueblo y vi cómo se ponía recta, mirando por la ventana. Si yo tenía ganas de llegar, me imaginaba que ella también.

Cuando llegamos al piso, no esperó ni a que apagara el motor. Se bajó sin decirme nada.

Me quedé mirándola sin salir del coche. Quería ver si me esperaba o entraba directamente sin mí.

Eligió la segunda opción, cosa que me dio igual. De todas maneras, tendría que aguantarme un poco más.

Bajé del coche con toda la tranquilidad del mundo. No tenía prisa o, más bien, quería darle espacio para que despotricara a gusto de mí, pues sería lo primero que haría.

Entré en el portal. Al menos había tenido la delicadeza de dejarlo abierto. Subí las escaleras y entré en el piso. Me quedé un segundo parado: Carmen le estaba dando la del pulpo.

—No me vuelvas a hacer esto, Julia.

—No he hecho nada.

—¿Que no has hecho nada? —le preguntó—. Tenerme preocupada.

—Es mi vida —contestó en un tono desafiante.

—Hola —dije mirando a mi hermano.

—Hola, Saúl —me contestó Carmen.

—Saúl, tenemos que hablar —me dijo mi hermano.

—Tú dirás, pero si es lo que pienso, mi respuesta es no.

—No puedes echarlo todo a perder por una cabezonería.

—Estoy cansado. Esto es una pérdida de tiempo.

—¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un estorbo?

—Yo no he dicho eso. He dicho que estoy cansado.

—Has dicho que esto es una pérdida de tiempo, y viene a ser lo mismo.

Vi el brillo de sus ojos antes de que se metiera en su dormitorio. Me sentí mal por ella. No quería que se sintiera así, pero que no cooperara me llevaba a los demonios.

—Voy a hablar con ella —dijo Carmen.

—Te has pasado, hermano.

—Tal vez, no lo sé, pero te juro que ahora mismo no le aguanto ni un suspiro.

—Te has enamorado.

—No. No me he enamorado.

—Tu cara no dice lo mismo. No te veía así desde aquella vez.

—Cállate. Aquella vez está muerta y enterrada.

—Nunca has hablado de ello.

—Ni lo haré.

Había cosas de mi vida que solo sabían mi madre y mi hermano, y no quería recordarlas. Juré que esa etapa quedaría enterrada para siempre, y no pensaba desenterrarla.

Estuve hablando con mi hermano de los pasos a seguir contra Sandro. Habían descubierto que no solo se dedicaba a la falsificación de cuadros, sino que también blanqueaba en sus empresas dinero procedente de la droga.

—Este tío tiene a mucha gente de su lado. Me preocupa que parte de la policía italiana le esté guardando las espaldas.

—¿Tienes en quién confiar? —le pregunté.

—Sí. También sabemos quién le baila el agua. Está todo controlado.

—Quiero tomarme unos días.

—No puedes hacer eso.

—Necesito unos días o me volveré loco. No puedo estar al lado de esa mujer.

—Te gusta, por mucho que lo quieras negar.

—Me saca de quicio, que no es lo mismo.

—Te gusta.

—¿Qué hay de Susana?

—Saúl, no hay nada. Te lo dije. Por eso no la he traído conmigo aún.

—Chicos —nos llamó Carmen—, no sé vosotros, pero yo me muero de hambre. Julia dice que pasa de cenar con este. —Me señaló con el dedo.

—Tranquila, que yo ya me marcho.

—De aquí no se va nadie. Bueno, sí: yo con tu hermano.

—¿Cómo que te vas?

—Pensaba contarlo en la cena. Nos gustamos y quiero conocerlo mejor. Yo me voy con él y tú te quedas con Julia.

—No, no, a mí no me podéis hacer eso. —Salió gritando del dormitorio—. Yo con este no me quedo sola.

—Mira, Julia —le dijo Carmen—, me he metido en líos por ti. No te lo estoy reprochando, sabes que lo haría mil veces, pero creo que me merezco poder estar con él.

—Tranquila, si no quieres estar conmigo bajo el mismo techo, no lo harás. Alejandro, puedes llamar a Susana y que se venga ya. Yo me voy.

—No puedes. Si te vas, él me encontrará.

No sabía cómo interpretar esas palabras. Esa mujer me había desestabilizado por completo.

Me quedé mirándola y vi cómo las lágrimas asomaban a sus ojos.

—No llores. Me quedaré, pero te pido, por favor, que hagas todo lo que yo te diga.

—De eso nada. Tú harás lo que yo te diga.

—Julia.

—Saúl.

—Madre mía, vaya dos —dijo Carmen sonriendo—. Que os den morcillas. Alejandro, vamos a cenar. Ya se sentarán cuando dejen de decir tonterías.

Capítulo 24



Julia

Cuando Carmen dijo que se marchaba con Alejandro y que yo me quedaba sola con Saúl, lo primero que sentí fue miedo.

Miedo de verdad.

No por estar con él, aunque me empeñara en hacerle creer lo contrario, sino por quedarme sin nadie más entre mi padre y yo. Porque, por mucho que me doliera reconocerlo, con Saúl me sentía a salvo.

Y eso me daba más rabia todavía.

Me había comportado como una cría, lo sabía. Había gritado, le había hablado mal, lo había provocado y había hecho justo lo que hacía siempre desde que salí del convento: atacar antes de que pudieran hacerme daño.

Pero joder, es que no sabía hacerlo de otra manera.

No tenía ni idea de cómo se trataba a un hombre que te gustaba tanto como para darte miedo. Mucho menos a uno que te había mentido y, aun así, seguía siendo la única persona a la que querías tener cerca.

Desde mi dormitorio escuché voces en el salón. Carmen seguía discutiendo con Alejandro, Alejandro intentaba calmarla y Saúl no decía nada. Eso era casi peor. Cuando él se callaba, el silencio pesaba más que cualquier grito.

Me senté en la cama y me pasé las manos por la cara.

Tenía que pedirle perdón.

O intentarlo, al menos.

Respiré hondo, salí del dormitorio y los encontré en la entrada. Carmen ya llevaba el bolso al hombro y Alejandro las llaves en la mano.

—Nos vamos —dijo ella al verme—. Y no pongas esa cara, porque no pienso cambiar de opinión.

—Carmen…

—No. Tú y yo hablaremos mañana. Hoy habla con él.

Miré a Saúl. Estaba apoyado junto a la pared, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa.

—No tenemos nada que hablar —dije, aunque sonó tan poco convincente que hasta yo me habría reído de mí misma.

—Pues entonces os sentáis en silencio y os miráis las caras —contestó Carmen—, pero nosotros nos vamos.

—No quiero quedarme sola con él.

—No estás sola, Julia. Estás con el único tío que lleva días partiéndose la cara para que no te pase nada.

Saúl bajó la mirada, pero no dijo nada.

Aquello me hizo sentir peor.

Carmen se acercó, me abrazó fuerte y me habló al oído:

—Deja de morder a quien intenta cuidarte, tonta. No todo el mundo quiere hacerte daño.

No pude contestar.

—Y tú —dijo señalando a Saúl—, cúrratelo un poquito más. Que tampoco estaría de más que dejaras claro lo que sientes antes de que esta cabeza loca se monte una película digna de premio.

—Carmen —la llamó Alejandro.

—Ya voy, pesado. Qué poca paciencia tenéis los hombres.

—Últimamente estás muy mandona —le dijo él.

—Y tú muy guapo, pero no te lo estoy diciendo todo el rato.

Alejandro soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Julia, cuídate —me dijo antes de salir—. Y no hagas ninguna tontería.

—Ya he cubierto el cupo por hoy.

—Por hoy y por media vida —murmuró Carmen.

Le lancé una mirada, pero no pude evitar que se me escapara una sonrisa.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el piso se quedó demasiado grande y silencioso.

Saúl y yo nos miramos durante unos segundos.

—No tienes que quedarte si no quieres —dije al fin.

—No me voy a ir.

—Pues no me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras cansado de mí.

Soltó una risa seca, sin ganas.

—Estoy cansado, Julia. Pero no de ti. Estoy cansado de pelear contigo para mantenerte viva.

Aquello me dio justo donde dolía y no supe qué decir.

Me fui a la cocina porque no podía quedarme quieta. Abrí la nevera y la volví a cerrar.

Tenerlo tan cerca iba a ser un peligro. Estaba deseando que me tocara, pero los nervios y el miedo de una primera vez en todo me frenaban.

Salí de la cocina con un solo pensamiento: besarlo. Quería sentir otra vez sus labios, pero no como el beso que me dio por la mañana. Quería uno de verdad, de esos de los que tanto hablaba Carmen, de los que te hacían estremecer.

Cuando salí de la cocina, me frené en seco. Todo lo que tenía en la cabeza se desvaneció al verlo en el sofá con los ojos cerrados. Se había quedado dormido.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó aún con los ojos cerrados.

—Pensé que estabas dormido.

—Ese es tu problema, Julia, que siempre estás pensando —dijo tocándose el puente de la nariz.

—Eso no es cierto.

—Sabes que sí lo es. ¿Por qué te has frenado cuando me has visto con los ojos cerrados?

—Ya te lo he dicho, pensé…

—Lo ves. Siempre piensas y te frenas. No te dejas llevar. Fíjate, yo en tu lugar habría salido y te habría preguntado: «¿Duermes?» Tú no. Tú has dado por hecho que lo hacía.

—Bueno, ya vale —le dije gritando—. Venía a decirte que lo siento, que me perdones por mis arrebatos, pero después de esta conversación, ni de coña.

—Ja, ja, ja. No venías a eso. Venías a algo totalmente distinto. Mientes muy mal, Julia.

—No miento. Te estoy diciendo la verdad.

—Venga, vale. Supongamos que te creo —dijo mientras se levantaba—. ¿Por qué crees que tengo que perdonarte?

—¿Por qué te estoy pidiendo que lo hagas?

—Una contestación con otra pregunta. Estás ocultando algo.

—No oculto nada. Mejor me voy a dormir.

Me di la vuelta, pero no me dio tiempo a dar el primer paso. Me agarró del brazo, me giró y me pegó a él.

—Dímelo, Julia. Tenemos que vivir juntos hasta que esto se arregle. Será mejor que nos llevemos bien —me dijo muy bajito en la oreja.

—Eres muy cansino, que lo sepas.

—Cansino es mi segundo nombre.

Solté una carcajada.

—No te rías de mi nombre —dijo con una sonrisa.

—Está bien, tú ganas. Solo quería que me dieras un beso, pero ya da igual. Suéltame.

—¿Un beso? ¿Solo uno? ¿Por qué debería besarte?

—¡Ay, deja ya de preguntar!

—Pues dime la verdad y no preguntaré más.

—Enséñame a besar.

—¿Cómo? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—¿Quieres dejar de preguntar? Sí, te lo estoy diciendo en serio. Nunca he besado de verdad, solo me he dado algún que otro piquito, y aquel día, cuando me besaste…

—Julia, si te beso, no podré parar. Querré más, mucho más.

—Si me besas, te daré mucho más.

—Julia… no sabes lo que dices.

—Por favor, Saúl. Tengo veinticuatro años. Quiero saber qué se siente con todas esas cosas.

Me miró acariciándome una mejilla. Ese simple gesto hizo que me estremeciera.

—Esto no funciona así, Julia.

—Pues haz que funcione, maldita sea.

Me besó. Primero fue un beso corto, suave, lento. No podía apartar mis ojos de los suyos.

Al separarse, suspiré, cosa que hizo que riera. Me cogió de la mano y me llevó a la habitación.

—No quiero que tu primera vez en todo sea en un sofá.

—No me habría importado.

—Créeme, sí te habría importado. Y ahora cállate de una vez.

Me quitó la ropa mientras seguía besándome. Cuando me dejó en ropa interior, se separó de mí para mirarme de arriba abajo.

—Eres preciosa —me dijo acercándose.

Volvió a besarme. Mientras nuestras lenguas se encontraban, él fue desabrochándome el sujetador y llevándome hacia la cama.

Besó todo mi cuerpo. Sus manos lo recorrieron despacio, y mi piel reaccionaba a cada caricia, a cada beso.

—Saúl, quiero que…

—Shh, no tengas prisa. Este es un momento que recordarás toda tu vida.

Iba a contestar, pero me tapó la boca con otro beso. Noté cómo una de sus manos bajaba hacia mis partes íntimas.

—Mira cómo estás. —Pasó dos dedos por mi humedad y acto seguido los llevó a mi boca—. Ahora me toca a mí saborearte.

Fue bajando hasta llegar a mi vulva. Lamió, succionó, mientras metía dos dedos dentro de mí. Seguía lamiendo y moviéndolos cada vez más deprisa, hasta que noté cómo el orgasmo me atravesaba entera.

No esperó. Me abrió de piernas y, muy suavemente, fue penetrándome poco a poco.

—Esto dolerá un poquito —me dijo—, pero se pasará rápido.

—Eso espero, aunque con lo que tienes ahí colgando no sé yo.

Reímos.

Fue despacio hasta que noté ese dolor del que toda mujer hablaba. Se quedó quieto, mirándome.

—¿Bien? —preguntó dándome un beso.

—Bien.

Empezó a moverse, primero con cuidado y después cada vez con más intensidad. Me manejaba como si supiera exactamente lo que necesitaba, y no me importó, porque estaba haciendo que sintiera cosas que jamás imaginé.

Cada vez me embestía con más fuerza, haciéndome gritar mientras volvía a correrme. Él no duró mucho más. Cuando notó que iba a correrse, salió de mí para vaciarse en mi barriga.

—Lo siento —me dijo—. No tengo condones.

—No lo sientas —le dije mojando un dedo en su semen para llevarlo a mi boca—. Mmm, me gusta —le dije relamiéndome.

—Joder, Julia, no hagas eso.

—¿Por qué? Está bueno.

Soltó una carcajada mientras me llevaba a la ducha.

Capítulo 25



Saúl

Tenerla en mis brazos había sido una puta pasada. La locura más grande que había hecho en mi vida, pero de la que no iba a arrepentirme jamás.

Estábamos en la ducha cuando cogió mi miembro con la mano. Al principio me quedé quieto. No me lo esperaba viniendo de ella.

—Si sigues así, volverás a activarlo.

—¿Y quién te ha dicho que no es lo que quiero?

Se puso de rodillas y la observé sorprendido, porque estaba viendo perfectamente lo que iba a hacer.

—Te dije que me lo enseñaras todo. —La miré divertido—. Tranquilo, no te morderé. Bueno, eso creo.

—Más te vale, nena, si no tendríamos un problema.

Problema, ninguno. La fui guiando, no ya como a mí me gustaba, sino como tenía que hacerlo. Lo lamió de arriba abajo sin apartar la mirada de mí.

Se lo fue metiendo poco a poco. No llegaba ni a la mitad, pero no me importó. Era su primera vez y no solo debía acostumbrarse a mi tamaño, sino también a tenerlo en la boca.

No la dejé mucho tiempo. No es que no me gustara, es que no quería terminar en su boca, al menos por el momento. La puse de espaldas a mí, con las manos apoyadas en la pared.

—¿Aquí? —me preguntó mirándome por encima del hombro.

—Es un sitio más que adecuado.

No volvió a salir una palabra de su boca, pero sí sus suspiros y sus jadeos. Jadeos que me estaban volviendo loco cada vez que la penetraba.

Después de dejarla exhausta, la lavé con tanta delicadeza que me sorprendió lo que me dijo.

—¿Así te lavas tú? Pues anda que no eres lento.

No pude reprimir la carcajada que solté, tanto que me propinó un golpe en el brazo.

—Auch, eso ha dolido —le dije haciéndome el ofendido.

—Te aguantas. Eso es por quedarte conmigo.

Después de secarnos mutuamente, nos fuimos a la cama. Se quedó sorprendida cuando no salí del cuarto.

—¿Te quedas?

—¿Quieres que me vaya?

—No, quiero que te quedes.

—Pues entonces me quedo.

Nos metimos en la cama y la abracé por detrás.

—Buenas noches, Saúl —me dijo sin volverse—. Gracias por lo que ha pasado.

—No me las des, preciosa. Ha sido un placer.

—Saúl… Siento de verdad todo lo que te haya podido hacer.

—Shh, duerme. Ya hablaremos de eso.

Noté cómo se acurrucaba más contra mí. Su respiración se iba relajando cada vez más, mientras que yo no podía hacerlo. Había traspasado una regla. La más importante de todas: acostarme con ella.

No me arrepentía. Al contrario. Había disfrutado de su cuerpo, de cada centímetro de su piel, y eso ni su padre ni nadie me lo iba a quitar.

No tenía por qué enterarse, como tampoco debería enterarse de que la había encontrado. No, de momento. Esperaría a que pasara más tiempo y pudiéramos pensar qué hacer.

Cerré los ojos. No porque fuera a dormirme de inmediato, sino porque necesitaba desconectar, y era la única forma que tenía de hacerlo. Pero, como me solía pasar siempre, al final acabé quedándome dormido.

Noté, sin abrir los ojos, que me estaba observando. Y, de vez en cuando, soltaba una risilla floja.

—¿Me dices qué es lo que encuentras tan divertido? Lo digo para reírme yo también.

—No sé de qué me hablas. Estaría soñando.

Abrí los ojos y me la encontré mirándome con una sonrisa preciosa, una que no le había visto nunca desde que la conocí.

—Tienes una sonrisa muy bonita.

—Gracias… Saúl, quiero conocer a mi padre y a mi abuela. ¿Me llevarás?

—Si eso es lo que quieres, te aseguro que lo haré.

—¿Y mi padre?

—¿Cuál de ellos? —le pregunté, quitándole hierro al asunto.

—No te hagas el tonto. Lo sabes perfectamente.

—No te preocupes por eso ahora. Llamaré a Fabio para saber si puede verte hoy.

—Gracias por lo que estás haciendo por mí… aun sabiendo lo que te puede pasar.

—Julia, no pienso en lo que me pueda pasar a mí. Pienso en lo que te pueda pasar a ti.

—Pero eso no sería justo. Cuando conozca a mi padre, quiero ir a hablar con Sandro.

—Estás loca si piensas que te voy a dejar ir donde ese hombre —le dije cabreado—. Jugaste muy bien tus cartas cuando te atreviste a verlo, pero esta vez no.

—No me lo puedes impedir. No quiero estar toda mi vida de un lado para otro.

—Lo entiendo, pero ya he dicho mi última palabra.

—Ya lo veremos.

—Te voy a decir una cosa y recuérdala bien: como llegues a ir a ver a tu padre, no te vuelvo a mirar a la cara. Tú misma.

Me levanté de la cama y salí de la habitación, dejándola sola. Fui a la cocina y puse la cafetera. Necesitaba café en vena a la velocidad del viento.

Aún no se había enterado de lo peligroso que era Sandro. Aún no se había dado cuenta de todo el daño que podía hacerle, al igual que se lo estaba haciendo a su madre.

—Saúl, ponte en mi lugar —me dijo abrazándome por la cintura.

—Eres tú la que tiene que hacerlo. Porque créeme que yo me pongo, y por eso no quiero que vayas.

—Sé cómo puedo ablandarle el corazón.

—No, no lo sabes. Si de verdad lo supieras, no te pondrías en peligro. Anda, desayuna; mientras, voy a hacer una llamada —le dije poniendo un plato con dos tostadas y el café.

Salí de la cocina con mi taza en la mano. Se me había cerrado el estómago y, de momento, no me entraba nada sólido. Marqué el número de Fabio por si podía vernos esa misma mañana.

Ya iba a colgar cuando escuché una voz al otro lado.

—¿Dígame?

—¿Fabio Bianchi?

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Soy Saúl, estuvimos hablando…

Ni tiempo me dio a terminar la frase cuando me contestó.

—Sí, claro, sé quién eres. ¿Quiere verme?

—Sí, para eso te llamaba. Para saber cuándo te vendría bien que os conocierais.

—Hoy, a la hora de la comida. Iré preparando a mi madre, a ver si no le da un infarto.

—Está bien. A las dos estaremos allí.

No hubo más palabras porque le colgué. Era un vicio que tenía con mi hermano y al final caía todo el mundo.

Volví a la cocina y tiré el móvil sobre la mesa de cualquier manera.

—Cómo se nota que tienes dinero para comprarte otro —dijo Julia.

Sonreí ante esas palabras.

—Arréglate, nos vamos a la ciudad. Y no tardes mucho. Antes tengo que hacer unos recados.

No le di oportunidad de hablar. Me había cabreado, y mucho. Ya me extrañaba que el día fuera medianamente bien.

Subí a ducharme, dejándola sola en la cocina. Me tuve que reír cuando la escuché murmurar:

—Será cretino…

Mientras me duchaba, pensé en todo lo que había pasado. Tenerla en mis brazos había sido una puta locura. Lo receptiva que era. La manera de mirarme cuando la penetraba.

—Oye, Saúl —escuché que me llamaba—, me estaba preguntando si me puedo duchar contigo o tengo que hacerlo sola.

Me quedé quieto por un momento. No pensé que fuera a pedirme una ducha juntos.

—No sé, inténtalo, pero si entras en esta ducha, no respondo de lo que pueda pasar.

—Como si eso me importara.

Solté una carcajada.

—No te rías, cretino.

—Es la segunda vez que me llamas cretino en menos de media hora.

—Eso es por enfadarte conmigo. Ven, que te voy a lavar este cuerpazo que tienes.

Se echó gel en las manos y enjabonó mis brazos. No se entretuvo mucho, porque de ahí saltó a mi cintura y siguió bajando. Arqueé una ceja mirándola.

—¿Qué? ¿No te estoy lavando bien?

Iba a contestar cuando agarró mi miembro.

—Veo que quieres jugar —no le pregunté, se lo dije afirmándolo.

—Quizá. Un poquito. Pero solo un poquito.

Le quité la mano y la puse contra la pared. Separé sus piernas y levanté sus brazos, acariciándolos de arriba abajo.

—Umm, cómo me gusta que me hagas eso.

—Pues verás cuando te meta esto —le dije frotando mi miembro contra ella mientras le metía dos dedos.

—Joder, lo que me estaba perdiendo por culpa de un desgraciado.

—Si dejas de pensar en eso, te prometo enseñarte muchas más cosas.

Noté cómo separaba más las piernas y empujaba hacia mi miembro. No teníamos mucho tiempo. La agarré de las caderas y, sin esperarlo, la penetré de una vez.

—Madre mía, chico, un poco más y atravieso la pared.

—Ja, ja, ja. Céntrate, anda, que no tenemos mucho tiempo.

No pensé que fuera ella quien me buscara a mí en vez de ser yo quien fuera a por ella, pero no me importó. Necesitaba que se sintiera libre conmigo, que confiara en su cuerpo y en lo que estaba empezando a descubrir.

Después de tener un encuentro corto pero intenso, nos duchamos mutuamente. Se pasó todo el tiempo riendo. Había descubierto las zonas donde tenía cosquillas.

La envolví en una toalla, yo hice lo mismo y le pedí que se apresurara en vestirse.

Capítulo 26



Julia

—No tardo nada en arreglarme, lo prometo —le dije saliendo del baño.

Lo había cabreado, y mucho. Sabía que la idea de ir a ver a mi padre, bueno, a Sandro, no le había gustado un pelo, pero tenía que hablar con él seriamente.

Estaba nerviosa por conocer a mi verdadero padre, pero sobre todo a mi abuela. Nunca tuve una, porque a los míos no los conocía.

Había decidido que, en el momento en que conociera a mi verdadero padre, dejaría de llamar padre a Sandro. No se merecía ese título, aunque hubo un tiempo en el que sí.

A veces pensaba que, si Leo no hubiera muerto, todo seguiría igual. Nunca le pregunté por qué cambió tanto con la muerte de mi hermano.

—Julia, espabila, que te quedas aquí —gritó Saúl desde el salón.

—Ya voy. Y no me grites, que no soy sorda. Te recuerdo que estamos a una puerta el uno del otro.

—Venga ya, mujer, que no vamos de boda.

—Ya voy, pesado —le dije saliendo de la habitación.

Me miró y le sonreí. Estaba guapo hasta enfadado.

—Cuando se te pase el enfado, me avisas.

Cogió las llaves del coche y me dejó parada en medio del salón. Me encogí de hombros y fui detrás de él.

El camino se me hizo larguísimo, no solo por las ganas de conocer a mi padre y a mi abuela, sino también por ese silencio tan incómodo que había dentro del coche.

Cada vez quedaba menos, y yo no paraba de moverme, nerviosa perdida.

—Como sigas así, me vas a gastar el asiento.

—Hombre, me gustaría más gastarte otra cosa, pero vamos, aunque quisiera, no creo que pudiera.

—Mira si la monjita me salió graciosa.

—No me llames así, cura de pacotilla.

—Eso es para que veas lo bien que sienta que te llamen lo que no eres.

Iba a contestarle, pero le sonó el teléfono.

—Dime, Ana. Estás en manos libres y Julia está conmigo.

—Oh, hola, Julia. ¿Cómo estás?

—Bien. O todo lo bien que se puede estar cuando una se entera de que media vida ha sido una mentira.

Hubo un silencio incómodo al otro lado de la línea.

—No te voy a perdonar que te fueras sin despedirte de mí —dijo Ana.

—Y yo no sé si podré perdonarte que supieras cosas y no me dijeras nada. Así que estamos en paz.

—Ana, mejor te llamo en otro momento —intervino Saúl.

—Sí, creo que será lo mejor. Adiós, Julia. Me ha gustado escucharte.

—Adiós, Ana. Que te vaya bien.

Colgó la llamada, y a mí me entraron los siete males.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó Saúl.

—No sé de qué me hablas —le respondí mirando por la ventana.

—No te hagas la tonta conmigo. Sinceramente, me gustabas más cuando estabas en el convento. Ahora te miro y no te conozco.

—Con que conozcas a Ana, tienes más que suficiente.

Fue decirle eso y soltar una carcajada.

—No sé dónde le ves la gracia.

—No tienes ni puta idea.

—Ni falta que me hace. Total, para el tiempo que voy a estar aquí…

—¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho?

—Que si falta mucho.

—No juegues conmigo, Julia. Te lo advierto.

Iba a contestarle cuando vi que aparcaba el coche delante de una casa.

—Ya te puedes bajar. Hemos llegado.

—¿Viven aquí? —asintió con la cabeza.

Me sorprendió ver aquella casa. Yo la había visto antes, pero no recordaba cuándo.

—¿A qué esperas? —me preguntó Saúl.

—Yo he estado en esta casa —le contesté.

—¿Qué estás diciendo?

—Vaya, mentiroso y sordo.

—No te pases y date prisa.

Fui caminando detrás de él, porque ni siquiera esperó a que me pusiera a su altura. Vi cómo salía un hombre y, a su lado, una mujer con el pelo blanco.

—¡Por fin! —exclamó la mujer—. Qué ganas tenía de que llegarais. Se me estaba haciendo la mañana larguísima.

—Buenos días, Eleonora. Ya estamos aquí.

—Eres igual que ella —me dijo la mujer acercándose a mí—. No sabes cómo la echo de menos.

Me abrazó.

—Mamá, no la agobies. Ya tendrás tiempo.

—Hola, Julia. Soy Fabio, tu padre.

Por un momento pensé que iba a decirme: «Hola, yo soy tu padre», y tuve que aguantarme las ganas de reír.

—Hola. Bueno, eso dicen, que soy tu hija.

—Lo eres, mi niña, pero no quiero que te sientas presionada. Todo lo contrario. Me gustaría que nos conociéramos y que algún día pudieras llamarme papá.

Madre mía, me lo dijo con tanta pena que se me partió el alma.

—¿Yo he estado antes aquí? —le pregunté mirando alrededor.

—Muchas veces, hija. Aquí tenía mi consulta privada y tu madre te traía.

—¿A Leo no lo trajo nunca?

—Leo solo estuvo un par de veces.

—Bueno, dejaos de charlas y vamos dentro —nos dijo Eleonora.

Me cogió del brazo y entramos las primeras.

—Tenía muchas ganas de conocerte. Nunca tuvimos la oportunidad, ni tu difunto abuelo ni yo.

—¿No estabas aquí cuando yo venía? —le pregunté mientras andábamos.

—No, hija. Yo vine a vivir con tu padre cuando tu abuelo murió.

No sabía qué decirle a esa pobre mujer. Se veía muy cariñosa y atenta. Entramos en un salón demasiado grande, con muebles muy oscuros para mi gusto. En un rincón había un piano de cola.

—¿Tocas el piano? —pregunté pasando una mano por él.

—No, hija, yo no tengo esa habilidad.

—Ese piano lo tocaba tu madre cuando venía a verme.

Me quedé mirándolo. ¿Cómo que lo tocaba mi madre?

—No estoy entendiendo nada.

—Creo que lo mejor será que nos sentemos y te lo cuente todo.

—Yo me marcho —nos dijo Saúl.

—Hijo, pero si tú también estás invitado.

—Gracias, Eleonora, pero prefiero que estéis solos los tres. De todas maneras, tengo algo que resolver.

—Pues nada, pásatelo bien —le dije con sorna—. Venga, sentémonos y me cuentas.

Vi cómo Saúl salía del salón con los puños apretados.

—¿Te pasa algo con ese hombre, hija? —me preguntó mi padre.

—No, nada. Él es así.

—Hijo, esta muchacha miente tan mal como lo hacías tú.

—Mamá, no empieces, por favor. No hagas caso a tu abuela.

Nos sentamos en el sofá. Entró una mujer con una bandeja y unos refrescos, y los dejó sobre una mesa pequeña.

—Hija, esto que te voy a contar es algo muy doloroso para mí. Yo conocí a tu madre cuando éramos unos críos. Íbamos al mismo colegio, lo hacíamos todo juntos, hasta que tu abuelo nos separó. Después de aquello no volví a saber de ella.

—¿Cómo va a ser? Mi madre estaba muy enamorada de mi padre, tanto que está ciega y no ve.

—Te equivocas, hija. No te digo que al principio no lo estuviera. Sandro era un hombre muy guapo, pero llegó un momento en que ese amor se fue apagando y solo quedó el cariño.

—Ja, ja, ja.

No sé por qué me reí, pero me salió así.

—Esto que me estás contando es mentira.

—No, hija, no miente. Sigue escuchando —me dijo mi abuela—. Mi hijo es el que más ha sufrido en toda esta historia.

—Mamá, no digas eso.

—Lo siento, hijo, pero es la verdad.

—Sigo contándote —dijo Fabio—. Hubo un tiempo en que se llevaban fatal. Discutían por cualquier cosa, y en una de esas discusiones Sandro le dio una paliza. Estuvieron a punto de separarse.

—Mi padre nunca le puso una mano encima. Eso es mentira. ¿Y cuándo entras tú en la ecuación? ¿No dices que os separaron?

—Un día Leo enfermó. Coincidió que yo estaba de guardia y lo atendí. A partir de ahí, tu madre y yo volvimos a vernos de vez en cuando, pero después de otra de las peleas que tuvieron, empezamos a hacerlo más seguido.

—Ahí fue cuando se quedó embarazada de mí.

—Sí, hija. Quiso separarse, pero Sandro la amenazó con Leo.

—No sé cómo tomarme todo esto, la verdad.

—De momento, comiendo —intervino Eleonora—. Venga, vamos a la mesa, que he hecho una musaka de berenjenas que está para chuparse los dedos.

Sinceramente, no me apetecía quedarme. No porque no estuviera cómoda, sino porque me sentía rara. Mi padre era un hombre muy guapo: alto, de pelo castaño y rizado, ojos marrones… No me extrañaba que mi madre se hubiera enamorado de él.

Nos sentamos a la mesa. La musaka, la verdad, tenía muy buena pinta, pero a mí casi se me había quitado el hambre. Hay veces en la vida en que es mejor no saber las cosas, pero otras son necesarias por la salud mental de una misma.

Mientras comíamos, mi abuela estuvo hablándome del abuelo, de mi padre cuando era pequeño, de la adolescencia que tuvo y de su paso por la universidad; de cómo lo seguían las chicas y a ninguna hacía caso.

—¿Nunca te has casado?

—No, nunca. He tenido alguna novia, pero siempre se quedaba en eso.

—Porque nunca te duraban más de un mes, hijo. No sé lo que les hacías.

—Mamá, no empieces. Sabes perfectamente por qué era.

Me quedé mirándolo con el tenedor a medio camino de mi boca.

—Pero yo no lo sé, aunque lo intuyo.

—Pues por eso —dijo él—. Pero cuéntame de ti. Qué haces, qué has estudiado, si tienes novio…

Cuando dijo eso, solté una carcajada.

—Perdón, no quería reírme.

Capítulo 27



Julia

No quería reírme cuando me preguntó por mi vida, pero ¿cómo contaba que había estado media vida encerrada en un convento por el hombre que creía que era mi padre? No, ni de coña.

—Yo he llevado una vida muy aburrida. Mejor hablamos de otra cosa.

—No, hija, quiero saber de ti.

—Pues confórmate con que he vivido una vida muy aburrida, o interesante, según se mire y para quién.

—Bueno, cuando tú te sientas preparada, nos cuentas lo que quieras.

—Necesito ir al baño —dije levantándome.

—Al fondo del pasillo. Perdona, hija, al final no te he enseñado la casa con tanta charla.

—Después me la enseñas, abuela.

No pensaba volver a la mesa. De hecho, no pensaba ni ir al baño. Me iba de allí. Tenía que averiguar si la historia que me habían contado era verdad o si era otra mentira más que añadir a mi vida.

Salí de esa casa escuchando cómo Eleonora decía que ya podía morirse a gusto, puesto que me había conocido.

En parte me dio mucha pena. Ella no tenía la culpa de nada. Era cierto que la llamaba abuela, pero no porque me saliera, sino porque se veía tan cariñosa y con tantas ganas de escuchar esa palabra que decidí complacerla.

Sobre mi padre… no sé. Había algo que no me terminaba de convencer y, para eso, tenía que ir a ver a la única persona que podía contarme la verdad.

Sabía que me la estaba jugando. También sabía que Saúl terminaría por odiarme, pero tenía que hacer lo que tenía en mente.

Corrí hasta que empezó a dolerme el costado. Siguiente propósito: ponerme a hacer ejercicio. Paré un taxi que pasaba, subí y le di la dirección.

Llevaba diez minutos en el taxi cuando me entró una llamada. Al ver el nombre en la pantalla no la cogí. Era él. Saúl. Sí que se había dado prisa en hacer lo que tuviera que hacer, o tal vez mi padre lo había llamado.

La estaba cagando, y mucho, pero tenía que averiguar qué coño estaba pasando en mi vida. No sabía a quién creer. En ese momento me sentía como si no fuera de nadie.

Me bajé del taxi y me quedé parada un momento mirando la fachada. Entonces, toda la valentía que tenía se esfumó de un soplido.

—Diosito, échame una mano —dije en voz alta mirando al cielo, aun sin ser muy creyente.

Llamé a la puerta. Estaba temblando como un flan, pero joder, es que estaba cagada de miedo. Me estaba metiendo en la boca del lobo y, esta vez, no sabía si iba a salir de ella.

Me abrió la puerta una mujer a la que no había visto nunca. La eché a un lado y entré sin decir nada.

—Señorita, no puede entrar así —me gritó la mujer.

—Ya creo que sí puedo, y las veces que quiera.

—Pero mira a quién tenemos aquí, la palomita que ha venido solita al palomar.

—Suéltame ahora mismo, Antón. Más te valdría ducharte, que apestas a perro muerto.

—Mira, niñita, te vas a tragar tus palabras.

—Ya la has oído, Antón. Suéltala —le dijo mi padre.

—Me dijiste que sería para mí la próxima vez que me encontrara con ella.

—Eso después. Ahora suéltala. Tú, ven conmigo.

Antón me miró con muy mala cara y yo le saqué la lengua, riéndome.

Subimos las escaleras y entramos en mi habitación.

—¿Ya te has cansado de ir de un lado a otro? —me preguntó.

—No —le respondí—. De lo que estoy cansada es de tanto engaño. Quiero la verdad.

—Veo que ya has conocido a tu verdadero padre.

—¿Por eso me odias? ¿Porque no soy tu hija?

—Otra vez con la misma cantinela. Ahora no puedo hablar, tengo negocios que resolver. De momento, te quedas aquí.

—Entonces ya vendré otro día.

—No, tú ya no sales de aquí. Al menos, de momento.

—Si no vuelvo…

—Ja, ja, ja. Esta vez no me la das, muchacha. Ya sé que la otra vez te tiraste un farol.

—¿Cómo lo has sabido?

—Ya te enterarás. Dame tu móvil.

—No lo tengo conmigo. Lo dejé en el coche de Saúl.

—Me estás mintiendo.

—Yo no soy como tú.

—Por tu bien espero que así sea.

—¿Por qué me habéis hecho tanto daño? Tú no eras así.

—Y dale.

—¿Es cierto que tus negocios son sucios?

—Eso a ti no te importa. Pero sí, desde que era muy joven.

—Pero vienes de una familia rica. ¿Tanta falta te hacía?

—Eso a ti no te importa, niña. Ya te he contado demasiado.

—Me lo debes, papá.

—No me llames así. Yo no soy tu padre.

—Sí lo eres. —Fui hacia la ventana—. Tú eres el que me ha criado. ¿Ya no te acuerdas de cuando me contabas cuentos antes de dormir? ¿O de cómo jugabas conmigo y con mi hermano?

—No lo nombres. Él sí era mi hijo.

—¿Qué fue lo que pasó, papá? Necesito saber la historia completa. Necesito entenderte.

—Todo lo hice por tu abuelo, pero, sobre todo, por tu madre.

Me quedé en silencio.

—Yo siempre amé a tu madre, pero ella se fijó en ese medicucho. Mi padre era amigo de tu abuelo y lo convenció para concertar el matrimonio entre nosotros.

—¿Cómo lo convenció?

Suspiró y se sentó en la cama.

—Tu abuelo tenía una imprenta. No iba muy bien que digamos en aquel entonces. Mi padre le ofreció ayuda a cambio de que se uniera a él en sus negocios.

—¿Qué negocios?

—Estás muy preguntona, pero como no vas a salir de aquí, te lo contaré todo. Mi padre se dedicaba al tráfico de drogas y a la falsificación de cuadros. Necesitaba una empresa que le sirviera de tapadera, y la imprenta de tu abuelo le vino de perlas.

»Yo, en un principio, no quería que fuera así —continuó—. Quería que tu madre me amara, no que me odiara.

—Ella te quería, y mucho. Siempre nos lo decía a Leo y a mí.

—Pero no al principio. Me costó mucho que me amara y no que me odiara. Y hasta aquí llegó la conversación.

Salió de la habitación dando un portazo y cerrando con llave.

Ahora sí que me había metido en un buen lío. Cuando se enterara de que el móvil no estaba en el coche, se iba a cabrear, pero bien.

Me eché en la cama, limpiándome las lágrimas. De momento no usaría el móvil. Ya tendría tiempo para hacerlo. Ahora tenía que asimilar todo lo que me había contado y saber qué hacer con ello.

¿Por qué no podía tener una vida normal como cualquier chica de mi edad? Esa pregunta me la hacía muy a menudo. Ojalá, al menos, hubiera tenido una familia normal.

Pensé en mi madre, en cómo se había callado tantas cosas, en no haberme contado mi historia. Pero lo que más me dolía era que me hubiera dado la espalda.

Escuché voces al otro lado de la puerta. Una era de Antón; la otra no la conocía. Me acerqué para ver si podía escuchar lo que hablaban.

—Tenemos que quitarlo de en medio cuanto antes —decía la voz desconocida—. Mi jefe se está cansando ya.

—Pues tendrá que aguantar un poco más. Aún no podemos. Yo no me he tirado tantos años siendo su mano derecha para ahora echarlo todo a perder.

—A mí no me lo digas, díselo al jefe. Al menos dame algo: a su mujer o a su hija.

—Ni se te ocurra tocar a la hija. Con la mujer puedes hacer lo que quieras.

—Mañana voy a España a recoger mercancía. Quizá le haga una visita.

—Haz lo que quieras, y ahora vete antes de que te vea alguien.

—Has tenido mucha suerte, cabrón. Te has metido por la puerta grande.

Silencio.

Así se quedó el otro lado de la puerta, y yo apoyada en ella. No podía moverme después de lo que había escuchado.

¿Mi madre estaba en peligro? ¿Querían matar a mi padre? Madre mía, ¿qué coño estaba pasando?

Fui corriendo hacia la ventana para ver si veía salir a alguien de la casa, pero, cuando quise asomarme, ya se estaba montando en el coche. Maldije por no haberlo hecho antes.

Sentí la cerradura de la puerta. Pensé que era mi padre, pero él no estaba en la casa. Quizá fuera la mujer que me había abierto con algo de comer, pero me equivoqué. Era la persona que menos esperaba.

—¿Qué haces tú aquí?

El que había entrado por la puerta no era otro que Antón.

—Vengo a por lo que es mío.

—Pues lo siento, pero te has equivocado de cuarto. Aquí no hay nada tuyo.

—Muy graciosa, pero lo que vengo a buscar está aquí.

Se abalanzó sobre mí, haciéndome caer en la cama, y se puso encima.

—Suéltame. Quita tus sucias manos de mí ahora mismo o grito.

—Grita todo lo que quieras. No hay nadie que pueda ayudarte.

—Que me sueltes. Como se te ocurra tocarme, cuando venga mi padre, te matará, que lo sepas.

Soltó una carcajada.

—Ya la has oído. Suéltala ahora mismo o te pego un tiro.

—Saúl, no te metas en lo que no te importa.

Capítulo 28

Julia

—Que la sueltes. De ti depende seguir respirando. Sabes que, como llegue a oídos de su padre, eres hombre muerto —le dijo con una pistola en una mano y el móvil en la otra.

—Eres un hijo de puta. Eres hombre muerto, Espósito.

Salió de la habitación maldiciendo hasta en arameo.

—Gracias, Saúl. Si no llegas a venir, no sé qué habría sido de mí.

—Julia, eres una inconsciente. Haces lo que te da la gana. Estoy harto de tus tonterías. No solo te pones tú en peligro, sino que nos pones a los demás.

—Lo siento, de verdad que sí. No volverá a pasar, te lo prometo.

—Desde luego que no volverá a pasar. Me marcho a España.

—¿Cómo que te marchas? No puedes hacerlo. Mi padre no lo consentirá.

—Se acabó, Julia. No puedo más.

—No me puedes dejar sola.

—Lo siento, de verdad que sí, pero es lo que has conseguido con tus tonterías.

—Te quiero, Saúl.

Me miró con cara de sorpresa.

—No, no me quieres. No te quieres ni a ti misma.

—Saúl…

—Esperaré a que venga Sandro y me marcharé.

—Te vas con ella, ¿verdad? Y no, no hace falta que te quedes —le dije cabreada.

—No tengo por qué decirte nada, Julia.

—Saúl, por favor.

—Lo siento, Julia. Al final has conseguido lo que querías: que me alejara de ti.

—Me equivoqué. Te quiero y quiero que estés cerca de mí.

Salió de mi dormitorio sin mirar atrás. Vi en su rostro la pena. Lo había decepcionado. Me sentía mal. Me había dado cuenta de lo que me decía Carmen: esa no era yo. Desde que había salido del convento me había vuelto otra persona.

Vi cómo hablaba por teléfono en el pasillo. Se dio la vuelta y me miró. Estaba serio; nunca le había visto esa expresión en la cara.

Lo había perdido. Yo misma lo había echado de mi lado, y eso no me lo iba a perdonar en la vida.

Cerré la puerta de mi dormitorio y me metí en la cama. No quería saber nada de nadie. Ni siquiera podía llorar. Me quedé como en *shock*.

No sé en qué momento me quedé dormida, pero cuando abrí los ojos estaba todo oscuro. Encendí la lamparita y miré la hora: las tres de la mañana.

Me levanté para bajar a la cocina. Tenía que comer algo o sería incapaz de volver a dormirme.

Vi una luz en el salón. Me acerqué muy despacio y encontré a Antón dormido en el sofá, con una botella en el suelo. Seguí caminando sin hacer ruido. No quería despertarlo por nada del mundo.

Entré en la cocina, abrí el frigorífico, cogí dos yogures y, a la salida, dos plátanos. Eso me bastaría hasta por la mañana.

Subí sin hacer ruido, entré en mi habitación, cerré por dentro y me senté en la terraza.

Pensé en él, en Saúl. No se merecía el daño que le había hecho. Había perdido al único hombre que se había preocupado por mí, aunque al principio me hubiera engañado.

Había decidido hablar con mi padre en cuanto regresara. No quería seguir en esa casa, como tampoco quería verle la cara al que tenía por hombre de confianza. Bueno, en realidad, no quería ver a nadie de los que estaban allí.

Después de comerme lo que me había subido, entré en el cuarto de baño para darme una ducha y me volví a meter en la cama.

No volví a dormir en condiciones. Incluso me desperté sobresaltada; juraría que había escuchado la puerta. Me levanté, cogí la mesita de noche y la coloqué contra la puerta. Saber que estaba sola con ese hombre hacía que se me pusieran los pelos como escarpias, y no precisamente del gusto.

Ahora sí podía dormir tranquila. El que quisiera entrar tendría que tirar la puerta abajo.

Me dormí pensando en mi abuela y en mi padre. Seguramente estarían dolidos por haberme ido de esa manera.

Sentí que llamaban a la puerta. Las voces me llegaban muy lejanas.

—Julia, abre la maldita puerta. No puedes estar encerrada los días que tu padre no esté.

Era Antón. Ese hombre no se iba a cansar hasta conseguir lo que quería de mí.

—No pienso abrir. Voy a llamar ahora mismo a mi padre.

—Tu padre no te hará caso. Sabes que, le digas lo que le digas, no te creerá.

—Eso está por ver. Eres el tío más asqueroso que me he encontrado en mi vida. Hueles fatal; no quiero ni imaginar cómo te tiene que oler lo demás.

—Ja, ja, ja. No tardarás mucho en hacerlo.

—Sigue soñando, guarro.

No quería hacerlo, pero tenía que ganar tiempo. Pensaba irme de esa casa. Ya encontraría la manera de hacerlo.

Marqué el número de Sandro. Tenía que ayudarme.

—¿No decías que no tenías teléfono? —fue lo primero que preguntó.

—Te mentí, pero, al lado de las tuyas, mi mentira no es ni medio suspiro.

—¿Qué quieres, Julia? Tengo cosas más importantes que hacer que escuchar tus tonterías.

—Tú sigue con tus negocios de mierda mientras tu mano derecha intenta abusar de tu hija.

—No te hará nada. Saúl no lo permitirá.

—Saúl no está. Se fue ayer por la tarde.

—¿Cómo que se fue?

—Es una larga historia que no puedo contarte ahora. Y, si alguna vez me has querido, deja que me vaya, por favor. No diré nada de tus negocios ni de lo que sea que haces.

—¿Qué sabes tú?

—Todo. Lo sé todo. Más de lo que imaginas. Lo tenías todo: una familia, una empresa que te generaba bastantes ingresos, pero preferiste mancharte las manos con la droga y las falsificaciones de cuadros.

—No es lo que parece.

—Si tú lo dices…

—Está bien. Lo llamaré y le diré que venga donde estoy, pero te lo advierto, Julia: ni se te ocurra salir de la casa.

—No lo haré —le dije antes de colgar.

Sentí cómo sonaba el teléfono de Antón y cómo contestaba a regañadientes. Después llamó a una tal Rosa para que me vigilara.

Tenía que darme prisa. Me asomé a la terraza y vi cómo Antón se montaba en el coche y salía a gran velocidad.

Cogí una mochila que tenía en el armario de cuando estaba en el instituto, saqué los libros que aún había dentro y metí algo de ropa.

Estaba segura de que no me costaría salir de la casa, pero no tenía la documentación encima. Tendría que ir a Sorrento a por ella y solo había una persona que podía ayudarme, como tantas otras veces.

Marqué el número de Carmen. Esperaba tener suerte y que no tardara mucho en coger.

—Hola, Julia —empezábamos mal; no me gustó el tono que utilizó —. ¿Qué es lo que quieres?

—Necesito que me ayudes.

—¿Por qué debería hacerlo? ¿Por meterte en la boca del lobo o por no hacer caso a lo que te dijo Saúl?

—Ahora no estoy para sermones. ¿Me vas a ayudar o no?

—¿Qué es lo que quieres?

—Necesito salir de aquí y mi documentación. Las dos cosas.

—No sé lo que pretendes ahora. Lo único que sé es que te volverás a meter en un lío.

—¿Qué tal está Saúl? —le pregunté sin saber por qué.

—No lo sé. Se marchó anoche mismo. Tuvo una discusión muy fuerte con Alejandro y se fue.

—Vaya.

—Sí, vaya. Pero no se fue solo. Llamó a Ana para que viniera a buscarlo. Y otra cosa: tú y yo tenemos una conversación pendiente.

No sabía lo que había pasado en realidad. Nadie me decía nada, pero esa vez sí que la había liado buena.

—No era mi intención. En cuanto pueda, te prometo que lo voy a solucionar.

—Estamos en la casa. De todas maneras, si no es así, cuídate mucho, por favor.

—Así lo haré. Dile a Alejandro que mi padre salió de la casa ayer por la tarde y no ha vuelto aún. Según él, tenía un negocio muy importante que cerrar.

—Se lo diré. Adiós, Julia.

Me quedé mirando el teléfono cuando Carmen me colgó. Todo lo que me estaba pasando me lo tenía merecido. Nadie tenía la culpa, solo yo.

Salí de la habitación y fui directamente a la de mi padre. Sabía dónde guardaba dinero. Saqué un libro en concreto de la estantería; detrás de él había un botón que abría una pared que hacía de librería. Al abrirla, te encontrabas con otra habitación.

Cuando era pequeña entraba mucho allí. Recuerdo que mi padre me reñía por hacerlo sin permiso, pero, desde que una vez vi cómo se abría aquella estantería, entraba cuando él no estaba.

Para mí era la habitación de la puerta mágica. Vi cómo se abría poco a poco. Eso era lo malo: para una urgencia como la mía, era lenta. Muy lenta.

Al entrar, me quedé parada. ¿De dónde había salido todo eso? Cada vez se me estaba poniendo la cosa peor. No recordaba que hubiera estanterías a los lados. Sí recordaba la mesa que había en medio y el mueble que había enfrente.

Capítulo 29

Julia

Dios mío. Con todo lo que estaba viendo me estaba entrando un mareo.

En un lateral había muchos tubos de cartón. Me llamaron tanto la atención que fui a coger uno, le quité la tapadera y dentro encontré papel enrollado. Al sacarlo, me di cuenta de que era una pintura.

Todo lo que había escuchado sobre mi padre era verdad. No me molesté en volver a guardarlo. Al otro lado había paquetes de dinero junto a otros paquetes con algo blanco.

Fui hacia el mueble de la pared y, en una vitrina, vi cuencos con piedras muy bonitas. Saqué el teléfono del bolsillo y marqué el número de Alejandro.

—Julia, ¿qué es lo que quieres ahora? —me preguntó Carmen.

—Dile a Alejandro que se ponga. Es urgente.

—Ahora mismo no puede. Dime lo que sea y yo se lo diré.

—Joder, dile que me coja el puto teléfono, Carmen.

—Toma, porque al final me voy a enfadar.

—Menos mal —dije en voz alta.

—Dime, Julia —me habló Alejandro.

—Alejandro, tienes que venir a mi casa. No veas todo lo que hay aquí.

—¿Qué es todo? —me preguntó.

—Cuadros… Bueno, los cuadros no, los lienzos. Todo está aquí, aparte de…

Lo último que sentí fue un golpe en la cabeza y a Alejandro llamándome mientras me iba contra el suelo.

Cuando desperté, no sabía dónde estaba. Quise moverme, pero me encontré atada a una silla, con un fuerte dolor de cabeza.

Empecé a chillar y a moverme para ver si podía desatarme. No sé cuánto tiempo había estado dormida, pero debía de haber sido bastante, porque las muñecas ya me dolían.

—Si no te hubieras escapado del convento, nada de esto estaría pasando —escuché decir frente a mí.

—¿Papá? ¿Qué haces tú aquí, y atado? —le pregunté sorprendida.

—Al parecer, la gente con la que trabajaba no era de fiar.

—Empezando por Antón —le dije.

—Él es el único que me ha sido fiel todos estos años.

—Ja, ja, ja. Mira cómo me río. Ese ha sido el primero que te ha traicionado.

—¿Qué sabrás tú?

—Pues mira, más que tú, porque resulta que lo escuché hablar con otro, diciendo que su jefe quería matarte ya.

—Estás mintiendo. Él no me fallaría.

—Como tú te has pasado toda la vida mintiendo, crees que yo soy igual, pero bueno, ya lo averiguarás. ¿Dónde estamos?

—No lo sé. Lo único que sé es que llevo aquí desde que salí de la casa.

—El hombre al que escuché hablar va a ir a por mamá.

—Eso a mí ya no me importa. Ya no me quiere.

—Pero a mí sí me importa, maldita sea. Es tu mujer, la madre de tus hijos. Bueno, de tu hijo. La van a matar.

—¿Es que no ves que no puedo hacer nada?

—Escapas de la policía y no tienes cojones de escaparte de unos desgraciados.

Me estaba viniendo arriba. Mi padre me miraba con la boca abierta, pero, si él estaba sorprendido, más lo estaba yo.

—No es tan fácil como crees.

—He estado en tu habitación secreta. —Lo miré a los ojos mientras se lo decía.

—Otra vez desobedeciendo, como cuando eras una niña.

—Iba a coger dinero e irme, pero, como ves, no he llegado muy lejos.

Soltó una carcajada.

—Nunca llegabas a ningún sitio. Siempre te pillaba.

Que recordara esas cosas, a pesar de todo, me hacía sentir querida.

—¿Por qué lo hiciste, papá?

—¿Qué cosa?

—¿Por qué me metiste en el convento? ¿Por qué me robaste mi adolescencia?

—Ya te lo dije, para protegerte. Lo mismo que a tu madre.

—No. Eso no es del todo cierto. Lo hiciste para vengarte de mamá.

—Cállate. No tienes ni idea. No lo hice solo por eso. Lo hice porque estabas en peligro, para salvarte. Para salvaros. Aunque no te lo creas, te quiero, al igual que a tu madre.

—Eso no era salvarme. Eso fue condenarme, igual que a mi madre.

—Maldita seas, Julia. Lo hice porque no quería que terminaras como Leo.

Cuando nombró a mi hermano, se me heló la sangre. Lo miré y vi el brillo que tenía en los ojos.

—Leo murió de muerte súbita, papá.

Vi cómo negaba con la cabeza.

—¿Qué pasó?

—Lo envenenaron. ¿Recuerdas que se fue a comer con un amigo y sus padres?

Asentí.

—Pues alguien estaba vigilando y aprovechó esa oportunidad con tu hermano.

Di un grito, notando cómo las lágrimas corrían por mis mejillas.

—Cuando pasó lo de tu hermano, empezamos a huir de un sitio a otro hasta que nos marchamos a España.

—Qué bonita estampa. Un padre y una hija reconciliándose —dijo un hombre al que no había visto en mi vida.

—Suéltala. Ella no tiene nada que ver.

—Te equivocas. Ella tiene que ver, y mucho.

—Una mierda. Yo no tengo nada que ver.

—Sandro, déjame decirte que la metiste en el convento equivocado.

—¿Cómo sabías que estaba en un convento? —preguntó mi padre.

—Lo sé todo. Tus pasos, los de tu mujer, los de tu hija… Siempre lo supe todo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Todo a su debido tiempo. Ya te enterarás. Aún lo estoy pensando. De momento, seguid hablando de vuestras cosas.

Me dio miedo la carcajada que soltó.

Nos dejó otra vez solos. Mi padre resoplaba y movía las manos para ver si podía soltarse.

—Julia, intenta venir hasta mí. Voy a intentar soltarte a ti.

—Antes dime algo: ¿por qué, papá? Siempre he escuchado que tenías una buena empresa, una familia, que no te faltaba de nada.

—Porque a veces los adultos cometemos errores y, cuando quieres darte cuenta, estás metido hasta el fondo. Pero ya nada es lo que parece, hija.

No podía negar que me gustaba que me llamara así.

—Julia, quiero que me escuches bien. Todo lo que tengo está puesto a tu nombre.

—Yo no quiero nada de tus chanchullos.

—No me interrumpas. Sé que no voy a salir vivo de aquí. Todo lo que te dejo a tu nombre es limpio.

—No digas tonterías.

—Escúchame bien, Julia. ¿Por qué crees que estoy aquí?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Por traidor —dijo una voz a mi espalda—. Ha estado colaborando con la policía. Me ha debido ver cara de tonto, pero he sido más listo que él.

—¿Es eso verdad, papá?

—Sí. ¿Me das un rato más a solas con mi hija? —le preguntó al hombre que estaba a su lado.

Vi con qué odio miraba a mi padre a la cara.

—Está bien. Diez minutos, ni uno más.

—He hecho muchas cosas de las que me arrepiento: haber hecho caso a mi padre y a tu abuelo para terminar como he terminado, haberos hecho daño a tu madre y a ti, no haber sabido proteger bien a tu hermano…

—Papá —le dije con la voz rota—, ya hablaremos cuando estemos lejos de aquí.

—No, hija. Yo no saldré vivo de aquí. Intenta venir hacia mí para ver si te puedo soltar.

—Papá, no puedo. ¿No hay nadie que nos pueda ayudar?

—No. Antón no está. Saúl tampoco.

—Se ha ido por mi culpa.

—Se terminó la charla —apareció de nuevo el hombre de antes—. Llévatelo de aquí. Ya sabes lo que tienes que hacer.

No me salieron las palabras. Miré a mi padre, y él, moviendo los labios, me dijo: «Te quiero».

Sonrió.

Vi con lágrimas en los ojos cómo lo desataron y se lo llevaban.

—¿Dónde lo llevas? —le pregunté a ese hombre, del que ni siquiera sabía el nombre—. ¿Quién eres tú?

—A ti no te importa.

Salió dejándome sola.

No podía parar de llorar. Mi padre se había arrepentido. Estaba colaborando con la policía, y eso hizo que me sintiera orgullosa de él, aun habiendo hecho tanto daño a tanta gente, incluida yo.

Todo el mundo tenía derecho a una segunda oportunidad y a enmendar sus errores.

No sé cuánto tiempo pasó. No fue mucho desde que se llevaron a mi padre, pero entonces escuché un disparo.

Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas. Lo habían asesinado de la peor manera.

Pensé que volvería el mismo hombre a por mí, pero no apareció nadie. Quise soltarme, aunque no había manera de hacerlo. Me tiré al suelo e intenté liberarme de alguna forma, pero no pude.

Quería ponerme de pie, pero no me estaba resultando nada fácil. Me arrastré hasta una mesa que había allí y, con el cuerpo, empecé a moverla para tirar la jarra que tenía encima.

Me costó hacerlo, no lo voy a negar, pero al final lo conseguí.

Esperé un momento para comprobar si alguien se había enterado del ruido. Estaba anocheciendo; lo sabía por un pequeño tragaluz.

Cogí un trozo de cristal. Nada más hacerlo, me corté, pero no me importó. Tenía que salir de ese lugar aunque me cortara la mano entera.

Cuando creí que ya no me quedaban fuerzas, lo conseguí. Al fin lo había conseguido.

No quería mirar los cortes que tenía en la mano. No era el momento. Ahora tocaba ver cómo salía de aquel lugar.

Entré por la puerta por la que se habían llevado a mi padre. No quise mirar lo que había alrededor. Solo quería buscar una salida e irme muy lejos de todo aquello.

Capítulo 30



Julia

Habían pasado tres meses desde que salí de aquella nave, porque eso era donde había estado con mi padre.

Me sorprendí a mí misma por lo fácil que me resultó salir de allí. Al hacerlo, me vi en un polígono y no tenía ni idea de cómo volver a la ciudad. Estuve andando hasta que un buen hombre se apiadó de mí y me llevó de vuelta a Nápoles.

Tuvo la amabilidad de llevarme a mi casa, la que compartía con Carmen. Cuando llegué y me abrió la puerta, me vine abajo. Lloré lo que no había llorado en toda mi vida.

Lloré por todo. Tenía demasiado acumulado, no solo dolor, sino también rabia. Una rabia que había estado conteniendo por cada una de aquellas mentiras.

Lo primero que hizo Carmen fue cogerme y llevarme al cuarto de baño. Puso a llenar la bañera y, mientras tanto, me curó las manos y llamó a Alejandro.

Me metió en la bañera y me ayudó a lavarme. Cuando Alejandro llegó, me llevaron al hospital para que me curaran en condiciones.

Alejandro me contó que, cuando llegaron a la casa de mi padre, detuvieron a Antón con la mayoría de las cosas que había en la habitación secreta.

Me sentí aliviada. Al fin dejaría de ver a ese hombre que no solo me daba asco, sino también un miedo espantoso.

No había sabido nada de Saúl. Tampoco me dijeron nada ni yo pregunté. Quizá era lo mejor.

Decidí volver a España. Temía por mi madre y así se lo hice saber a Alejandro, que no tardó en llamar para que alguien estuviera pendiente de ella.

Y allí estaba, comiendo con mi madre. Habíamos hablado mucho. Necesitaba entender por qué cambió su actitud conmigo y por qué nunca me dijo quién era mi verdadero padre.

Esa mañana fue la lectura del testamento. Tal como me había dicho, Sandro me lo había dejado todo a mí, excepto la casa en la que estábamos, que se la había dejado a mi madre.

A mí me dejó la casa de Nápoles, dinero para vivir tres vidas, la empresa que tenía de tecnología financiera y la imprenta de mi abuelo, que aún seguía conservando.

A mi madre no solo le dejó la casa, sino también un buen colchón de dinero para que no le faltara de nada.

Lo que más me sorprendió fue la carta que Sandro dejó para mí, esa que aún no había leído.

—Estás muy pensativa —habló mi madre sin mirarme.

—Lo estoy. Estoy poniendo orden en mis pensamientos.

—¿Sigues queriendo hacer todo lo que me has dicho?

—Sí. No quiero nada de eso. Primero, porque no tengo ni puñetera idea, y segundo, porque me gusta más lo que tengo en mente.

Hablábamos de vender la empresa y la imprenta. No quería nada de eso.

—¿Quieres mantenerla tú? —le pregunté refiriéndome a la imprenta y mirándola—. Al fin y al cabo, era de tu padre.

—No quiero nada del hombre que me separó del amor de mi vida.

—Qué bonito.

—No seas sarcástica, Julia.

—No lo soy. Tú, al menos, has amado a dos hombres, aunque sea de distinta manera. Pero mírame a mí.

—Ya lo haces.

—No hablo del ahora y lo sabes.

—¿Y cuál será tu próximo paso? —me preguntó mi madre con una sonrisa—. ¿Vas a ir a buscarlo?

Negué con la cabeza y pensé bien en lo que iba a responder.

—No me ha llamado ni una sola vez, ni ha preguntado por mí. Lo mejor será olvidarme de él y centrarme en mis proyectos.

Había decidido vender todo lo que Sandro había puesto a mi nombre. No porque quisiera el dinero, sino porque tenía en mente sacar a mis niños de ese orfanato en el que estaban.

Compraría un terreno para edificar un lugar en el que esos niños se sintieran como en casa.

Mara, esa preciosa niña que hoy tendría seis meses, me venía muchas veces a la cabeza. Tanto que, a veces, se me saltaban las lágrimas. No es que no me acordara de los demás, pero ella era especial.

—Hija, tengo algo que decirte y no sé cómo hacerlo.

—Ya lo hago yo por ti. —Me miró extrañada—. Te vas a Nápoles.

—Quiero que vengas conmigo. Allí empezaremos una vida nueva.

—No, mamá. Esa vida que tú quieres empezar no es mía.

—Es tu familia también.

—Puede ser, pero me quedo aquí. Tengo muchas cosas que hacer y resolver. Te prometo que, cuando todo esté en orden, iré. Les debo una disculpa a mi padre y a la abuela.

—No te lo tienen en cuenta.

—Pero yo sí. Y ahora te dejo, que he quedado con los abogados para el tema de las ventas.

Me levanté de la mesa y le di un beso en la mejilla.

Con mi madre también tuve una conversación. No fue de reproche, sino de entender que, para ella, nada de lo que había pasado y vivido había sido fácil.

Me confesó que sí había amado a Sandro, pero con un amor menos intenso que el que sentía por Fabio.

También me confesó que los últimos meses lo había pasado mal por el alejamiento de Sandro, por el desprecio con el que le hablaba y por la forma en que la trataba. Por lo poco que hablé con él, ahora entendía el motivo.

Aquel hombre que dijo que venía a España y le haría una visita nunca salió de Nápoles. Lo detuvieron en el aeropuerto.

Tenía que llamar a Carmen. Mi relación con ella se había enfriado un poco, pero aun así hablábamos de vez en cuando.

Había quedado con el abogado para la venta de la empresa. Se la quedaría el vicepresidente. No sabía quién era y tampoco tenía interés. Yo solo iba a firmar los papeles.

La imprenta se la quedaría el mismo que la llevaba, y que el abogado me dijera eso me vino de perlas.

Salí de casa de mi madre, porque en realidad no la sentía mía. Lo mismo me pasaba con la de Nápoles.

Cuando llegué a las oficinas, sentí un pellizco. Había algo que hizo que me tensara. Fui directamente al despacho de Eduardo, llamé a la puerta y me asomé un poco.

—Buenos días —lo saludé desde la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Adelante, Julia. Buenos días. Pasa y siéntate. Ya tienes tus papeles listos para firmar.

—No sabes cómo te agradezco todo esto. Y, por favor, da las gracias a las otras partes por hacerlo tan fácil.

—No te preocupes, así lo haré.

No tardé más de quince minutos en firmar todos esos papeles. Con el último, solté un suspiro de alivio.

—Pues ya está todo. Siento mucho lo de tu padre. Si alguna vez necesitas los servicios de un abogado, puedes contar conmigo.

—Gracias, así lo haré. Que pases muy buen día.

Salí con la carpeta debajo del brazo y con una sonrisa de lado a lado. Ya podía poner en marcha mi plan.

Tenía tantas ideas en la cabeza que ojalá todo me saliera como lo estaba pensando.

Por el camino entré en una tienda de ropa. Hacía mucho que no me compraba nada; de hecho, casi no me había comprado nada.

Echaba de menos a Carmen. Estaba deseando que volviera, pero no solo con su presencia, sino como era antes conmigo.

La dependienta, al verme, vino hacia mí.

—Buenos días, ¿te puedo ayudar en algo?

—La verdad es que solo he entrado a echar un vistazo, pero gracias.

—Vale, si necesitas ayuda con algo, me lo dices.

—Gracias.

Di una vuelta por la tienda, pero en esa vuelta ya llevaba dos vestidos y un pantalón para probarme. Y no compré ninguno.

Salí de allí. Hoy no era mi día de compras. Llamé a mi madre para decirle que llevaría algo de comer, cosa que me agradeció.

Entré en el local de comidas caseras para llevar. Pedí dos menús para dos personas: canelones de verduras, pollo asado y unas natillas que te gritaban: «No tardes mucho en comerme».

Mi madre ya tenía la mesa puesta cuando llegué.

—Has sido rápida, mamá.

—Y tanto, porque he bajado a por pan.

Me paré en seco.

—Lo sabía. No te has acordado.

Reímos.

Comimos hablando de todos esos planes que teníamos. Cada una estaba ilusionada con lo suyo.

—¿Sabes, mamá?

—No, si no me lo dices, hija.

—Pensé que nunca te perdonaría.

—Lo sé. Lo veía en tu cara… Hija, deberías leer la carta que te ha dejado tu padre.

—Aún no estoy preparada para ello, pero tranquila, que ponga lo que ponga, no le guardaré rencor.

—Eso espero, hija, porque, aunque no haya hecho las cosas bien contigo, te ha querido, y mucho.

Me quedé callada. En el fondo sabía que lo que mi madre me estaba diciendo era verdad, aunque Sandro no hubiera hecho las cosas bien.

—Me marcho mañana, Julia —me dijo mi madre—. No puedo retrasar más mi partida, pero puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Por mí no lo hagas, mamá. Yo también me marcharé dentro de unos días. Tengo que hablar con el padre Emiliano.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—En mi vida he estado tan segura de algo.

—Si necesitas mi ayuda, no dudes en pedírmela.

—Lo haré, te lo prometo.

Terminamos de comer en silencio, cada una metida en sus pensamientos.

Capítulo 31



Saúl

Cuando salí de aquella casa no pensé que pudiera pasar nada. O quizá me cegué y ni siquiera lo pensé. La muerte de Sandro. El regreso de Julia con su madre.

Al entrar en aquella habitación y ver a Antón encima de ella, me dieron ganas de matarlo. Lo que no sé es cómo no lo hice.

Me dolió la altanería de Julia. Después de haberle quitado a ese hombre de encima, aun sabiendo que mi deber era protegerla, ella no ponía de su parte. Sí, yo también la quería, y mucho. Me había enamorado de ella como un adolescente, pero todo tenía un límite, y yo ya había llegado al mío.

No le sirvió de nada decirme que me quería. Ya no sabía si era verdad o una treta suya para que me quedara con ella por el miedo que sentía.

Nada más salir de esa casa llamé a mi hermano. Le dije que me iba, que me importaban una mierda Sandro y toda su porquería. Mi hermano, por más que quiso convencerme, no lo consiguió.

Ese mismo día volví a España. Tenía asuntos más importantes que resolver, y no eran otros que el tema de Mara.

Todas las llamadas que recibía de Ana eran por Mara. Estaba tramitando los papeles para adoptarla y ella me estaba ayudando. Lo de la adopción no solo lo hice por mí, también por Julia. Sabía lo importante que era esa niña para ella.

La familia que se la llevó la maltrataba. Según ellos, porque lloraba mucho y les agotaba la paciencia.

Cuando Ana me contó todo aquello, no lo pensé. Le dije que me ayudara con el papeleo, al estar yo fuera, para poder adoptarla cuanto antes.

Y allí estábamos: en mi piso, con mi madre viviendo con nosotros para ayudarme con Mara.

La niña necesitaba sanar por todo lo que había vivido, y yo también, aunque nuestras heridas no fueran las mismas.

Pero el destino, o la casualidad, a veces era tan hijo de puta que ya me tenía preparada otra cosa.

—Hijo —me llamó mi madre—, no sé dónde tienes la cabeza, pero en esta casa no.

—Estaba pensando, mamá —le dije, cogiendo a Mara—. Hola, preciosa.

—Pensando en un nombre y un apellido.

Negué con la cabeza.

—Mira, hijo, podrás engañar a quien te dé la gana, pero a mí no. Aún no te has enterado de que una madre lleva un radar puesto y detecta la mentira.

—No creo que sea un radar. Más bien la vena cotilla.

Reímos.

—Venga, vámonos o llegaremos tarde.

—Mamá, te recuerdo que aún faltan dos horas. Te pido, por favor, que no me estreses.

—¿Pero no me ibas a invitar a comer hoy fuera?

Madre mía. Había olvidado que le dije de comer en la calle, ya que teníamos cita rutinaria con el pediatra.

—Lo siento, se me había olvidado por completo.

—Lo ves, Mara, ¿qué te había dicho? Que a tu padre se le había olvidado lo de ir a comer. Ya te darás cuenta, hija, de que los hombres, cuando pierden la cabeza por una mujer, dejan de ser ellos mismos, y después tienen el descaro de echarnos la culpa a nosotras.

—Mamá, ya me ha quedado claro. Se lo dices a ella como si te entendiera.

—Lo hace. Es mujer, y las mujeres somos inteligentes hasta en la barriga de nuestras madres.

—No me cabe la menor duda. Me arreglo y nos vamos.

—Y para colmo le tenemos que esperar nosotras a él, en vez de al revés.

Reímos.

—No sé si hice bien en venirme contigo, mamá —le dije negando con la cabeza por imposible.

Mi madre era así: capaz de sacarte una sonrisa incluso en los momentos más duros. Cuando murió mi padre, ni mi hermano ni yo la vimos venirse abajo. Al contrario, se hizo más fuerte todavía.

En aquel momento de mi vida, se había convertido en un apoyo enorme para mí, pero sobre todo para Mara.

Subí a cambiarme, porque seguía en chándal, y no tardé mucho. No me gustaba hacer esperar a una mujer, y menos a dos de las más importantes de mi vida.

Cogí las llaves del coche y bajé.

—Señoritas, cuando quieran, nos vamos.

—Hijo, qué guapo estás.

—Gracias, mamá, pero es que soy guapo.

—Lo sé, hijo. Recuerda que la que te ha parido soy yo, así que algún mérito tendré.

—Mira, ahí no te voy a quitar mérito.

Soltó una carcajada.

—Voy guardando el carrito de la niña en el coche.

Me faltó tiempo para comprar todo lo que Mara necesitaba: el carrito, la trona, la sillita del coche y un montón de cosas más para que, el día que me la entregaran, lo tuviera todo.

Mi madre salió detrás de mí. Mientras yo guardaba todo en el maletero, ella montó a Mara en el coche. Una vez que la sentó en su sillita, se colocó al lado de mi niña.

—¿Dónde te apetece ir? —le pregunté a mi madre.

—Me da igual, hijo. Lo más cerca del pediatra.

—Podemos comer al lado del Retiro. Así aprovechamos hasta la hora de la cita. Tampoco está muy lejos.

—Me parece perfecto, no tengo nada que objetar.

—Mamá, hay veces que me resultas una madre un poquito aburrida. Eres tan conformista… Todo te parece bien.

—Hijo, eso no es cierto. Lo que pasa es que a mí me da igual un sitio que otro. Lo importante es la compañía, no el lugar.

La miré por el retrovisor y sonrió.

Dejé el coche en un parquin subterráneo. Moverse en coche por Madrid era mortal, pero hasta que la niña fuera un poco más mayor sería así.

Salimos del parquin y caminamos hasta llegar a un bar que estaba enfrente del parque.

Nos sentamos en la terraza. Cuando salía con mi madre, si el tiempo lo permitía, siempre era en la terraza.

Pedimos dos cervezas, la mía sin alcohol, ya que después tendría que coger el coche. También pedimos unas raciones de calamares a la romana, oreja a la plancha y patatas bravas.

Mi madre había echado la comida de Mara en un pequeño termo y se la fue dando mientras a nosotros nos traían lo nuestro.

Desde que mi madre estaba con nosotros, era ella la que se ocupaba de la niña. No porque yo no quisiera, todo lo contrario, sino porque no me dejaba. Decía que, mientras su abuela estuviera con ella, se haría cargo de todo.

En un momento dado saqué una conversación que llevaba tiempo teniendo en mente.

—Quiero hacer un viaje —bebí un sorbo de mi cerveza—, con la niña.

—Hijo… ¿Es necesario?

Pensé en lo que me preguntaba, pues no tenía una respuesta creíble. En parte lo era, y en otra no.

—La verdad, muy necesario no es. Quizá sea para despejarme un poco.

—¿Y Mara?

—Vendría conmigo. No porque no esté bien contigo, solo es que no quiero separarme de ella. No en estos momentos.

Mi madre asintió.

Comimos en silencio, quizá pensando lo mismo, pero con diferente enfoque.

—¿Sabes algo de tu hermano? —me preguntó mi madre en un momento dado.

—No, no sé nada.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que él quiera, mamá. Ya te lo dije, no estoy enfadado con él.

—Mujeres.

Me la quedé mirando por ese comentario y solté una carcajada.

—Anda, vamos a terminar de comer antes de que Mara se impaciente.

Terminamos de comer hablando de una vecina de mi madre, una mujer mayor que no tenía relación alguna con ninguno de sus hijos.

Pagué la cuenta y nos fuimos al Retiro. Me gustaba ir allí con Mara. Siempre llevaba una manta para extenderla en el césped y poder poner a la niña encima.

Al llegar a la zona que me gustaba, saqué la manta de la cesta del carro y la extendí. Mi madre cogió a la niña, la puso sobre ella, se sentó y se quitó las zapatillas para poder estar cómoda.

Me encantaba ver esa estampa, aunque también me imaginaba que, en vez de mi madre, era otra persona la que estaba con la niña. No lo pensaba una vez, sino muchas, porque no podía quitarme a Julia de la cabeza, y eso hacía que me pusiera mal.

—Mamá, voy por un café. ¿Quieres uno?

—Sí, hijo, pero con leche templada.

Las dejé solas y me fui al bar que había a unos metros de donde estábamos. Al volver con los cafés, vi que había una chica de espaldas hablando con mi madre.

Vi cómo le preguntaba si podía cogerla, a lo que mi madre le dijo que sí.

Iba a decir algo cuando la escuché hablar. Me quedé en *shock*, porque no podía ser ella.

—¿Tú?

Se quedó a medio camino de coger a la niña al escucharme. Noté cómo se tensaba antes de darse la vuelta.

—Saúl.

—¿Os conocéis? —preguntó mi madre.

—Nos conocemos —le dije—. Eres la última persona a la que pensé encontrarme.

—Ya somos dos —me dijo mirando a Mara.

—Se parece mucho a…

—Lo es. —No la dejé terminar.

Capítulo 32

Saúl

Cuando le contesté, no pudo reprimir las lágrimas. Era Mara, su niña. Esa niña a la que tanto quería y por la que había llorado tanto cuando se la llevaron.

—¿Puedo cogerla? —me preguntó mirándome.

—Ya te ha dicho mi madre que puedes cogerla.

Me miró y asintió.

—Gracias.

Se sentó en la manta y la cogió. La abrazó, la besó, se rio… Era un cúmulo de sentimientos. La miraba con esa sonrisa tan bonita que tenía.

—Te ha reconocido —dijo mi madre—. No sonríe a los desconocidos.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo ella—, pero sigue siendo la niña más bonita del universo.

Me sorprendió cómo la miraba mi madre. Con ternura, con los ojos brillantes. No era una mirada de pena ni de compasión, era esa mirada de madre que veía más de lo que decía.

—No tanto como para no recordar tu voz.

—¿Lo dice en serio, señora?

—Y tan en serio. Y no soy señora, soy Antonella.

Vi cómo se ponía roja como un tomate y no pude reprimir la carcajada que estaba sujetando.

—Hijo, eso que estás haciendo está muy feo —me dijo mi madre a modo de riña.

—Lo siento, mamá. Ha sido por tu culpa, por lo que le has dicho. —Miré a Julia—. Lo siento, no pretendía reírme de ti.

—No te preocupes. Me tengo que ir —dijo dejando a la niña en el suelo tras darle un beso en la frente.

—¿Tan pronto? —preguntó mi madre—. ¿No quieres un café con nosotros?

—No me gusta molestar, pero gracias.

Vi cómo se levantaba. Mi madre me miró. No supe exactamente qué quería decirme, pero yo dije algo sin pensar.

—¿Quieres venir a la revisión de Mara?

En ese momento no sé qué pasó. Mi madre me miró sonriendo, ella me miró sorprendida y yo me quedé como un pardillo mirando al suelo, con los dos cafés en la mano.

—¿Le pasa algo?

—No, hija, es una revisión de rutina.

—Si me dejas, claro que quiero ir.

—Pues no hay nada más que hablar. Ya podéis iros, yo me voy para casa.

—Mamá, tú también puedes venir.

—No, hijo; así compro la cena. Julia, ven a cenar esta noche.

—No puedo, estoy con mi madre.

—Pues os venís las dos, así nos conocemos.

Mi madre me dejó de piedra. No me había preguntado si quería que viniera a cenar, lo dio por hecho, aunque, sinceramente, no me importaba.

Recogimos la manta. Los cafés se habían quedado fríos; aun así, mi madre se bebió el suyo y me quitó el mío para dárselo a Julia.

Mi madre se marchó, no sin antes recordarle lo de la cena. Julia puso los ojos en blanco y se echó a reír.

Monté a Mara en el carrito y vi cómo la miraba.

—¿Quieres llevarlo?

—¿Puedo?

—Puedes, Julia. Si te pregunto algo, no me respondas con otra pregunta.

—Lo siento, aún no he asimilado lo que está pasando.

—Yo tampoco. Como tampoco esperaba encontrarme contigo, la verdad.

—¿Cómo estás, Saúl?

—Estoy olvidando muchas cosas y centrándome en Mara, pero estoy bien. ¿Y tú?

—Lo mismo. Solucionando cosas, centrándome en otras, olvidándome y viviendo.

—Eso está bien.

—Me gustaría hablar contigo, Saúl, pero no ahora. No con Mara delante. Me gustaría contarte tantas cosas…

—Siento mucho lo que te pasó. No deberías haber pasado por eso.

—No quiero hablar de ello. No ahora, no aquí. Quiero disfrutar del tiempo que pase con ella.

Yo tampoco quería hablar. Lo había dicho para quedar bien con ella, o quizá para quedar bien conmigo mismo.

—¿Cómo es que tienes a Mara?

—Es mi hija.

Se paró en seco y me miró.

—¿Cómo que tu hija?

—La he adoptado. Ella es el motivo por el que Ana me llamaba tanto. Me estaba ayudando con el papeleo. Hay algo que tú no sabes sobre Mara, pero ya te lo contaré en otro momento.

La insté a que siguiera caminando o al final llegaríamos tarde al pediatra. El camino lo hicimos en silencio. Al principio me resultó incómodo, pero después se volvió necesario. Solo escuchábamos el gorgoteo de la niña.

—¿Qué haces en Madrid? —volvió a preguntarme.

—Vivo aquí. Tengo casa desde hace mucho; lo que pasa es que, por mi trabajo, la tenía cerrada.

—Nunca me dijiste nada.

—No tenía por qué decirlo.

Me arrepentí en ese mismo momento.

—Lo siento, no quería decir eso.

—Yo estoy viviendo con mi madre —me dijo, obviando mi respuesta —, pero mañana se marcha a Nápoles.

—¿No le gusta estar aquí?

—Quiere irse a vivir con Fabio.

—Me parece bien. Ya hemos llegado —le dije, cortando así la conversación.

Entramos en el edificio donde estaba el pediatra y subimos en el ascensor. Julia no dejaba de decirle cosas a Mara.

Cuando se abrieron las puertas, la dejé salir a ella primero con el carrito. Entramos sin llamar, puesto que la puerta, aunque estaba cerrada, solo había que empujar.

—Buenas tardes, Sandra. Tenemos cita con Luis.

—Buenas tardes, Saúl. Sentaos, en un momento os llamo.

Miré a Julia. Noté que estaba nerviosa por el meneo de piernas que tenía. Había cosas que no cambiaban, como mirarme por el rabillo del ojo, o hacerlo cuando creía que yo no la veía.

Estaba guapa, no, lo siguiente. Un poco más delgada, pero igualmente guapa. Cómo me habría gustado abrazarla, decirle todo lo que la había echado de menos, pero me prometí a mí mismo que no me dejaría llevar por un impulso ni por mis sentimientos. Al menos, de momento.

—Saúl, ya podéis pasar. Luis os está esperando.

—Pero si no ha salido nadie —me dijo Julia.

—Estaría echando un polvo con la enfermera.

Vi cómo se le encendía la cara.

Cogí a Mara en brazos y entramos en la consulta.

—Pero bueno, qué bien acompañados venís hoy.

—Hola, Luis. Ella es Julia… una amiga.

—Te lo has pensado mucho, ¿eh, tío? Encantado, Julia.

—Lo mismo digo. —Le estrechó la mano.

—Bueno, déjame que coja a mi princesita. Vamos a ver cómo va todo.

No dejé de mirar a Julia. Sabía que, cuando viera a Mara desnuda, se iba a sorprender, y mucho.

No me equivoqué. Cuando vio las marcas que tenía en la espalda y en los brazos, se echó una mano a la boca, ocultando un grito.

—¿Qué es lo que le ha pasado? —me preguntó con lágrimas en los ojos.

—Ya te lo contaré en otro momento. Quise hacerlo una vez y no quisiste escuchar.

—Eso no es verdad.

—Lo es, pero este no es el momento ni el lugar. Perdona, Luis.

—Tranquilo. Yo ver, oír y callar.

Estaba auscultando a la niña, mirándole las piernas, los movimientos de los brazos, los reflejos y la barriguita.

—Tengo que decir que esta niña ya está bien del todo.

—Menos mal —solté un suspiro—. Pensé que no llegaba el día.

—Te dije que, con cariño y muchos mimos, sanaría.

—No sabes cómo te lo agradezco.

—Nada que agradecer, es mi trabajo. Pero te repito que, en todo esto, han tenido mucho que ver los cuidados que le habéis dado tu madre y tú.

—Entonces, ¿ya no tenemos que venir más?

—Mara, tu padre me acaba de romper el corazón y nos va a separar.

Reímos.

—Que la niña esté bien no quiere decir que no me la traigas a las revisiones. Lo cierto es que, si no pasa nada, en vez de una vez al mes, será una vez cada mes y medio. Al menos, de momento.

—Me parece perfecto.

Nos despedimos de él, fuimos hasta el mostrador a pagar y a que Sandra nos diera la cita.

En cuanto entramos en el ascensor, Mara se quedó dormida, cosa que agradecí. Una vez que salimos a la calle, Julia se despidió de mí.

—Bueno, será mejor que me vaya. Gracias por dejarme venir contigo.

—¿Quieres un café? El mío se lo bebieron —le dije sonriendo.

—Y el mío estaba frío.

Caminamos hasta el bar que había enfrente, entramos y nos sentamos en una de las mesas libres de la entrada.

Pedimos los cafés y nos quedamos en silencio.

—La maltrataban —le dije mirando a la niña—. El mismo pediatra dio la voz de alarma.

—No me puedo creer que alguien pueda hacerle tal cosa a una criatura tan pequeña.

—Quise decírtelo, pero no me dejaste. Me dijiste que no querías saber nada, más o menos. Tampoco me acuerdo muy bien.

—Lo siento. Siento tantas cosas que no acabaría en un mes diciendo lo mucho que lo siento.

—Yo también lo siento. No debería haberte dejado sola aquel día. Tenía que haberme quedado contigo.

—No te preocupes. La culpa fue mía en todo momento.

—No, Julia. Era mi trabajo velar por tu seguridad, sin anteponer mis sentimientos ni cómo me sentía. Aunque suene mal, me pagaban por ello.

—No te preocupes. Ya nada de eso importa. Ahora me importa mirar hacia delante. Tengo muchos proyectos en mente.

—Eso está bien, y me alegro mucho por ti.

—Al menos el dinero de mi padre servirá para algo.

Me quedé mirándola con la taza a medio camino. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué quería decir con eso?

—Sé que te estás haciendo muchas preguntas, pero, como tú dices, no es el momento ni el lugar. Ya hablaremos de eso y de todo lo demás.

Terminamos el café. Hablamos de mi hermano y Carmen, y de cómo ella se había distanciado un poco.

Estuvimos un rato allí hasta que Mara se despertó y nos fuimos. Le di la dirección de mi casa para vernos en la cena.

Capítulo 33



Julia

Me estaba arreglando para ir a casa de Saúl. Aún no había terminado de asimilar bien lo que había pasado en el Retiro, el encontrarme con Mara, con él… Cuando escuché su voz y me volví para mirarlo, me quedé en *shock*.

Por nada del mundo llegué a imaginar que me encontraría con él, y mucho menos con mi niña. Que me dejara acompañarlo a la revisión de Mara me demostró una vez más que, a pesar de todo, era un buen hombre.

Había sido mucho más fácil echarle la culpa de todo a él que a mí misma. Lo que me dejó de piedra fue lo de Mara. Es cierto que un día quiso contarme algo, pero yo no le di la oportunidad, con ese empeño mío de pagarlo siempre con él.

—¿Hija, estás lista? —me preguntó mi madre.

—Sí, ya voy. Un momento.

Me reuní con ella, que ya estaba esperándome en la puerta.

—Mamá, no tenías que haber hecho nada.

—Nunca debes ir a una casa con las manos vacías.

Mi madre había preparado un flan de huevo para el postre.

—No deberíamos ir, mamá. Me noto tensa.

—Mira, Julia, déjate de tonterías. Haberlo pensado antes de decirle que sí a la madre de Saúl. Yo sí quiero ir. Tengo mucho que agradecerle a ese hombre por haber cuidado de ti.

No podía rebatirle nada, porque sabía que llevaba razón, aunque no quisiera dársela.

Llegamos a la dirección que me había dado Saúl. Aún faltaban quince minutos para las ocho y media de la tarde.

Me quedé parada delante del edificio. Entramos, le dijimos al portero al piso que íbamos, cogimos el ascensor y subimos hasta la última planta. Me quedé frente a la puerta, con la mano suspendida para tocar el timbre.

—Julia, ¿tú no serás tonta, no?

—¡Mamá! No sé por qué me dices eso.

—Pues te lo voy a decir. Hemos llegado y te has parado delante del edificio. Ahora te quedas parada delante de la puerta. ¿Quieres llamar ya de una vez?

—Joder, qué estrés de vida, de verdad. Ni que se fuera a terminar el mundo y esta fuera la única casa que nos pudiese salvar —le dije con sarcasmo.

—Por si acaso, o llamas o te apartas y lo hago yo.

—Ya llamo yo. Solo tengo que coger aire.

Llamé a la puerta. Esperamos unos segundos y nos abrió Antonella.

—Hola, Julia. Pasad, que Mara y yo os estábamos esperando.

No dijo nada de Saúl.

—Hola, Antonella. Esta es mi madre, Anabel.

—Me alegro mucho de conocerte, Anabel.

—Lo mismo digo. Ya tenía ganas de conocer a alguien de mi edad —le dio el flan para que lo guardara.

—Pues ya somos dos, que aquí apenas conozco a las vecinas. Vamos a la cocina, estoy terminando de hacer la cena. Y no tenías que haber traído nada.

—Es solo un flan para el postre.

—Ya te has ganado a mi hijo con el flan.

Miré alrededor y no había rastro de Saúl. Por un lado, prefería que no estuviera, pero por otro estaba deseando verlo. Antonella se dio cuenta de que lo estaba buscando.

—Mi hijo no tardará en venir. Ha tenido que salir un momento.

—No he dicho nada. Me da igual que esté o no. He venido por ti y por la niña.

—Hija, un poquito de respeto.

—Déjala, Anabel. Siempre ha sido así conmigo. —Escuché a mi espalda—. Me alegro de verte.

—Hola, hijo. Yo también me alegro mucho de verte. No sabes cómo te agradezco todo lo que has hecho por mi hija —le dijo mi madre dándole un abrazo—. Y, aunque no lo creas, por mí también.

—Era mi trabajo. Habría dado mi vida si hubiera hecho falta.

—Hijo —dijo su madre dando un suspiro.

—Mamá, sabes a lo que me expongo.

—Pero una madre nunca se acostumbra a eso —le dijo ella dándole un beso en la mejilla—. Siempre serás mi niño pequeño.

Me gustaba la cocina que tenía. Era amplia, con mucha luz natural y muebles en azul marino. También tenía un pequeño banco en rinconera.

—Os tengo una sorpresa a los dos —nos dijo Antonella a Saúl y a mí—. Igual dejáis de hablarme, pero me da igual.

—No sé qué sorpresa puede haber en común entre tu hijo y yo.

—Ya lo verás. No tardará mucho. La sorpresa, digo.

Rio.

Miré a Saúl. Él negó con la cabeza, como si no supiera nada.

—No me mires, que estoy igual que tú. Ven, quiero que veas algo —me dijo cogiéndome de la mano.

Me hizo un tour por su casa. La verdad es que tenía muy buen gusto. Era un ático precioso, de esos que parecen de revista.

Los muebles eran de color miel, combinados con blanco. El sofá, hecho a medida, tenía forma de U, y en medio había una mesa de café de cristal con las patas blancas.

Subimos las escaleras y me llevó directamente a una puerta.

—A lo mejor no te gusta, aunque creo que sí. Es la habitación de Mara.

Cuando abrió la puerta y me dio paso, me quedé sin terminar de entrar. Era una habitación digna de una princesa. Los muebles eran blancos; los pomos de los armarios y cajones, en rosa bebé. En un lateral de la pared había un mural pintado.

Me quedé con la boca abierta al verlo. Precioso se quedaba corto: un bosque en tonos pastel, mariposas volando, pájaros… Había mandado pintar a Bambi y Tambor, y de fondo, un castillo de princesa.

—¿Te gusta? —me preguntó—. No sé si me he pasado. Mi madre dice que no, pero claro, ¿ella qué va a decir?

Solté una carcajada.

Sentí llamar al timbre de la puerta.

—Mamá, abre tú —dio un grito a su madre.

—Saúl, es precioso. Es el cuarto que a toda niña le gustaría tener.

—Julia… ¿De verdad estás bien?

Lo miré. En ese momento me vinieron muchas cosas a la cabeza. Quería a ese hombre. Yo misma lo había echado de mi lado, y cuanto más lo miraba, más deseaba besarlo.

—No lo sé. Hay días que creo que sí, y otros que no.

—Eso es normal. No es algo que se viva todos los días.

—Menos mal. Pero hay algo que me pregunto a diario. —Fui hacia la ventana de la habitación—. Algo a lo que no dejo de darle vueltas.

—¿A qué? Bueno, si quieres contármelo…

—Saúl, el día que salí de allí me resultó muy fácil.

—No te entiendo. —Lo sentí detrás de mí y me tensé—. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Lo fácil que me resultó salir de aquel lugar.

Me di la vuelta para mirarlo. Estaba pensativo, como ausente.

—¿Saúl?

—Perdona, estaba pensando. Es que no entiendo qué quieres decir con eso.

—Pues que salí como si saliera de mi casa. No encontré a nadie. Estaba sin vigilancia.

—Sí que es raro, sí.

—Hay otra cosa.

—Sorpréndeme.

—Tengo una carta de mi padre. Aún no la he leído.

—No pasa nada. Hazlo cuando te sientas preparada.

—Eso es lo que me preocupa. No sé si algún día estaré preparada.

—Ahora duele, por mucho que no quieras —me agarró los brazos—, pero llegará un día en que, aunque siga doliendo, será un dolor más flojo. Un dolor que te permitirá respirar.

Apoyó su barbilla en mi hombro.

—Saúl, yo… siento mucho todo lo que pasó. Siento cómo me comporté.

—Shh. No quiero hablar de ello. No ahora. Bajemos a cenar.

Salimos de la habitación. Cuando estaba bajando las escaleras, escuché unas risas.

—¿Esperabais a alguien más? —le pregunté.

—La verdad es que no.

Al entrar en la cocina, me quedé sin poder reaccionar.

—¡Sorpresa! —gritó Carmen—. Ya se nos quedó mustia la niña.

Todos rieron.

—Hola, Carmen —le dije con lágrimas en los ojos.

—Anda, dame un abrazo, pedazo de tonta.

Me abracé a ella llorando y riendo al mismo tiempo.

—¿Qué haces tú aquí?

—Mi suegra, que me quiere mucho y me ha invitado a cenar.

Miré a la madre de Saúl, que me guiñó un ojo. Después miré a mi madre, que sonrió.

—¿Para mí no hay saludo? —preguntó Alejandro.

—Ya te saludo yo —le contestó Saúl—. Me alegro de verte, hermano.

—Así me gusta, que mis dos hijos vuelvan a estar unidos como antes.

—Mamá, no pasa nada entre nosotros —le dijo Saúl—. Solo es trabajo.

—No me digas que no pasa nada. Es lo mismo que entre tu hermano y Julia.

Me quedé a cuadros. ¿Hasta dónde le habría contado Saúl a su madre? ¿Qué pensaría de mí esa mujer? Miré a mi madre, quizá para que me salvara el pellejo, pero negó con la cabeza.

—Mamá —dijo Saúl—, vamos a cenar.

Saúl fue hacia su hermano y le dio un abrazo. Me dio mucha satisfacción ver esa imagen, porque por mi culpa se habían distanciado.

Nunca llegué a imaginar que la cena transcurriría como lo hizo. Mi madre y la de Saúl hicieron muy buenas migas. Alejandro y Carmen no dejaron de contarnos lo que habían hecho en todo ese tiempo.

Saúl no habló mucho. Estuvo pendiente de Mara. Ver cómo se comportaba con esa niña me llenaba de alegría, pero también me daba mucha envidia.

Envidia porque él tenía lo que yo más quería en esta vida: a esa niña.

Estábamos con el postre cuando Carmen llamó la atención de todos.

—A ver, familia, quiero deciros algo. Anabel, no nos conocemos mucho, pero, como eres la madre de esta descentrada, entras también en la familia.

—Gracias, hija —le dijo mi madre.

—Descentrada tú, guapa.

—Haya paz —me dijo mi madre tocándome la mano—. Venga, Carmen, danos esa noticia.

—¡Estoy embarazada!

Me quedé muda.

Capítulo 34



Saúl

De todas las noticias, la que menos me esperaba era esa. Cuando Carmen soltó la bomba, miré de reojo a Julia. Mientras nosotros les dábamos la enhorabuena, ella se había quedado muda, sin articular palabra alguna.

—Julia, ¿no vas a decir nada? —le preguntó Carmen.

—Felicidades a los dos —dijo muy seria.

—Hija, cualquiera diría que te ha sentado mal —le soltó Carmen, un poquito disgustada.

—No, de verdad que no. Me alegro mucho por ti.

No sé si se quedó muy conforme con la respuesta que le había dado. Para quitar hierro al asunto, miré a mi madre para que me echara un capote.

—Bueno, pues ahora la otra sorpresa —nos dijo mi madre.

—Espera, mamá. ¿Tú lo sabías?

—Hijo, pues claro que lo sabía. Me lo dijeron la semana pasada cuando vinieron a ver a la niña.

—Vaya, mamá. Eso tampoco me lo habías dicho.

—Ups, se me pasaría en ese momento.

—Hermano, ¿te molesta que venga a ver a mi sobrina?

—No seas tonto. Solo que mamá no me había dicho nada. Puedes venir a verla cuantas veces quieras. Eso va por ti también, Carmen.

Vi cómo Julia nos miraba unos a otros. También vi cómo mi madre estaba pendiente de todos sus gestos.

—Bueno, ahora voy a dar otra sorpresa —dijo mi madre—. Anabel está de acuerdo conmigo.

—En esta vida siempre se han resuelto las cosas hablando —intervino Anabel—. Bueno, casi siempre. Soy muy vieja ya…

—Mamá —le dijo Julia.

—Bueno, rectifico: mayor. Ya soy mayor que ayer.

Reímos.

—No me interrumpas más.

—Nos vas a regalar la habitación del bebé —afirmó Carmen.

—Niña, eso ya se andará —le contestó mi madre.

—He reservado una habitación en un hotel para ti —me dijo mirándome— y para Julia. Tenéis mucho de qué hablar.

—Mamá, esto no es asunto tuyo.

—Lo sé, hijo. Solo os estoy dando el primer empujón. Lo que pase después ya depende de vosotros.

Miré a Julia. Estaba jugando con la cuchara de postre en el plato, pero lo que me gustó en ese momento fue el sonrojo de su cara cuando mi madre soltó la bomba.

—Julia, ¿no dices nada? —le preguntó mi madre.

—Lo siento, no puedo. Tengo que estar con mi madre.

—Eso no es verdad, hija —le dijo su madre, y tuve que soltar una risilla—. Este tema lo hemos hablado muchas veces. Tenéis que hablar largo y tendido. Solo faltaba la oportunidad, y aquí está. No la desaprovechéis.

Me miró. Sabía que estaba pendiente de ella, como también sabía que estaba pensando en decirme algo.

—¿Esto es cosa tuya? —me preguntó con rabia.

—Para nada. Me estoy enterando ahora mismo, igual que tú. Pero tranquila, nadie te va a obligar a ir a donde no quieres.

Cogí a Mara y me la llevé a su dormitorio. Todos se quedaron en silencio. La verdad, me daba igual. No pensaba jugar otra vez como a ella le convenía. Eso se había acabado.

Me senté con Mara en la mecedora para que se durmiera. Desde que estaba conmigo, no había una sola noche que se quedara dormida sola en la cuna, y a mí me encantaba contarle historias inventadas hasta que se quedaba dormida.

Vi cómo se asomaba mi hermano. Negué con la cabeza. Sabía a lo que venía y no me apetecía hablar, pero le dio igual.

—Te prometo hablar bajito.

—Si me vas a hablar de ella, déjalo. No vas a conseguir nada.

—Se ha ido. No ha habido manera de convencerla.

Solté a Mara en la cuna, dejé una luz tenue en la habitación por si se despertaba y salí.

—No quiero saber nada, Alejandro. Ha sido un error que viniera a esta casa.

—No puedes negar que la quieres.

—No lo voy a hacer, porque la quiero más de lo que he querido a ninguna mujer.

—No sé por qué se comporta así cuando se ve a la legua que ella siente lo mismo por ti —dijo mi hermano, dándome un apretón en el hombro.

—Ella solo quería una cosa de mí y ya la ha tenido. De verdad, preferiría no hablar de ella. Pasado mañana me iré con Mara.

—¿Sigues pensando en lo mismo?

—Sí. Sé que a los niños mayores les hará ilusión. Quiero hablar con el padre Emiliano.

—Bueno, si ves que es lo mejor, adelante. Pese a nuestras diferencias, sabes que siempre estaré para ti, da igual que te equivoques o no.

—Lo sé. Siempre lo he sabido.

Y era cierto. Por muchas desavenencias que tuviera con mi hermano, sabía que siempre estaría para mí, al igual que yo estaría para él.

—Bueno, curita, me voy, que esto se está poniendo muy romántico.

—Qué cabrón eres.

—Hay cosas que no cambian, y esta es una de ellas.

Se rio.

Yo no volví a bajar. Ya me había dicho mi hermano que Julia se había ido, así que su madre tampoco estaría.

Entré en mi dormitorio, me quité los zapatos y salí directo a la terraza. Fui al minibar que tenía allí y me serví una copa.

Me senté, bebí un trago y eché la cabeza hacia atrás en el respaldo, notando cómo el líquido me quemaba la garganta.

¿Por qué tuvo que aparecer? No la había olvidado, pero era cierto que vivía bien sin ella. Sé que le dolió ver a Mara conmigo, no porque no se alegrara de que la niña viviera bien, sino porque no era ella quien la tenía.

Julia, Julia, Julia, ¿por qué no te dejas llevar?, me dije a mí mismo.

—Porque tiene miedo, ya que no sabe cómo actuar ante ti después de todo lo que ha pasado entre vosotros.

—Mamá, ¿ahora entras sin llamar?

—Si no me contestan cuando estoy llamando, sí. No quería despertar a Mara.

Tenía una puerta que comunicaba con mi habitación y esa siempre se quedaba abierta cuando ella dormía.

—Estaba agotada. No creo que se despierte.

—Hijo, perdóname. No pensé que fuera a salir de esta manera.

—Mamá, no tienes que pedir perdón, pero, por favor, no lo hagas más.

—Ella te quiere. Solo hay que ver cómo te mira.

—También me mira la frutera, y esa te digo yo que no me quiere.

—Ella no cuenta, que no juega en la misma liga que Julia.

Reímos.

—Anda, ve a descansar. Dice tu hermano que te vas pasado mañana. ¿Es eso verdad?

—Quien dice pasado mañana puede decir tres días más. Aún no lo tengo decidido. Lo mismo lo adelanto a mañana. Todavía no lo sé, mamá.

—Descansa, hijo. No bebas mucho, por favor, te lo pido. Mañana será otro día y las cosas se verán diferentes.

—Hasta mañana, mamá —le dije dándole un beso.

¿Cómo podía todo el mundo decir que me quería si a la primera de cambio salía corriendo? Entendía que nunca hubiera estado con un hombre ni se hubiera relacionado con gente de su edad, pero tampoco se dejaba ayudar.

Terminé de tomarme lo que quedaba en el vaso y me metí dentro. Vi a Mara desde el quicio de la puerta. Se había destapado. La arropé con cuidado de no despertarla y me volví a mi cuarto.

Como no podía dormirme, me puse a leer. Un error por mi parte, porque no me estaba enterando de nada. Había una persona ocupando mis pensamientos.

Otra vez a poner tierra de por medio. En ese momento era lo mejor. Necesitaba pensar bien las cosas. No iba a precipitarme; no quería eso para mí ni para Mara en aquella etapa de mi vida.

Con la mirada hacia el techo, recordé todos los momentos que había vivido con ella: su primera vez, la manera de sonrojarse, cómo me miraba a los ojos cuando la penetraba.

Noté cómo mi miembro se iba endureciendo y resoplé. No era la primera vez que me pasaba, como tampoco era la primera vez que me masturbaba pensando en ella.

Bajé mi bóxer y agarré mi miembro con la mano, subiendo y bajando, acariciando la punta con la yema de los dedos.

Volví a bajar la mano, envolviéndolo. Fui lento, acariciándome con la palma, hasta que subí el ritmo, cada vez más deprisa, imaginando que mi mano era su boca, hasta que llegó el momento en que me dejé ir.

Me levanté, fui al cuarto de baño para lavarme y me dirigí a la cama. Me tumbé, cerré los ojos, y al fin conseguí que el sueño viniera a mí.

Me despertó el llanto de Mara. Me levanté sabiendo más o menos la hora que era, ya que dormía toda la noche del tirón, a no ser que estuviera enferma.

—Ya voy, impaciente.

Miré el reloj y vi que eran las seis de la mañana.

—Ya voy, ya. Qué poca espera tienes, hija.

La cogí en brazos y le di un beso en la cabeza.

—Deja de llorar, que vas a despertar a tu abuela, y no queremos eso, ¿verdad?

—Demasiado tarde, hijo —dijo mi madre entrando en la habitación —. Esta muchacha tiene muy buenos pulmones, y yo, el sueño muy ligero.

—Lo ves, Mara, la abuela te está diciendo chillona muy sutilmente.

—Ja, ja, ja. Voy preparando el biberón. Cuando estéis listos, bajáis.

—Gracias, mamá, por todo lo que estás haciendo por nosotros.

—Eres mi hijo, y ella, mi primera nieta. No tienes por qué darme las gracias.

—Pero quiero hacerlo.

Bajamos para empezar un día más.

Capítulo 35



Julia

Estaba en la cama mirando hacia la ventana. No me podía creer cómo me había comportado la noche anterior.

Había gilipollas en esta vida, pero yo me llevaba el premio a la gilipollez. Lo había echado todo a perder. Me había reencontrado con el amor de mi vida y con la niña que me robó el corazón desde el primer segundo…

¿Y qué hice yo? Cagarla. Pero una cagada monumental, de esas de las que estás toda tu vida arrepintiéndote.

No pensaba marcharme hoy, pero, con todo lo que pasó anoche, la mejor decisión que podía tomar era irme cuanto antes.

Me levanté de la cama y entré en el cuarto de baño. Pensé en todo lo que tenía que hacer, no porque tuviera ganas en ese momento, sino porque necesitaba no pensar en él.

Cuando entré en la cocina, mi madre ya estaba preparando el desayuno para las dos.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, hija. ¿Has dormido bien?

—Bueno, si por dormir bien entiendes despertarme varias veces durante la noche, entonces sí, he dormido bien.

—Hija, yo quería decirte…

—No, mamá. No quiero escuchar nada referente a lo que pasó anoche.

—Julia, siempre evitas hablar de los problemas.

—Los que no me interesan, sí.

—Pues sigue engañándote a ti misma. Al final lo perderás del todo y te lamentarás por ello.

—No me importa. He decidido que me marcho hoy mismo.

—Como quieras, pero huir no te va a hacer sentir mejor.

—Mamá, no quiero hablar de ello. Me voy porque, de todas maneras, me iba a ir. Cuanto antes solucione y empiece todo lo que tengo en mente, mejor.

—Como veas. Si tú te vas, buscaré vuelo para marcharme.

—Como tú veas.

No dije nada más. Me serví una taza de café y cogí una de las tostadas que mi madre había puesto en el plato.

—Qué guapa estaba mi niña —le dije a mi madre cuando iba a dar mi primer bocado.

—Es una niña muy bonita. Ahora entiendo que te encariñaras con ella.

—Tenía pensado adoptarla cuando saliera del convento. Lo que no sabía era que se la iban a llevar antes de que yo pudiera salir de ese lugar.

—Lo siento, hija. Sé que, en el fondo, no nos perdonarás lo que te hemos hecho.

—Ya no importa eso, ni tampoco que no pueda tener a esa niña. Sé que con Saúl estará bien cuidada, aunque su trabajo no sea lo más adecuado para criarla.

—No lo sabes. Tiene a su madre para ayudarlo.

—Pero él pasa mucho tiempo fuera.

—Julia, no marees la perdiz ni busques tres pies al gato. Lo has tenido todo en tus manos y no lo has querido coger.

—Tienes razón, mamá. Sigamos desayunando tranquilas, que tengo mucho que hacer.

Sabía que mi madre tenía razón, pero eso no podía admitirlo. No podía admitir mi derrota, como tampoco quería pensar en ella.

Dejé la taza en el lavavajillas, le di un beso a mi madre y fui a mi cuarto a hacer la maleta.

Había pensado en llamar al padre Emiliano, pero después decidí que lo mejor era darle una sorpresa a él y a los niños.

Había reservado por internet una habitación en un hotel hasta que encontrara dónde vivir. Estaba tan ilusionada con ese proyecto que hasta me daba miedo.

Empecé a hacer las maletas. No me llevaría mucha ropa, solo lo necesario. Ya compraría más cuando estuviera instalada.

Fui al cajón de la cómoda y saqué la carta que me había dejado mi padre. La cogí como si me quemara en las manos.

Tenía curiosidad por leer lo que escondía, pero al mismo tiempo tenía miedo. Miedo de encontrar algo que no me gustara o que me hiciera más daño. Ya no lo soportaría.

Por un momento estuve tentada. Abrí un poco la solapa, pero al final me contuve y la metí dentro de la maleta antes de cerrarla.

Cuando le dije a mi madre que no estaba preparada para leerla, lo decía en serio. De mi padre podía esperar cualquier cosa, por mucho que yo fuera su hija.

Seguí guardando todo lo de mi aseo personal en una mochila. Solo tenía que meter dos bolsas de aseo: una de pinturas y otra con laca de uñas y demás.

Una vez guardado todo, miré el reloj. Eran las diez de la mañana, muy buena hora para ponerme en camino. Me esperaban dos horas y media de trayecto y quería aprovechar bien el día.

Miré una vez más mi dormitorio y salí cerrando la puerta.

Mi madre estaba sentada en la cocina, con una taza de café entre las manos, mirando hacia la ventana.

—Mamá, ya estoy lista.

—¿Estás decidida? No me importa que te eches atrás.

—Pero a mí sí. Estaré bien, no te preocupes. Necesito hacer esto por mi salud mental.

—Si yo no digo nada, hija. Solo preguntaba.

—Anda, ven. Dame un abrazo.

—Prométeme que me llamarás, pero, sobre todo, que estarás bien.

—Lo primero te lo prometo. Lo segundo ya es otro cantar. Me esforzaré, pero espero que, con la ayuda del padre Emiliano, todo sea más liviano.

—Cuando lo tengas todo listo, prometo ir a verte con tu padre y tu abuela.

—Qué vergüenza. Les debo una disculpa, y de las grandes.

—Ya tendrás tiempo de hacerlo. De todas maneras, yo te ayudaré con todo.

—Gracias, mamá. Aunque no te lo diga muy seguido, te quiero.

—Yo también.

Me dio un abrazo que por poco no me rompe.

—Anabel, te recuerdo que tu hija aún es de carne y hueso y, si sigues así, puede que pase a ser un ser inerte.

Soltamos una carcajada.

—Lo siento, hija, no me di cuenta. Te voy a echar de menos.

Jamás pensé que pudiera escuchar a mi madre decirme esas palabras.

—Yo también. Pero esta vez será distinto. Hablaremos todos los días por videollamada, ¿te parece bien?

—Claro que sí. Venga, te llevo a la estación.

—No, ya he pedido un taxi. Si no, perderé el tren con tanta despedida. Ya tengo otra cosa pendiente.

—¿Llamar al taxi?

—No —reí—, ese ya lo he llamado. Sacarme el carné.

—Ja, ja, ja. Desde luego, hija, tienes el don de sacarme una sonrisa en los momentos serios.

—Eso lo he estado haciendo todos estos años por mis niños y por mí misma.

Me entró un mensaje de que el taxi ya estaba esperándome en la puerta.

Mi madre me acompañó hasta él y le pidió al taxista que me llevara por el camino más corto y nada de robarme.

Me tuve que reír, porque la cara que se le quedó al taxista era digna de enmarcar.

—Buenos días —saludó mi madre mientras el taxista guardaba la última maleta.

—No le haga caso a mi madre, está nerviosa. Piensa que me van a secuestrar o algo así.

—Tranquila, estoy acostumbrado a este tipo de comentarios. ¿Dónde la llevo?

—A la estación de tren, por favor.

Asintió y nos pusimos en marcha. Dije adiós a mi madre y me puse a mirar el móvil. No tenía ningún mensaje de nadie. Bueno, de nadie no: de Saúl. Después de todo lo que le había hecho, no creía que quisiera hablar conmigo.

Llegamos a la estación. Pagué al taxista, saqué mis maletas y me dirigí hacia el andén que me llevaría a ver a cada uno de esos niños que durante tanto tiempo me alegraron el alma. Nos habíamos cuidado los unos a los otros, formando una gran familia.

Me dirigí a una de las cafeterías, puesto que aún faltaban tres cuartos de hora para que el tren pusiera rumbo hacia mi destino. No me importó; lo hice adrede para poder tomarme otro café.

Antes de que terminara de sentarme, se acercó una camarera.

—Hola, ¿qué te pongo?

—Un café bien cargado, por favor —le pedí.

—Que sean dos, por favor.

Cuando escuché esa voz, levanté la mirada del móvil y miré hacia atrás.

—¿Tú? ¿Quién te ha dicho…? Da igual, ya sé quién ha sido. Es la única que lo sabe.

—Pues si lo sabes, ¿para qué preguntas? ¿Pensabas que te iba a dejar sola?

—La verdad es que sí. Ahora tienes tu propia familia.

—No vayas a empezar a tocarme los ovarios, bonita, que necesito paz y tranquilidad. Piensa en mi embarazo.

—Pues por eso te lo digo.

—Madre mía, Julia, a todo le tienes que sacar punta, como si tu vida fuera un lapicero.

—Vale, vale. Te agradezco mucho que me acompañes, la verdad. Voy cagada de miedo. No sé qué pasará con todo lo que tengo pensado.

—Pues que todo te va a salir bien, ya lo verás. Ahora, cuando nos montemos en el tren, me lo cuentas con pelos y señales. De todas maneras, de algo tendremos que hablar.

—No sé cómo me soportas con lo mal que me he portado contigo.

—Nada, mujer, solo has sido un poquito cabrona.

Rio.

—¿Cómo llevas el embarazo?

—Ya bien. Al principio echaba todo lo que me entraba por la boca. Bueno, todo no. Había algo que no.

Escuchar eso hizo que se me fuera el café por mal sitio y empezara a toser. Tanto que, cuando quise darme cuenta, estaba vomitando allí mismo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó uno de los camareros.

—Sí —le dijo Carmen—. Solo se le ha ido por mal sitio y vomita.

—Lo siento —le dije al camarero.

—No pasa nada, señorita.

Qué vergüenza me dio. Menos mal que no había mucha gente en la cafetería en ese momento.

—Desde luego, hija, cómo te gusta llamar la atención.

—Por tu culpa. Vámonos de aquí.

Dejé el dinero en la mesa y salimos hacia el tren.

Capítulo 36



Julia

Me sorprendió que Carmen tuviera el billete al lado del mío. Cuando el tren se puso en marcha, se lo pregunté.

—Oye, Carmen, ¿cómo es que tienes el asiento contiguo al mío?

—¿Te recuerdo quién es el padre de mi hijo?

—No, no hace falta. Ya lo pillo.

Rio.

—Pues eso. No pensaba dejarte sola, Julia. Sé que igual he sido demasiado dura contigo, pero, hija, reconoce que eres un poco tonta.

—Vaya, gracias. No sabía que eras tan buena amiga.

—No te lo tomes a mal. Sé que, por circunstancias de la vida, te falta mucha calle, como se suele decir, y quizá por eso actúes de esa manera.

—Ha adoptado a Mara —le dije en un susurro—. No es que me importe.

—Pero te importa. ¿Has hablado con él?

—Más o menos. Tampoco es que le dejara mucho.

—¿Lo ves? No dejas que te explique. Él quiso que lo supieras mucho antes que nadie, pero los celos te cegaron y no lo dejaste hablar.

—Ya, no me lo recuerdes.

—En fin, que le has dado muchos dolores de cabeza, sin contar que, por tu culpa, peleó con su hermano y han estado sin hablarse apenas.

—No era mi intención, de verdad.

—Ya, como tampoco era tu intención cabrearme a mí. Bueno, por tu futuro sobrino o sobrina, vamos a correr un tupido velo y a empezar de cero. Y ahora cuéntame todos esos planes que tienes.

Y eso hice. Le conté todo lo que tenía en mente con el dinero de la venta de la empresa y la imprenta de mi padre. Todo lo que quería hacer por los niños a los que tanto echaba de menos.

—Me parece muy bonito todo lo que vas a hacer. Esos niños se van a volver locos cuando te vean aparecer.

—Eso espero. Quiero que vivan como una gran familia. Me voy a ocupar de ellos hasta que sepan qué hacer con su vida, pero primero tendré que saber yo qué hacer con la mía.

—Al final Sandro no ha sido tan cabrón.

—Tengo una carta suya que aún no he leído.

—¿Y a qué estás esperando?

—No estoy preparada. Me da miedo lo que diga esa carta.

—Dámela, que a mí no me da miedo.

—No te lo crees ni tú. ¿Qué sabes de tu primo?

—Qué sutil eres a la hora de cambiar de conversación.

—Está bien. Ahora mismo sin trabajo, pero bien.

—Quiero contar con él para mi proyecto. Con Diana también.

—Pues me alegra mucho escucharte decir eso. Habla muy bien de ti.

—Le debo mucho, y lo sabes.

Nos quedamos en silencio. Ella sacó un libro de su bolso y yo me eché hacia atrás, mirando por la ventanilla, hasta que cerré los ojos.

No me di cuenta de que me había quedado dormida hasta que desperté y vi que Carmen no estaba sentada en su asiento. El tren estaba parado. Miré por la ventanilla para ver si sabía dónde estábamos.

—Aún nos queda un poquito. Estamos en Córdoba. Toma, anda, una Coca-Cola y este bocadillo.

—Gracias. Me he quedado dormida.

—Se ha enterado todo el tren. Anda que no roncas.

—Qué mentirosa eres. Anda, come y cállate.

Nos comimos el bocadillo mientras hablábamos de los planes que tenían ella y Alejandro. Me tuve que reír cuando me dijo que se mudaba al sur, y yo le recordé aquello de quedarse en Nápoles.

—Eso quedó en el pasado, niña. La tierra de una tira más.

No podía parar de reír, pero me reía por cómo lo contaba. Seguimos hablando de Alejandro, de lo contento que estaba con la noticia de su paternidad y de lo bien que la estaba cuidando.

Por fin llegamos a la estación. Al bajarnos del tren, me encontré con la sorpresa de que Eduardo y Diana estaban esperándonos con una pancarta en la que decía: «*Bienvenidas a casa*».

No pude aguantar las lágrimas. No me esperaba un gesto así. Bueno, en realidad, no esperaba recibimiento alguno.

—Hola, guapo —le dije a Eduardo dándole un abrazo.

—Hola, preciosa. Me alegro mucho de volver a verte.

—Yo también me alegro, aunque no sea tan guapa —me dijo Diana abrazándome.

—Sí que lo eres. No os esperaba aquí.

—Lo sabemos, pero alguien nos dijo que te haría bastante ilusión.

—Ese alguien me conoce muy bien.

—Bastante. Y vámonos ya de aquí, que tengo mucha hambre. Esto que tengo aquí dentro solo me pide comer.

—Si te has comido hace nada un bocadillo más grande que tú.

—Da igual, pero me falta el postre.

Salimos de la estación riendo por lo que había dicho Carmen y nos fuimos a comer al bar que había enfrente.

Como todos habíamos comido, pedimos café y un trozo de tarta de tres leches que, por cierto, estaba buenísima.

Estuvieron convenciéndome para que me fuera a su casa, ya que tenían sitio de sobra para las dos. Me negué. No quería perturbar la intimidad de nadie, aparte de que necesitaba estar sola.

—Venga, mujer, vente con nosotros.

—No, Carmen. Necesito estar sola, preparar todo lo que tengo que hacer. Espero que lo entendáis.

—Pues nada, chica, tú misma. Después no digas que estás sola.

—Carmen, si necesita estar sola, hay que respetarlo —le dijo Eduardo.

—Tonterías, pero bueno, allá ella.

—No te preocupes, se le pasará. Ya sabes cómo es mi prima. Llámame si me necesitas para lo que sea —me dijo dándome un abrazo.

Me despedí de ellos y entré en el hotel. Fui a recepción, donde me dieron la llave y me desearon una feliz estancia.

Nada más entrar en la habitación, llamé a mi madre para que se quedara tranquila. Lo que no me esperaba es que estuviera en el aeropuerto. Había buscado un vuelo y había conseguido uno que salía en una hora.

Me alegraba mucho por ella. Si Fabio era el amor de su vida, no tenía que dejar pasar ni un día más. Nos despedimos y me prometió que me avisaría en cuanto llegara.

Saqué la ropa de la maleta, la guardé en el armario y lo siguiente que hice fue llamar al padre Emiliano.

—Hola, padre, soy Julia.

—Hola, hija. Estaba esperando tu llamada, pero no hoy.

—Bueno, digamos que la cosa se ha complicado.

—¿Todo bien?

—Sí, todo está bien. Ya le contaré mañana. Solo llamaba para decirle que ya estoy aquí.

—Mañana nos vemos a las diez en la puerta del hotel.

—Hasta mañana, padre.

Colgué el teléfono y lo tiré sobre la cama.

Me asomé a la ventana. Qué mala suerte. Me había tocado una habitación sin terraza y, encima, daba a un patio interior.

Pero, como solo estaba de paso, me daba igual. Al día siguiente buscaría una casa. Me dejaría guiar por el padre Emiliano, porque yo apenas conocía la ciudad.

Me tumbé en la cama. Estaba tan ilusionada que los nervios no me dejaban quedarme quieta. Me imaginaba a todos mis niños en su nuevo hogar. Uno de verdad. Solo para ellos. Un lugar donde pudieran sentirse seguros y dejaran de vivir como si todo fuera prestado.

No veía la hora de que tuvieran habitaciones dignas, espacios propios y rincones donde estudiar, jugar o estar tranquilos. Mi idea era que durmieran dos por habitación, con su cuarto de baño, y que hubiera salas de estudios separadas por edades, no todos juntos en un mismo sitio.

Y así con todo. Quería que no les faltara nada, empezando por lo básico. También pensaba sentarme con ellos y escucharlos. Que participaran, que me dijeran qué les gustaba y qué no, que sintieran que aquel proyecto también era suyo.

Ay, si solo de pensarlo me daban ganas de saltar en la cama.

Era la hora de cenar, pero la verdad es que no tenía mucha hambre. Pedí que me subieran algo de fruta.

Abrí una carpeta que había dejado encima de la mesa. Ahí estaban todos los papeles que me harían falta. Me faltaba lo más esencial: un abogado. Contaba con que el padre Emiliano conociera a alguno de confianza.

Cuando todo aquello estuviera solucionado, llamaría a Saúl y le contaría todo lo que tenía en mente para mis niños.

Llamaron a la puerta y fui a abrir. Era un chico con la fruta que había pedido.

—Le he traído chocolate por si quiere mojar la fruta.

—Eso ni se pregunta —le dije.

El chico soltó una risilla.

—Ya lo dijo la cocinera: no hay nadie que se resista al chocolate.

—Ja, ja, ja. Desde luego que no. Solo al que no le guste el chocolate —le dije con una sonrisa—. Siento decirte que no tengo nada de efectivo para darte propina.

—No pasa nada. No tiene por qué.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Mañana te prometo que la tendrás.

Salió sin decir nada más. La fruta venía muy bien presentada. Encendí el televisor y me senté a comérmela mientras echaba un vistazo a la programación.

Me encontré con una de esas películas que te pasas todo el tiempo llorando. Por más que me decía a mí misma que cambiara de canal, no podía hacerlo. Acabé abrazada a mis piernas, llorando a moco tendido.

Cuando terminó, me fui a darme una ducha ligera. Con el llanto me había entrado sueño. Además, había descubierto que, mientras dormía, no pensaba en Saúl, porque pensar en él me hacía daño.

Capítulo 37



Julia

Me levanté temprano. Por mucho que lo intenté, no había descansado bien. Tenía que solucionar lo del sueño, pues cada vez descansaba menos.

No pude aguantar las ganas de ver al padre Emiliano. Tanto fue así que llevaba media hora en la puerta del hotel, como si por esperar allí fuera a llegar antes.

Mi desesperación crecía por momentos. Ya eran más de las diez y aún no había llegado.

Pensé en ir hasta la iglesia, pero lo descarté de momento, porque bastaba con que me moviera del hotel para que él apareciera.

Cuando ya creí que no vendría, lo vi aparecer por la esquina. Venía todo lo ligero que podía.

Cuando estaba llegando a mí, lo vi resoplar, y eso me hizo reír.

—Eso, ríete de este pobre cura.

—Hola, padre. Por fin nos volvemos a ver —le dije dándole un abrazo.

—Hola, hija. Por fin puedo. Debería echarte un sermón por irte de la manera en que lo hiciste.

—Lo siento, pero tenía que hacerlo.

—Bueno, vamos a caminar y hablamos. ¿Has desayunado? —preguntó frotándose la barriga.

—No me entraba nada.

—Pues yo ahora mismo me comería un león, hija.

Reímos por su comentario y fuimos caminando hasta una cafetería. Nos sentamos en la terraza, en el lado donde no había nadie.

—Hija, sentarnos aquí tan apartados de los demás resulta sospechoso.

—Diga que me va a confesar, que soy alérgica a las iglesias.

Vino el camarero a tomarnos nota y se fue dejándonos solos.

—He visto a Mara —fue lo primero que le dije.

—Lo sé. Y al padre también.

Me quedé sin saber qué decir.

—Julia, lo mismo que sé de ti, también sé de Saúl. Hablo mucho con él.

—Padre, he metido la pata con él hasta el fondo. Es la segunda vez que lo echo de mi vida.

—Hija, hay veces que hacemos las cosas por miedo a equivocarnos, sin saber que ya lo estamos haciendo al tomar decisiones a la ligera.

—Lo sé, y me arrepiento de ello… Pero hablemos de lo que de verdad nos interesa.

—Julia.

En ese momento no pude decirle nada porque llegó el camarero con los desayunos.

—Sé lo que me va a decir, y sí, también me importa, pero antes tengo que solucionar lo de los niños.

—He encontrado un lugar. Está en una urbanización privada. Son cuatro chalés, en calles diferentes.

—Padre, pero eso no nos vale.

—Hija, no he terminado. Dos están en una calle y los otros dos, en la de enfrente.

—Me parece bien. Me da igual lo que pidan por ellos.

—No corras tanto. Hay un pequeño problema.

Escuchar esa palabra hizo que me tensara.

—Hay que pedir permiso a los vecinos.

—Pues no entiendo por qué.

—Hija, porque lo que tú quieres hacer es un centro para niños sin hogar, y eso no a todo el mundo le parece bien.

—Vaya. ¿Cómo se ha enterado de todo eso?

—Por alguien que conozco muy bien y que vive al lado de una de las casas.

—Entonces ya tenemos uno por el que no nos tenemos que preocupar.

—No sé yo, pero vamos a comer antes de que se nos enfríe el pan.

Desayunamos en silencio. Con eso el padre Emiliano no partía peras. Para él, comer en silencio era un remanso de paz.

Cuando terminamos de desayunar, le pregunté por los niños y se echó a reír.

—¿Padre? —le pregunté extrañada por esa risa.

—Ay, hija, no me río por la pregunta. Me río porque parecía que estabas deseando terminar de desayunar para hablar.

—Es que vaya manía la suya con comer en silencio.

—Supongo que ya es la costumbre, pero es cierto que me da paz. Y puedes ir a ver a los niños cuando quieras.

—Lo mismo voy esta tarde, pero sigamos con lo que nos interesa en este momento. ¿Cree que tendremos problemas con los vecinos?

—No lo sé, hija. No los conozco a todos. Lo que sí sé es que tenemos a la mayoría de nuestra parte.

—De verdad, no sabe las ganas que tengo de terminar, y eso que aún no ha empezado.

—Me alegra ver que este proyecto te hace feliz.

—No imagina cuánto, padre. Tengo que ver esas casas y saber de qué terreno podemos disponer. Ya he contratado al arquitecto.

—Pero que yo me entere: ¿hablamos de hacer una escuela hogar o has cambiado de opinión?

—No, sigo con lo mismo. Aunque estudien fuera, no dejará de ser una escuela hogar. Tendrán aulas y tutores para cuando tengan que estudiar, un gimnasio, una piscina cubierta y otra exterior.

—Eso te costará mucho dinero.

—Lo sé, padre, pero ese dinero, de momento, lo tengo. Más adelante, Dios dirá.

—Entonces vamos a ir paso por paso. Voy a llamar a la inmobiliaria e iremos a ver el lugar.

Asentí con la cabeza, regalándole una sonrisa. Me sentía eufórica. Al fin podría sacar a esos niños de aquellas cuatro paredes.

Fuimos andando hasta la inmobiliaria y, de allí, nos marchamos con la chica en su coche para ver las propiedades. Cuando le dije que quería los cuatro terrenos, se echó las manos a la cabeza, así que tuvimos que contarle los planes que teníamos.

Cuando llegamos al lugar, no podía creer lo que estaba viendo. Cada casa era grandísima, no solo por dentro, sino también por el terreno que tenía.

Era idóneo. Estaba al principio de la urbanización, y eso me gustaba más, porque así quizá tendría la ventaja de que no se quejarían tanto los vecinos.

Me indicó la casa del único vecino que no se resistía. Estaba al lado de una de las que se vendían.

—¿Podemos ir a conocer al vecino nuevo?

—No está en este momento.

—Vaya. Bueno, en otra oportunidad.

La chica nos comentó que estaría bien hablar con el presidente de la comunidad para reunir a todos los vecinos y contarles mi proyecto.

Me pareció una buena idea y el padre Emiliano se encargaría de eso.

—Bueno, hija, yo tengo que irme. Te espero esta tarde para que veas a los chicos.

—Gracias, padre, por toda su ayuda.

Me fui caminando y él se marchó con la chica. Quería conocer un poco la ciudad en la que había vivido, pero que no conocía.

Paseé por sus plazas y por las calles del casco antiguo, entre balcones llenos de flores, abuelas sentadas a la puerta y mujeres que te saludaban al pasar como si te conocieran de toda la vida.

Después de unas cuantas horas andando, el olor a pescaíto frito me hizo sentarme en una terraza a comer algo.

Pedí un variado de pescaíto y una cerveza. Creí que con eso tendría más que suficiente.

Mientras esperaba, miré otra vez los bocetos del colegio. Cuanto más los miraba, más me gustaban y más ganas tenía de empezar.

Llamé a mi madre para saber qué tal su llegada a Nápoles. Me había dejado un mensaje la noche anterior por si estaba durmiendo.

La noté contenta y, aunque aún le guardaba un poquito de rencor, me alegraba mucho por ella. Se merecía ser feliz. En realidad, todos nos merecíamos ser felices.

Llegó la hora de ir a ver a los niños. No sabía qué llevarles, así que les compré lo que a todo niño le gusta: chocolate y chuches.

Entré por la iglesia y me fui hacia la sacristía. Allí estaba el padre Emiliano mirando unos papeles.

—¿Puedo pasar?

—Hija, no te esperaba tan pronto.

—No podía aguantar más. Ya sé que es la hora de la merienda, pero prefiero esperar aquí.

—Venga, vamos. Yo mismo te acompañaré. No me pierdo esto ni de broma.

Fuimos andando por un pasillo. Según avanzábamos, mi piel se erizaba. Mis recuerdos se agolpaban, y no eran precisamente los buenos.

Llegamos al patio y vi cómo salían los niños del comedor.

—Escóndete ahí —me dijo el padre Emiliano—. Quiero ver sus caras cuando te vean.

Me escondí detrás de una columna, pero Milagros ya me había visto y tuve que hacerle un gesto para que se callara.

—Chicos, tengo una sorpresa para vosotros —les dijo, poniéndolos a todos mirando hacia él.

—¿Es Mara otra vez? —preguntó Rocío.

—No, esta vez no es Mara.

—¿Cuándo vendrá otra vez a vernos? —esta vez fue Lucas quien preguntó.

—No lo sé. Quizá lo haga pronto.

Me quedé un poco parada al escuchar esa conversación. No me había dicho nada. Quizá lo hizo para no hacerme sentir mal.

—Padre, denos una pista —le dijo la pequeña María—. No somos adivinos.

Tuve que aguantar una risilla. Vi cómo Milagros tenía la mano en la boca y cómo le caían las lágrimas por las mejillas.

—Venga, gritad conmigo: ¡Sorpresa, sal ya!

Cuando todos lo hicieron y me fui asomando poco a poco, se quedaron parados, con la boca abierta.

—Vaya, ya os habéis olvidado de mí. Qué pena más grande.

—¡¡Julia!! —gritaron todos al unísono, y vinieron corriendo hacia mí.

—Hola, corazones. Cómo os he echado de menos.

Se abrazaron a mí como pudieron, todos a la vez. Milagros vino hacia nosotras.

—Chicos, dejadme que le dé un abrazo y una colleja por irse sin decir adiós.

Reímos todos cuando dijo eso.

—Te he echado mucho de menos, lo mismo que a Carmen —me dijo llorando.

—Yo también, pero no llores más, anda, que me vas a hacer llorar a mí también.

Saqué las chocolatinas, les di una a cada uno dejando las otras en la bolsa, y nos sentamos en el suelo, en corro, como habíamos hecho tantas veces.

—¿Para mí no hay? —dijo una voz en mi oído que no esperaba escuchar.

Capítulo 38



Saúl

Cuando pregunté si para mí no había, noté cómo se tensaba, y eso me hizo sonreír.

—¡Mara! —gritó Rocío, y se levantó viniendo hacia la niña.

—Hola, Rocío —le dije dándole el carrito donde estaba sentada Mara.

—Padre Emiliano.

—Hola, hijo. No has aguantado nada, ¿eh? —me dijo riendo.

—¿Usted lo sabía? —le preguntó Julia, todavía sin reaccionar.

—Sí, hija, pero no podía decirlo. Era una sorpresa.

—Chicos, me la llevo un rato. Os dejo a Mara. Cuidad muy bien de ella.

—Espera. A mí no me has preguntado si quiero irme —me dijo bajito para que los niños no se enteraran.

—Tenemos mucho de lo que hablar. O vienes por las buenas o por las malas. Tú decides.

—Padre, ¿no le dice nada? —le dijo en modo de súplica.

—No, hija. Estoy de acuerdo con él. Tenéis mucho de lo que hablar.

—Milagros, en la bolsa está el pijama y todo lo que necesita.

—Vete tranquilo.

—¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Esto es una encerrona?

—No preguntes tanto y vámonos.

La cogí de la mano y salí de allí tirando de ella. Le abrí la puerta del coche para que subiera y cerré, mirándola un momento. Cuando noté que tocaba el cristal, fui hacia mi lado y me monté.

No tenía ni idea de adónde la llevaba, como tampoco sabía que yo estaba al tanto de todo lo que tenía en mente. Cuando lo supiera, se iba a llevar otra gran sorpresa.

—¿Dónde vamos?

—Ya te lo he dicho. Vamos a hablar.

—Pero digo yo que para hablar tendremos que ir a algún sitio.

—¿La habitación de tu hotel? —pregunté aguantándome la risa.

—Ni de coña.

—Vamos a mi casa. Quieras o no quieras.

—Esto es un secuestro.

—Denúnciame, pero hoy dejamos las cosas claras sí o sí.

La miré de reojo y vi cómo apretaba la mandíbula. No quería reírme para que no pensara que me reía de ella. Todo lo contrario: me reía de la situación, de todas las preguntas que seguro se estaría haciendo.

—Te va a reventar el cerebro de tanto pensar.

—No estoy pensando nada.

—Mentirosa. Si te estoy escuchando desde aquí.

Soltó una carcajada.

—Así me gusta, que te relajes.

—No quiero ir a tu casa.

—Pues lo siento, pero no hay otro sitio. Y no solo vamos a ir a mi casa, sino que te quedas a dormir también.

—Eso no te lo crees ni tú.

No le contesté. No quería decir nada más, porque la veía capaz de tirarse del coche en marcha.

Llegamos a la urbanización donde vivía. Abrí la verja y seguí hacia delante. Por el rabillo del ojo la vi mirando; parecía una jirafa con el cuello tan estirado.

Paré el coche en la acera. Seguramente se quedaría allí toda la noche.

—Ya hemos llegado. ¿No te bajas?

—¿Tú vives aquí? —preguntó mirándome.

—Sí. La compré cuando me vine aquí.

—Querrás decir cuando mi padre te puso a vigilarme.

—Si lo quieres ver así, pues sí. Pero no solo vivo aquí: este año soy el presidente de la comunidad.

Su cara de sorpresa era para enmarcar. Por nada del mundo se esperaba lo que estaba escuchando.

—Ponte cómoda, yo voy a hacerlo.

—Como si no supieras que no tengo ropa.

—¿Ves esa bolsa de ahí?

Asintió.

—Pues cógela, que es tuya. Tienes un pijama, pantalones de chándal y camisetas, cortesía de Carmen.

—Ella sabía todo esto —no lo preguntó, lo afirmó.

—Ha sido mi cómplice. Anda, ven, vamos a cambiarnos.

Subimos las escaleras y la llevé hasta mi dormitorio.

—Este es mi cuarto —le dije, parándome en la puerta—. Puedes quedarte conmigo o dormir en ese de ahí. Tú decides.

Entré dejándola en medio del pasillo. Quería que entrara conmigo, pero no iba a obligarla. De todas maneras, no saldría de mi casa hasta que dejáramos las cosas claras.

Me estaba quitando la ropa cuando sentí unos pasos hacia dentro. No quise moverme. No quería que se arrepintiera.

Se puso a mi lado y empezó a sacar ropa de la bolsa. Vi cómo cogía unas braguitas negras de encaje.

—Qué capulla está hecha la tía —dijo riendo.

—Eso es que quiere lo mejor para ti —le dije quitándoselas de la mano.

—Saúl, yo…

—No quiero que digas nada, como tampoco quiero que hagas algo que no quieras.

—Tengo miedo. No sé cómo comportarme contigo. Todo lo que ha pasado, tú, lo que siento… Se me ha venido todo demasiado grande.

—Déjame que te ayude, Julia. Sé que me quieres, y eso no lo puedes negar por mucho que quieras.

—No te me vengas tan arriba, anda.

Solté una carcajada.

La cogí por la cintura, atrayéndola hacia mí. No le pedí permiso para besarla; tenía tantas ganas de hacerlo que me parecía mentira tenerla allí delante.

Nos separamos para coger aire y volvimos a juntar nuestras lenguas. Noté cómo mi miembro se ponía duro y la acerqué más a mí para que lo sintiera.

—Saúl, hazlo ya —me pidió en modo de súplica.

—¿Hacer el qué?

—No te hagas el tonto, que no te pega. Métemela ya.

—Tus deseos son órdenes para mí.

De pie como estaba, hice que recostara medio cuerpo sobre la cama. Me bajé el bóxer, que era lo único que llevaba puesto, y le bajé las braguitas, pasándole dos dedos por la vulva, que ya estaba mojada.

La cogí por las caderas y, sin decir nada, la penetré de una vez. El grito que soltó hizo que me excitara más de lo que ya estaba. Me volvía loco escucharla gemir y decir mi nombre. Me miraba por encima del hombro mordiéndose el labio.

No aguantamos mucho más ninguno de los dos. Cuando quise darme cuenta, nos estábamos corriendo a la vez.

—Lo siento, las ganas me pudieron —le dije con una sonrisa.

—Ya me he dado cuenta. Tanto te han podido que ni siquiera has puesto protección.

—Lo siento, Julia. Ahí tienes el baño.

—No pasa nada. No creo que tenga tan mala suerte —me dijo caminando hacia él.

No se puede planear nada. Mi plan inicial no era empezar por el final y dejar el principio para después, pero ya no había nada más que hacer.

Cuando salió del baño, la dejé sola en el cuarto para entrar yo.

—¿*Pizza*? —le pregunté al salir.

—Me da igual lo que sea, pero con postre.

Me guiñó un ojo.

Llamé pidiendo dos *pizzas* de tamaño familiar: una barbacoa y otra carbonara, que era la que le gustaba a ella.

Le enseñé la planta de arriba, donde tenía tres dormitorios aparte del mío y dos cuartos de baño: uno en el pasillo y el de mi habitación.

La planta de abajo era abierta, con un aseo en un lateral. También le enseñé el pedazo de jardín que tenía la casa en la parte de atrás, con piscina.

—Tienes una casa muy bonita —me dijo cogiendo la copa de vino que le ofrecí.

—No tan bonita como tú.

Saqué un plato donde puse queso y un poco de jamón.

—Ven, vamos al jardín. Ahí hablaremos más cómodos.

Salimos y nos sentamos en la mesa que tenía en el porche.

—El padre Emiliano me ha contado tu proyecto. Bueno, más o menos sabía algo, pero no tan detalladamente.

—Yo no quiero ese dinero, y qué mejor manera de gastarlo que en este proyecto. ¿Quieres que te lo enseñe? —me preguntó toda ilusionada.

—Claro. Quiero que me lo cuentes todo.

Me enseñó planos, cómo quería que fuera la casa de acogida, las habitaciones, su distribución, dónde iría el comedor, las aulas de estudio…

Yo la escuchaba embobado. Nunca había visto a una persona tan ilusionada como lo estaba ella.

—¿Me ayudarías a convencer a los que se oponen?

—Te ayudaré. Es más, mañana convocaré una reunión para dentro de dos días. ¿Te parece? Quiero que estés tú, para que les expliques todo lo que se va a hacer.

—Gracias.

—De nada. Pero ahora tenemos que hablar de nosotros, Julia. No vale posponerlo más tiempo.

—No hay nada de qué hablar. Ya te dije que lo siento, que lo que siento por ti es verdadero, solo que no sé cómo actuar.

—Siendo tú. No quiero una mujer que reprima su manera de ser. Cuando no sepas cómo actuar, dímelo. Déjame ayudarte, Julia. No concibo una vida sin ti.

—¿Eso quiere decir que estoy perdonada?

—Eso quiere decir que empecemos de cero.

Vino hacia mí y me dio un abrazo.

—Te quiero muchísimo, Saúl. Siempre serás mi primer y único amor.

—Eso espero, si no me partirías el corazón.

—¿Sabes una cosa?

—Pues si no me la dices, no.

Rio.

—Me habría gustado adoptar a Mara, pero no me dio tiempo. Se la llevaron antes de que pudiera hacerlo.

—Sé que la quieres mucho, y estando conmigo la verás todos los días. Quiero que dejes la habitación del hotel y te instales con nosotros.

—¿Me lo dices en serio?

Asentí con la cabeza.

—Gracias. No pensé que esto pasaría algún día.

—Si yo no hubiera cedido, desde luego que no.

—Puede ser.

—Julia, ¿has leído la carta?

—Me da miedo. Es cogerla en las manos y me quema.

—Algún día tendrás que hacerlo.

—Lo sé, pero me da pánico que no me guste lo que pone en ella.

—Tienes que dejar el miedo atrás. No puedes vivir toda tu vida con ese miedo.

—Quizá tengas razón.

Llamaron a la puerta y supe que era el repartidor de las pizzas. Le di un beso y me levanté a por ellas.

Capítulo 39



Julia

Había pasado toda la noche con Saúl, y no precisamente durmiendo. Digamos que recuperamos un poco el tiempo perdido. Aunque eso nunca se recupera, lo importante era que nos habíamos dado otra oportunidad.

Saúl tenía razón. Debería leer esa maldita carta de una vez. ¿Que tenía miedo? Mucho. ¿Que me comía la curiosidad? Pues también, pero nunca encontraba el momento de hacerlo.

Estaba terminando de ducharme. Pasaría por el convento, estaría un rato con los niños y me llevaría a Mara conmigo. Sí, eso he dicho. Saúl tenía que arreglar varias cosas, una de ellas recoger mis cosas del hotel, ya que me había pedido que me quedara con él en su casa.

Al principio me resistí. Es verdad que lo hice con la boca pequeña, porque no había otra cosa que quisiera más que estar con mi niña y con él.

—Julia, ¿te queda mucho? —me preguntó Saúl desde el salón.

—No, ya mismo bajo. Me queda peinarme.

—Pues espabila si no quieres quedarte sin desayunar.

Esas palabras me hicieron reír, no por lo que dijo, sino por cómo lo dijo.

—Tampoco he tardado tanto.

—No. Si te descuidas, te da la hora de la comida.

—Eso no es verdad —le dije dando un sorbo al café—. He decidido leer la carta de Sandro.

Saúl dejó la taza en la mesa y me miró muy serio.

—¿Estás segura?

—No, pero ya va siendo hora de cerrar ese capítulo de mi vida.

—¿Y si no te gusta lo que lees? —preguntó sin dejar de mirarme.

—Ese es mi miedo, pero, como tú dices, no puedo alargarlo más. Cuanto antes la lea, mejor.

—Bueno, ahora no pienses en eso. Piensa en el día tan maravilloso que vas a pasar con Mara.

—¿Crees que, si pido permiso, me dejarán sacar a los demás niños?

—No lo sé, y menos tan precipitado, pero puedes intentarlo.

Desayunamos en silencio, cosa que agradecí. No dejaba de pensar en esa maldita carta, pero, en cuanto la tuviera en mi poder, la leería.

Una vez que terminamos de desayunar y recogimos todo, salimos de la casa. Saúl me llevó a recoger a Mara.

Me dejó en la puerta de la iglesia dándome un beso y se marchó pidiéndome, por favor, que lo llamara por cualquier cosa.

Entré con paso decidido en busca del padre Emiliano. Sabía dónde encontrarlo y me dirigí hacia allí.

—Buenos días, padre —dije entrando sin llamar.

—Buenos días, hija. Termino con estos papeles y ahora mismo estoy contigo.

Me puse a mirar unos cuadros a los que nunca había prestado atención estando allí. Ese lugar me llevaba al pasado, a los días en los que iba llorando a verlo para que me explicara por qué no podía vivir una vida normal teniendo a mis padres vivos.

Cuando quise darme cuenta, las lágrimas caían por mis mejillas.

—No dejes que los recuerdos tristes se apoderen de ti —me dijo frotándome el brazo.

—Ay, padre, son tantas cosas las que he vivido…

—Cosas que no tenías que haber vivido, pero que ahora ya pasaron.

—Quería pedirle un favor.

—Si está en mi mano…

—Quería llevarme a mis niños a pasar el día conmigo.

—Hija, por mí no hay problema, pero no creo que tú sola puedas con todos ellos. Aparte de que tienen clase.

—Pensé que Milagros nos podría acompañar. Podría ser un día de excursión.

Se quedó pensando un momento, mirándome muy serio, agarrándose la barbilla.

—Veré qué puedo hacer.

No lo pensé y me acerqué a darle un abrazo.

—He dicho que veré, no que se vayan a ir.

—Para mí eso es un sí. Lo conozco, padre, y detrás de ese «veré qué puedo hacer» se esconde un «que vaya contigo».

Soltó una carcajada que jamás le había escuchado.

—No sé si debe preocuparme que me conozcas tanto.

Fuimos hasta donde estaban los niños. Me quedé mirándolos y observé que Mara no estaba con ellos.

—No veo a Mara.

—No pretenderás que esté dando clases. Anda, ve a la cocina mientras yo hablo con los niños.

Me di la vuelta para ir hasta allí. Cada paso que daba era un recuerdo. Me estaba poniendo nerviosa, cada vez me costaba más respirar, pero no podía dejar que solo me vinieran recuerdos negativos. No todo había sido malo en ese lugar.

La risa de Mara llegó hasta mí y me hizo sonreír, pero enseguida escuché una voz que no reconocí. Me puse en alerta, apreté el paso y entré en la cocina.

—Pero mira a quién tenemos aquí, Lucía, a la oveja descarriada —dijo Ofelia abriéndome los brazos.

No lo pensé y fui hacia ella, dejando que me abrazara como solo ella sabía hacerlo. Ofelia era lo más parecido a una madre que había tenido allí dentro.

—Ay, hija, qué dolores de cabeza me has ocasionado, pero me alegro de que estés bien y fuera de aquí.

—Lo siento, Ofelia. Tenía que hacerlo.

Me obligó a sentarme donde estaba Mara, con la tal Lucía. Fue a por dos tazas de café y se sentó enfrente de mí.

—Lucía, lleva a Mara a cambiarla, por favor.

Esperó a que se marchara y volvió a mirarme.

—Y ahora cuéntame todo lo que has estado haciendo.

Le conté cómo me escapé de allí, toda la ayuda que recibí por parte de Carmen y de su primo, todo lo que me había pasado en Nápoles, el encuentro con mi padre biológico, con Sandro y todo lo que ocurrió hasta llegar otra vez a España.

—Ay, hija, si no me lo llegan a contar, no me creería ni la mitad. Y Carmen, cómo nos tenía engañados.

Solté una carcajada.

—Déjala, que está muy enamorada y esperando un bebé.

—¿Quién se ha envalentonado a vivir con ella? —preguntó riendo.

—Pues ni te lo imaginas: el hermano de Saúl.

—Al final todo termina en familia. Pero dime, ¿cómo estás con él ahora?

—Tan bien que me da miedo.

—Es un buen hombre, hija. Siempre te trató bien, estuviera vigilando o no.

—Ya… Bueno, me voy. Cuando lo tenga claro, me gustaría hacerte una proposición.

—Miedo me está dando.

Salí riéndome. La quería muchísimo. Siempre me trató como si fuera una hija, nunca me faltó su cariño y siempre estuvo pendiente de mí, tanto en los malos como en los buenos momentos.

Llegué al patio y vi a los niños esperándome.

—Buenos días, chicos —les dije cogiendo a Mara en brazos—. Hola, preciosa.

—Julia, ¿es verdad que nos llevas de excursión? —preguntó Rocío.

—Es verdad, pero me tenéis que prometer una cosa: os tenéis que portar superbién. Si no, otro día no os podré llevar conmigo.

—¿Qué es este jaleo? —preguntó una monja a la que no conocía.

—Buenos días, Aurora —la saludó el padre Emiliano—. Ella es Julia. Ya te he hablado de ella.

—Vaya, si es la famosa Julia. Me alegro por fin de conocerte, hija. Me han hablado muy bien de ti.

—Julia, esta es la nueva madre superiora —me dijo Emiliano.

—Hola, espero que no haya sido todo malo —le dije.

—Tranquila, me he dado cuenta de que aquí se te quiere mucho. Bueno, chicos, espero que os portéis bien. Como la novicia Milagros me diga que alguno de vosotros se ha portado mal, no sale más.

Le di las gracias, los niños prometieron portarse bien, cogieron cada uno una mochila pequeña donde llevaban agua y nos fuimos.

La verdad era que yo no sabía bien dónde llevarlos, pero, con la ayuda de Milagros, fuimos a un parque donde había un pequeño lago y barcas para pasear.

—Cómo echo de menos estar en la calle —me dijo Milagros muy seria.

—¿Pero a ti no te gusta mucho ser monja? —le pregunté mirándola.

—Qué va. A mí me obligó mi padre. Al morir mi madre, me dijo que era donde mejor iba a estar, pero llegó un momento en que yo misma llegué a creerme que sí me gustaba.

—Joder, pues estamos apañadas. Bueno, quizá cuando menos lo esperes salgas de ahí.

—Mi padre no me lo permitiría.

—Tu padre no te tiene que permitir nada. Eres mayor de edad y puedes hacer lo que quieras.

Seguimos andando, pero mi cabeza no dejaba de darle vueltas a una cosa: sacar a Milagros del convento.

Llegamos al parque y todos saltaron de alegría. Jamás olvidaría lo mucho que disfrutaron aquel día. Jugaron, corrieron, montaron en barca y terminamos comiendo en el césped unos bocadillos que habíamos comprado en un bar cercano.

No podía estar más satisfecha de ver felices a esos niños, aunque sabía que lo estaría aún más cuando vivieran en el hogar que estaba preparando para ellos.

Mara se portó de maravilla. Saúl me llamó solo una vez para ver qué tal estábamos pasando el día y si había conseguido sacar a los demás niños.

A la vuelta llegaron reventados, pero felices. El padre Emiliano fue quien nos recibió.

—¿Todo bien, niños? —les preguntó.

—Padre, lo hemos pasado muy bien —contestó Pablo.

—Me he montado en barca. —Esta vez fue Lucas quien habló—. Bueno, todos.

—Me alegro mucho, niños. Ahora me despido, que es hora de ducharse y cenar.

Todos vinieron a abrazarme y darme las gracias. Hasta Milagros lo hizo.

—No voy a olvidar el día de hoy, Julia.

—Ya te digo yo que no. Me voy ya, que me van a castigar por llegar tarde.

Reímos.

Capítulo 40



Julia

Los meses iban pasando. Saúl y yo estábamos mejor que nunca. Nos íbamos conociendo poco a poco, aunque vivíamos juntos.

Saúl consiguió que todos esos vecinos que no querían que se construyera un hogar para los niños que lo necesitaban terminaran claudicando cuando vieron que mis intenciones no eran perjudicar a nadie.

Las obras iban a toda vela. Conseguimos bastante gente para trabajar, y otra llegó a través de alguien, aunque no sabíamos quién era.

Estaba segura de que era alguien de buen corazón, puesto que yo no tenía que encargarme de pagarles el sueldo. Ya lo hacía esa persona anónima.

Una vez a la semana iba a por los niños y me los traía a mi casa. Bueno, la casa de Saúl, que, si me escuchara, me diría que era tanto mía como de él.

Estaba en el jardín con Mara. Ella dormía y yo descansaba en una hamaca, observándola.

Fui a abrir el libro y se me cayó la carta. No, aún no la había leído. Me levanté a cogerla y me quedé mirándola.

Me senté. Era ahora o nunca, aunque he de confesar que muchas veces me dieron ganas de tirarla sin leerla. Pero, a mitad de camino, me arrepentía y la volvía a guardar.

Mis manos temblaban. No podía evitarlo. Me daba mucho miedo el contenido de esa carta. Respiré hondo, la saqué del sobre y la desdoblé.

«Mi querida hija:

Sí, has leído bien, porque eres mi querida hija.

Si estás leyendo esta carta, es que estaré muy lejos de donde estás tú.»

—Parece que quieras que me muera para estar contigo —dije como si pudiera escucharme.

«Sé que puede parecerte que nunca te quise, pero te puedo decir que estás muy equivocada. Te he amado como si fueras de mi propia sangre.»

—Bonita manera de quererme has tenido.

«No te voy a decir que lo hiciera bien, porque a la vista está que no ha sido así. Pero sí te puedo decir que fue por tu bien.

Sé que te has preguntado, o te estarás preguntando, cómo lograste salir de allí sin que nadie te viera. Pues es muy sencillo: porque yo lo ordené.»

—¿Qué cojones estás diciendo? —le pregunté a la carta—. Me estoy volviendo loca hablando sola.

Bebí un sorbo de agua y seguí leyendo.

«Agárrate, porque ahora es cuando viene lo mejor. Pero antes déjame decirte que respires profundamente.

No estoy muerto.

Hice un trato con la policía a cambio de poder tener otra identidad y una condena mínima si entregaba todo lo que tenía, todo lo que no me pertenecía y a mis colaboradores.

También puse la condición de que a ti te dejaran tranquila, junto a tu madre, puesto que ninguna de las dos sabíais nada de mis negocios.»

Solté la carta. Bueno, la tiré. No podía seguir leyendo. ¿Qué coño estaba pasando? ¿Saúl sabría algo de esto? Era el que más empeño tenía en que la leyera.

Cogí a Mara, que se había despertado asustada. Bueno, la había despertado yo con el chillido que pegué.

—¿Estás bien? —me preguntó Saúl, que acababa de entrar.

—Dime, por favor, que no sabías nada.

—No sé de qué me estás hablando, Julia.

—Del maldito Sandro. De eso te estoy hablando —le dije chillando.

Se puso blanco como la pared, y yo me estaba cabreando aún más.

—Lo sabías —dije más para mí que para él.

—Lo siento. No podía decirte nada hasta que leyeras la carta.

—¿Qué sientes? ¿Haberme engañado otra vez? ¿Que me haya decidido a leer la carta? Ja, ja, ja. No me hagas reír, Saúl. Otra mentira más para añadir a la lista.

Cogí la carta del suelo, el libro y salí de allí, dejándolo solo con la niña.

—Espera, Julia. Déjame explicarte.

—Ya me lo has explicado todo.

Entré en la casa llorando, porque sí, tenía que llorar. ¿Cómo se había prestado a ese juego? Me sentía mal, no solo por lo que ponía en la carta, que también, sino por él. Por su engaño.

Entré en el dormitorio, cogí mi maleta y empecé a guardar la ropa de cualquier manera. Una vez que la tuve llena, salí de allí sin despedirme. Lo sentía por mi niña, pero aquello ya se pasaba de castaño oscuro.

Tuve la suerte de cruzarme con un vecino justo cuando iba a subir a un taxi. Le pregunté si podía compartirlo con él y aceptó sin poner ninguna pega.

No entablé conversación. No tenía ganas. Me preguntó dónde iba a ir y le dije que donde se bajara él, ahí me quedaba yo.

En el camino reinaba el silencio absoluto. Bueno, solo se escuchaba una emisora de radio tan bajita que no sabría decir cuál era.

Al llegar al destino de aquel hombre, quise darle la mitad de la carrera, pero me dijo que ni por asomo. Me marché dándole las gracias.

Me metí en el primer hotel que encontré. Solo tenían disponible la *suite* nupcial. No me importó. Como si hubiera sido el cuarto de los productos de limpieza.

Solté la maleta de cualquier manera, abrí el minibar y cogí la botella más fuerte que había.

Salí a una de las terrazas, porque, por lo visto, según la chica de recepción, tenía dos. Me senté en una silla para terminar de leer la puñetera carta.

«Lo tenía todo planeado junto a la policía. Te hice creer que estaba muerto para seguir protegiéndote.

Cuando me llevaron al otro cuarto, los disparos que oíste eran de fogueo y la sangre era de cerdo. Teníamos que conseguir que todo fuera muy creíble.

Para que te ahorres la pregunta, te diré que esta carta la escribí después de todo lo ocurrido. Otra de mis condiciones.

Espero que me perdones. Mi condena no es muy larga, pero puedes estar tranquila: jamás te molestaré.

Sé que me odias, pero ya no me importa. Te quiero, nunca lo olvides. Y, aunque te aparté de Saúl, ahora te digo que no lo dejes escapar. Sé que te quiere y cuida de ti como yo no supe hacerlo.

Cuídate mucho, hija, pero, sobre todo, sé inmensamente feliz.

P. D.: No olvides cumplir tus sueños.

Sandro.»

Lloré de una manera desgarradora. Maldecía su manera de quererme, todo el daño que me había hecho. No pensaba perdonarlo en la vida.

Cogí la carta y la rompí en mil pedazos. No quería volver a leerla jamás. Estaba demasiado dolida como para quedarme con ella de recuerdo.

Mi teléfono no dejaba de sonar. Sabía quién era, pero me dio igual. No pensaba cogerle el teléfono a nadie. Me levanté y apagué el móvil. Iba a desconectar de todo el mundo.

Me eché en la cama llorando como una niña pequeña. No entendía cómo Saúl había podido engañarme de esa manera.

Todo lo que estaba construyendo a su lado se desmoronó de un plumazo. No volvería a confiar en él me dijera lo que me dijera.

Cuando me harté de llorar, llamé para que me subieran algo de comer. Porque yo ya podía llorar todo lo que no estaba escrito, pero sin cenar no me iba a quedar. Eso lo sabían hasta los hebreos. Con la comida no jugaba, aunque alguna vez que otra me hiciera la dura.

Pedí la hamburguesa más grande que tuvieran, con muchas patatas y kétchup. Eso que no faltara. Y de postre pedí un *coulant* de chocolate y una torrija.

Me puse hasta las cejas comiendo, pero no dejé nada en los platos. No voy a negar que llegó un momento en que no me podía menear, pero no me importó. Me quedaría sentada hasta que se bajara un poco todo.

Después de aquello, una ducha y a dormir. Porque ya había llorado todo lo que tenía que llorar y por quien tenía que llorar. Se acabó llorar por nadie.

Cuando me desperté por la mañana, cogí el teléfono para encenderlo. Sabía lo que me iba a encontrar, pero ya daba igual.

No me equivoqué. Tenía llamadas de Saúl, de Carmen, del padre Emiliano y hasta de mi madre. A ella sí pensaba contestarle. No creía que también estuviera enterada de todo lo que pasaba. Si fuera así, os juro que me dolería en el alma.

Como la noche anterior, llamé a recepción para que me subieran un desayuno completo de esos que crees que no te vas a comer entero, pero no dejas ni las migas.

Después de pedir el desayuno, llamé a mi madre. Tenía que salir de dudas lo antes posible.

Tan solo con el primer tono, mi madre me cogió el teléfono.

—Julia, hija, ¿dónde estás?

—Tranquila, mamá. Sigo respirando y sin hacer ninguna tontería.

—Nos tienes a todos con el alma en vilo.

—Mamá, dime una cosa y, por favor, no me mientas. ¿Tú lo sabías?

—Hija, yo…

—¿Lo sabías? —volví a preguntarle.

—Sí, lo sabía.

Me quedé callada. Mi madre lo sabía y me lo había ocultado.

—Y aun así te lo callaste.

—Era lo mejor.

No quise escucharla más. Colgué.

Mientras desayunaba, pensé en todo lo que vendría ahora. No iba a cancelar mis planes. Mis niños no tenían la culpa de que me hubieran vuelto a engañar.

No podía esconderme por mucho tiempo. Hacía tres días que no iba por la obra y, aunque no me apetecía ver a Saúl, una cosa no tenía que ver con la otra.

Capítulo 41

Saúl

Sabía que, cuando Julia empezara a leer la maldita carta, volveríamos otra vez al principio.

Yo sabía lo que Sandro pretendía hacer. ¿Cómo no saberlo, si mi hermano era inspector de policía y, encima, hizo que me metiera de lleno en el caso?

Cuando Sandro se enteró de que Alejandro era mi hermano, armó la de San Quintín. Quiso pegarme, aunque no lo consiguió.

Me dijo de todo, palabras que jamás había escuchado en mi vida. Mi hermano le pidió que se calmara o no habría trato alguno.

Sandro no era tonto. Sabía perfectamente lo que le convenía hacer, porque los socios que tenía no eran precisamente monjitas de la caridad.

El tonto era yo por no decirle la verdad, pero estaba atado de pies y manos. Por eso tenía tanto interés en que Julia leyera la maldita carta, porque sabía perfectamente que no me lo iba a perdonar.

Pensé que, al estar Mara con nosotros, no se marcharía, pero me equivoqué. Por mucho que quería a la niña, lo hizo; se marchó.

Hoy venían a traer materiales para el tema de la fontanería. No sabíamos nada de Julia y, aun así, no quise parar la obra.

Había recibido la llamada de su madre. Me contó que estaba bien, pero no quiso decirle dónde estaba. Sabía que estaría en algún hotel, pero no en cuál.

—Bueno, ya me marcho. Aquí tienes la mochila de Mara. Para cualquier cosa, me llamas —le dije a Milagros mientras le daba la mochila de la niña.

Desde que empezaron las obras, llevaba a Mara al convento siempre que lo necesitaba, y ella se quedaba encantada con los demás niños.

—¿Sabes algo de Julia? —me preguntó cogiendo a la niña.

—Solo sé que está bien. Esperemos que vuelva pronto.

Asintió.

Cuando se marcharon en el taxi, entré en la casa a coger unos papeles que debía entregar al encargado de la obra.

Estaba contento por cómo estaba yendo todo. Los plazos se estaban cumpliendo y eso era muy bueno.

Yo había recibido dinero de Sandro. Un dinero que ni quería ni necesitaba. Un dinero que se emplearía en su totalidad en el funcionamiento de la escuela-hogar, como Julia había decidido llamarla.

Iba a abrir la puerta de la oficina prefabricada que se había instalado en la obra cuando escuché a Pablo, el jefe de obra, hablando con quien menos esperaba: Julia. Por fin daba señales de vida.

Pensé en darme la vuelta. Estaba seguro de que, cuando me viera, se volvería a ir.

—Buenos días —dije al entrar—. Pablo, te traigo la carpeta con los papeles que me pediste ayer.

—Buenos días. No sabes cómo te lo agradezco. Si me perdonáis, voy a llevárselos ahora mismo a Andrés.

Andrés era el encargado de la obra.

Esperé a que saliera por la puerta para dirigirme a ella.

—¿Cómo estás, Julia?

—¿Te importa cómo estoy?

—Qué vicio tienes de contestarme con otra pregunta. Pero te diré que sí, que me importa mucho. Mara y yo te echamos mucho de menos.

—No me hagas chantaje emocional.

—Deberíamos hablar. No podemos estar así.

—Haberlo pensado antes, Saúl. Pensé que había terminado de vivir una vida de engaños, pero veo que no.

—Dime una cosa, Julia.

En ese momento se abrió la puerta y entró Pablo.

—Ya estoy con vosotros, chicos. Saúl, le decía a Julia que todo va bien, que hasta ahora no hemos tenido ningún entorpecimiento.

—La verdad es que va mejor de lo que imaginaba —dije—. Y ahora, si nos perdonas, Julia y yo tenemos que ir a ver puertas.

Nos despedimos de él y salimos cogidos de la mano. Bueno, yo la cogí de la mano, porque, en cuanto salimos de allí, se soltó dándome un manotazo.

—No me toques.

—Mira, Julia, tú y yo vamos a ir ahora mismo a mi casa para hablar muy seriamente. Hoy vamos a dejar las cosas claras. Yo ni puedo ni quiero seguir así. Ya no tengo edad para comportarme como un crío de quince años.

—¿Me estás diciendo que me comporto como una cría de quince años?

Seguí andando sin contestar.

—Te he hecho una pregunta. Contéstame.

—Más o menos. Desde luego, como una mujer de tu edad no te estás comportando.

—Eres, eres, eres…

Me di la vuelta para mirarla.

—¿Qué soy? Dilo. Atrévete de una vez a decirlo. Sé que estás deseando decirme que soy el hombre de tu vida.

Solté una carcajada por la cara que puso.

—Ja, eso no te lo crees ni tú.

No pude evitar reír otra vez mientras pasaba delante de mí con la cabeza alta.

Lo que me gustó fue que iba directa a mi casa. Eso era buena señal.

—Bueno, ya estoy aquí. Habla rápido, que tengo muchas cosas que hacer.

—¿Quieres un café u otra cosa? —le pregunté mientras se sentaba.

—No, no quiero nada. Dime lo que me tengas que decir.

Fui a la cocina y saqué una cerveza del frigorífico. A mí sí me hacía falta, porque esta sería mi última conversación con ella sobre ese tema. Por mucho que la amara, no iba a aguantar más aquella situación.

—¿Qué es lo que tienes que decirme? Tengo prisa.

—Julia, esta será la última conversación que tengamos sobre esto. Estoy cansado de la situación.

—Pues imagínate yo.

—Sí, te he mentido, pero la mayoría de las veces yo lo llamaría ocultar información.

—Viene a ser lo mismo —dijo resoplando.

—Yo no lo veo así. Cuando mi hermano me metió en todo este sarao, no pensé que acabaría enamorándome de ti como lo estoy. Muchas veces quise contártelo, pero mi hermano me dijo que no pusiera en riesgo años de investigación.

—Vale. ¿Y lo de mi padre tampoco?

Negué con la cabeza.

—No, no podía. Lo único que he podido hacer es recordarte la carta, aunque no me sirvió de nada, porque la has leído cuando has querido.

Vi cómo se frotaba las manos. No sabía si era por los nervios o por la conversación que estábamos teniendo.

—Me daba mucho miedo el contenido. No quería leer algo que no me gustara.

—Pero, aun leyendo la carta tarde, has leído lo que querías evitar.

—Me ha dolido saber que mi madre y tú lo sabíais y no me dijisteis nada.

—Y créeme que a nosotros nos ha dolido no poder decirlo.

—Me sorprendió mucho que mi padre hubiera planeado su muerte. Bueno, en parte.

—Julia, quiero que sepas algo. Tu padre me ingresó una buena cantidad de dinero.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—No lo quiero. Ese dinero será para la escuela-hogar.

—Pero ya no hace falta, ni para amueblarla.

—Lo sé. Al principio pensé en desaparecer con Mara. Con ese dinero tengo para vivir, al menos, dos vidas.

—¿Te habrías ido sin mí? ¿Dejándome sin ver crecer a Mara?

—No quieres nada conmigo, pero veo que con ella sí.

Soltó una risilla.

—Ese dinero se emplea para pagar a todo el que entre a trabajar.

—Saúl, yo también estoy enamorada de ti. Desde el primer día que te vi.

Se puso en el filo del sofá y me agarró las manos.

—Pero no sé cómo hacer las cosas y tengo mucho miedo de perderte.

—Sí sabes cómo hacerlas. Tienes mucha gente que te quiere, que haría cualquier cosa por ti y por verte feliz.

»Mira tu madre. Ella sí ha sabido aprovechar cada minuto desde que Sandro desapareció de su vida.

—Yo no soy como ella.

—No digo que seas como ella, pero sí que empieces a vivir sin miedo. Que empieces a confiar en ti misma, pero, sobre todo, a quererte.

No me pude resistir y la besé. Llevaba desde que la vi queriendo hacerlo. Lo pensé muy bien antes de dar el paso, pero mi paz mental me dijo: hazlo. Y lo hice.

Noté cómo se tensaba, pero también cómo se relajaba y se dejaba llevar. Lo que empezó siendo un beso suave se convirtió en un beso cargado de deseo. Sentía cómo se estremecía por cada roce de mi mano en su piel.

La levanté cogiéndola en brazos para llevarla a mi habitación. Entré y la deposité en la cama. Me puse encima de ella, desabrochando cada botón de su camisa. Cuando terminé, me quedé admirando su cuerpo semidesnudo. No llevaba sujetador, y eso hizo que me encendiera más de lo que ya estaba.

—Saúl, no pares, por favor.

No contesté. Me levanté un poco de ella para quitarle el pantalón, llevándome sus braguitas con él.

—Jo, siempre que pasa esto no llevo unas bragas en condiciones.

Creo que en ese momento solté la carcajada más grande de mi vida.

—¿Crees que me importa cómo lleves las bragas? Yo quiero lo que tapan; lo demás me da igual.

Le abrí las piernas y vi cómo apoyaba los brazos en la cama y levantaba la cabeza. La miré sonriendo, pasé mi lengua por su vulva y sentí cómo se estremecía. Jugué con su clítoris, lo mordisqueé, la penetré con los dedos hasta que ya no pudo más y explotó.

No me aparté. Al contrario, seguí con mi lengua en su clítoris. Noté sus manos en mi cabeza para que no me quitara.

Me encantaba escucharla gemir y, esa vez, aunque las ganas me pudieran, iba a hacerlo lento, porque no quería follarla; quería hacerle el amor.

Subí hacia arriba, besando su cuerpo hasta llegar a sus pezones. Los mordí y pellizqué mientras la penetraba. Me quedé quieto mirándola. Se veía perfecta.

Sacaba mi miembro y volvía a meterlo una y otra vez.

—Saúl —me dijo sujetándome los brazos—, ¿quieres hacer el favor de darme más fuerte?

—Quería que fuera especial.

—Contigo siempre es especial.

La cogí, le di media vuelta y la puse a cuatro patas. La agarré de las caderas, bombeando una y otra vez, hasta que los dos llegamos al unísono.

Epílogo



Julia

Cuatro años. Ese era el tiempo que había pasado desde que Saúl y yo tuvimos más que una conversación. Desde ese día no volvimos a separarnos. No fue un camino de rosas, eso os lo puedo asegurar. Los dos teníamos mucho carácter y yo siempre quería llevar la razón.

Hacía dos años que nos habíamos casado. La verdad es que no tenía pensamiento de hacerlo, pero el padre Emiliano no hacía más que decirme que tenía que dar ejemplo a los niños. Al principio me reía, pero, después de tanta insistencia, me tuvo que decir la verdad.

Al padre Emiliano le detectaron un cáncer y no quería irse de este mundo sin casarme. No pude decirle que no, puesto que era muy especial para mí.

No me lo pensé. Con la ayuda de Carmen, compré el anillo para Saúl. Sí, iba a ser yo quien le pidiera matrimonio.

Ese día vinieron Carmen y Alejandro a cenar. En los postres me levanté para ir a la cocina y cogí la bandeja donde estaba la tarta cortada. En el plato de él puse el anillo clavado en medio.

Cuando lo vio y me miró, yo ya estaba llorando, pero lo que me dijo me hizo llorar más. Aún recuerdo aquellas palabras, esas que siempre están en mi cabeza:

—Jamás pensé en amar a una mujer como te amo a ti.

Y fue especial porque él también tenía pensado pedirme matrimonio ese mismo día.

Solo le puse una condición al padre Emiliano: quería casarme en Nápoles. Cosa a la que no se negó. Quería hacerlo con mi familia.

Viajaba mucho a Italia. La relación con mis padres y mi abuela era estupenda. No tenía quejas de ellos, ni ellos de mí. Y aunque al principio me costó, ahora disfrutaba más de mis padres, que por fin estaban juntos y felices.

Tardamos un año en poder abrir el hogar de mis niños. *Escuela Hogar La Felicidad*.

Igual el nombre que le puse no era el más bonito del mundo, pero sí el que mejor representaba lo que quería para mis niños: un hogar de verdad, un lugar seguro, no otra cárcel disfrazada de techo.

Me traje conmigo a Ofelia, esa monjita que con tanto cariño me trató y cuidó de mí. Era como una segunda madre para mí, aunque se merecía el título de primera.

Milagros también se vino conmigo, pero ya no era novicia ni monja. Al final se enfrentó a su padre y le dijo que esa no era vida para ella.

Teníamos quince niños con nosotros, dos de ellos mellizos y recién nacidos. Cada vez que pasaba por la escuela, se me partía el alma al verlos, pero estaba segura de que pronto encontraríamos una familia para ellos.

Era cierto que no les faltaba de nada, porque entre todos los que trabajaban en la escuela y nosotros les dábamos todo el cariño del mundo.

Mis niños… ¿Qué voy a decir de ellos? Cuando vieron todo lo que se había hecho por y para ellos, se emocionaron, sobre todo al ver sus dormitorios. Lo que no sabían era que les duraría muy poco, porque tenía una sorpresa preparada.

Cuando volvimos de nuestra luna de miel y me reencontré con ellos, lo decidí: quería adoptarlos a todos. No quería que vivieran separados si alguien los llegaba a adoptar.

Saúl estuvo de acuerdo conmigo, pero antes de todo eso tuvimos que agrandar su casa para que cada uno tuviera su propio cuarto. Y ahora esos niños, junto a Mara, llevan nuestros apellidos.

Ahora toca mencionar a Sandro.

No sé nada de él porque así lo elegí. Sé que Saúl mantiene el contacto, y mi madre también. Ella siempre me decía que, a pesar de todo, le había querido.

Yo respeté que quisieran conservar ese vínculo, pero necesitaba que ellos respetaran mi derecho a no hacerlo.

Y trabajo me costó que lo entendieran.

Hoy tocaba comida familiar. Al menos una vez al mes nos juntábamos todos. Cada mes en casa de uno, y esta vez nos tocaba a nosotros.

—Mamá —me llamó Pablo—, llevo un rato hablándote.

—Perdón, estaba distraída. ¿Qué pasa?

—Lucas no me deja estudiar. No hace nada más que molestarme.

—Pero, hijo, que es sábado. Relájate un poco.

Pablo era un niño muy responsable, pero aparte de eso tenía una nobleza impresionante. Sin embargo, Lucas era todo lo contrario. Le costaba más estudiar y era un trasto.

Dejé lo que estaba haciendo en el jardín y fui a ver qué pasaba.

—Lucas, te he dicho mil veces que no molestes a tu hermano.

—Mamá, si solo le he dicho que deje de estudiar un rato y juegue con Mario y conmigo al fútbol.

—Mamá, lleva desde que desayunó estudiando —habló Mario.

—Bueno, a ver cómo resolvemos esto civilizadamente. Mario, no puedes molestar a tu hermano cuando está estudiando, como tampoco puedes obligarlo a hacer algo que no quiere.

—Pero, mamá…

—Pero nada. Sal ahora mismo de aquí si no quieres coger tú un libro.

No me hizo falta repetirlo. No era mal estudiante, pero sí al que menos le gustaba.

—Pablo, sabes que tienes todo mi apoyo, pero tus hermanos tienen razón. No puedes pasarte todo el día estudiando. Tienes que divertirte como un niño de tu edad.

—Pero es que tengo un examen el lunes.

—Pues mañana lo repasas otra vez —dijo Saúl a mi espalda—. Ya has escuchado a tu madre. Sal ahí fuera y que te dé un poco el aire.

Cerró el libro y fue con sus hermanos.

—No sé qué voy a hacer con él.

—Si no estudiara, me dirías lo mismo.

—Saúl, quiero que sea buen estudiante, pero también quiero que viva como un niño de su edad.

—Ya lo sé, cariño.

Me dio un beso en la frente.

—Hablaré con él mañana. Por cierto, tus hijas están en la cocina con Ofelia, incluyendo a Mara.

Abrí tanto los ojos que soltó una carcajada.

—No te rías de tu mujer, que te quedas sin postre.

—¿Cuál de ellos? —me preguntó agarrándome de la cintura.

—Los dos. Y quita tus manos de mi cintura, que tu hija está en la cocina y cualquier día me la incendia.

—Ja, ja, ja. Qué poca fe tienes en Mara.

—Ninguna, ya lo sabes.

Lo dejé riendo y fui hacia la cocina. Mara no era una niña mala, pero sí muy inquieta. Tenía esa manía de querer hacerlo todo ella sola. Una vez me la encontré subida a una silla, al lado de los fogones, y casi me da algo.

—No sé si reír o llorar —dije nada más entrar por la puerta de la cocina.

—Mamá, yo voy a ayudar a Ofelia y a las tatas.

—Dios mío, Ofelia, dime que esta no es mi hija.

—Sí, mami, soy yo.

Me tuve que sentar porque creí que me daba algo al ver a Mara llena de harina y huevo.

—¿Estás bien, hija? —me preguntó Ofelia, preocupada.

—Sí, o eso creo. No sé qué voy a hacer con esta niña. Creo que la voy a devolver a las monjas.

—No, mami, monjas no. Malas.

—Oye, niña, mira que dejas de ayudarme —le dijo Ofelia haciéndose la ofendida.

—No te preocupes, mamá, cuando terminemos yo la baño —me dijo Rocío.

Me fui de la cocina al sentir a mi amiga y cuñada riendo.

Carmen lo pasó muy mal cuando abortó en su primer embarazo. No quería ver a nadie, sobre todo a los niños.

Después del aborto le daba miedo quedarse embarazada por si le volvía a pasar lo mismo, pero el tiempo todo lo cura, porque ahora lucía una barriga de seis meses de una preciosa niña.

—Pero bueno, si está aquí la foca de la familia —le dije dándole un abrazo.

—No eres más capulla porque no naciste antes.

—Pero me quieres igual. Ven, vamos al jardín y me cuentas cómo te va.

—Eso, y a tu cuñado favorito ni un hola.

—No tengo otro. Hola, guapetón. —Lo abracé.

—Saúl, mira estos dos delante de nuestras narices.

—Recuérdame que le tape la boca a mi mujer.

—Te corto los huevos, que lo sepas.

—Cuánta agresividad hay hoy en mi casa.

—Hola, hermano —lo saludó Alejandro.

—Hola. Cuñada, estás guapísima.

—No te quedes conmigo, sé que estoy fea y gorda.

—Anda, tonta, ven, que quiero que veas una cosa.

—Miedo me das.

—No seas tonta, mira. ¿Ves a todos estos niños? —asintió—. Pues son lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿A cuántos has parido?

—*Touché*.

Nos sentamos mientras tomábamos un refresco y esperábamos a mis padres, a mi abuela y a mi suegra.

—Te veo preocupada —dijo Carmen mirando a los niños—. ¿Le pasa algo a alguno de ellos?

—No. A ninguno. Soy yo. No estoy muy bien que se diga.

—Tú estás embarazada.

—Joder, ¿llevo el letrero en la frente? —le dije resoplando.

—¿De cuánto?

—Tres meses.

—¿Lo sabe?

—Aún no.

—¿Cuándo?

—Hija de tu madre, cómo se nota que duermes con un inspector. Tanto preguntar…

—Error: comisario. Pero yo no te he dicho nada. Se lo dirás cuando estemos con el postre.

—Joder con los postres de hoy.

Soltamos una carcajada.

Estábamos muertas de risa cuando llegaron mis padres junto a mi abuela y mi suegra.

—Qué contenta estás —nos dijo mi madre.

—Mucho, Anabel. Tú también lo estarás.

—¿Pasa algo?

—Que es tonta, mamá.

Me levanté a saludarlos con besos y abrazos. Cuando le tocó el turno a mi abuela, me dijo al oído:

—Tú estás embarazada.

Me dejó sin respiración.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por tu cara de felicidad, pero tranquila, me haré la sorprendida.

Preparamos entre todos la mesa. La de los niños la prepararon los mayores. Comimos entre risas y los chillidos de los pequeños. Veía cómo Rocío, con sus casi quince años, se preocupaba por Mara, al igual que por María, Triana y sus hermanos. Sabía que lo que viniera iba a estar bien cuidado con ella.

Llegó la hora del postre. La verdad es que estaba nerviosa. No sabía si Saúl se alegraría con la noticia.

—Tengo algo que contaros —nos dijo Alejandro poniéndose en pie.

—Amor, déjame a mí, que tú no entiendes de estas cosas.

—Qué capulla eres —le dije riendo.

—Tú te callas. Bueno, ahí voy. Os presento al nuevo comisario, Alejandro Espósito Vázquez.

Todo fueron felicitaciones. Vi cómo Saúl y su madre se emocionaron con la noticia. También vi cómo mi marido se levantó para darle un abrazo.

—Te dije que lo conseguirías algún día. Pues ese día ya llegó —le dijo Saúl a su hermano.

—Bueno, ahora me toca a mí. Niños, poneos al lado de papá.

Vi la cara de asombro de todos, pero los niños se pusieron al lado de su padre.

Le tendí una cajita.

—No es mi cumpleaños.

—Lo sé. Es un regalo para todos.

Mara tiró del lazo, Triana abrió la tapa y todos miraron el contenido. Saúl me miró muy emocionado.

—¿Esto es cierto?

—Lo es.

No hubo más palabras. Dejó la caja en manos de Rocío y vino a abrazarme.

—No sabes lo feliz que me haces. Te amo más de lo que nunca imaginé.

Entre felicitaciones y abrazos por parte de todos, pasamos un día inolvidable.

Ya me tocaba. Me tocaba vivir una vida plena, sin engaños, rodeada de la gente que quería y que me quería. Porque desde hacía cuatro años entendí de verdad lo que era vivir.